

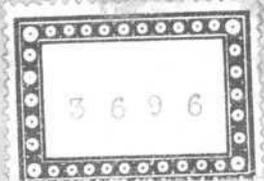
19

4.119

2696

EL HOMBRE-MONO
Y
LOS PRECURSORES DE ADÁN
ANTE LA CIENCIA Y LA TEOLOGÍA





3696

FRANCISCO DIERCKX, S. J.

EL HOMBRE-MONO

Y

LOS PRECURSORES DE ADAN

ANTE LA CIENCIA Y LA TEOLOGÍA

VERSIÓN CASTELLANA

DE

ANTONIO IBOR GUARDIA

Catedrático.



SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, número 1.

1896



INTRODUCCIÓN

Las seductoras hipótesis de la evolución y los brillantes descubrimientos de la Geología durante la segunda mitad del siglo XIX, han promovido, con motivo de los primeros capítulos del Génesis, un movimiento de ideas que formará época en la historia de la controversia religiosa.

Los incrédulos, adversarios de las causas finales y de lo sobrenatural, pretenden poner frente á la revelación cristiana los últimos progresos de los conocimientos humanos.

Si fuéramos á creerles, la Teología no habría encontrado en la ciencia los argumentos con los que se precia-ba poder sostener y apoyar las verdades que proclama, y más de un error científico, admitido como verdad durante una larga serie de siglos, no tendría otro origen que el de un dogma teológico admitido al azar, sin pruebas ni reconocimiento previo ¹.

¹ Introducción biográfica, escrita por Carlos Martins para la traducción francesa de la *Natürliche Schöpfungsgeschichte* de Ernesto Haeckel. Traducción Letourneau, 1874, pág. 27.



Los intérpretes de la Sagrada Escritura, por su parte, deseosos de poner una salvaguardia á la autoridad de la Biblia y á la integridad de la fe católica, no se han descuidado en tomar la defensa de la Cosmogonía de Moisés contra los asaltos de la impiedad. Hay que confesarlo; no siempre su táctica ha sido feliz; más de una vez se ha resentido, debido á la sorpresa producida por lo inusitado y brusco del ataque; pero marcado el deslinde de los diferentes campos en la ciencia moderna, ésta ha sido acogida por la fe católica no como enemiga, sino como una aliada: y tanto es así, que en muchas cuestiones científicas, los católicos de hoy se hallan al frente del progreso.

Sus adversarios más acérrimos y declarados han confesado que gran número de los descubrimientos en el dominio de la Arqueología, prehistórica y de la Paleontología, han sido realizados por ministros del culto católico¹.

Varias Sociedades y Congresos doctísimos, bajo la protección del alto clero, han fundado secciones especiales de Antropología, y la discusión en las escuelas ha sido y es aceptada en todos los terrenos, con todas las observaciones é hipótesis. A decir verdad, las dudas y vacilaciones pasadas se explican. Ha sido preciso prescindir de ciertas opiniones corrientes, no conformes en todo con la doctrina revelada. Por otra parte, la formación del Universo, los orígenes de la vida y la aparición del hombre en este mundo, á pesar de las conquistas nuevas del espíritu humano y debido á la obscuridad del texto sagrado, quedan siempre envueltas en el misterio más impenetrable. Aun hoy tales cuestiones se explican de modos muy distintos y, desde hace algunos años, los ensayos de

¹ Du Cleuziou: *La création de l'homme et les premiers âges de l'humanité*, 1887, página 50.

conciliación entre la ciencia y el Génesis han salido por centenares.

Después de tantos esfuerzos, nos ha parecido muy interesante recoger, con relación á una cuestión particular, las conclusiones mejor establecidas, y exponer el estado actual de la controversia.

El dogma de la creación de Adán y Eva molesta al impío más que cualquiera otro.

Interesa tan íntimamente al dogma de nuestros destinos eternos, que no podía dejar de apasionar de una manera extraordinaria á la escuela materialista, cuyos secuaces han tratado de entenderse para sustituirle por la doctrina del origen animal del hombre.

El eminente apologista Mr. Duilhé de Saint-Projet, canónigo y rector del Instituto católico de Tolosa, lo expresaba elocuentemente en 1888, en el Congreso científico internacional católico celebrado en París. « El problema antropológico — decía — es el problema más vivo y universalmente agitado en los tiempos actuales. Una vasta escuela de sabios acreditadísimos, seguidos de numerosos y ardientes discípulos, parece no tener más fin que el siguiente: borrar los caracteres irreductibles que hacen del alma humana una creación especial de Dios en la naturaleza, y presentar al hombre como el último término de una evolución continua ¹. »

Vamos á preguntar á esos mismos sabios si creen haber acertado. Las declaraciones de un adversario se hallan más exentas de una precipitación incompetente ó ignorante, de una decisión ya tomada con miras estrechas é interesadas; dichas declaraciones ahorran ó evi-

1 *Rapport*, t. II, pág. 621.

tan á menudo discusiones de detalle largas y pesadas.

Además, nos parece imposible llegar á la demostración exacta ó á la refutación decisiva de una teoría antropológica cualquiera por medio de datos exclusivamente científicos.

Nos limitaremos, pues, á tomar de los más ilustres maestros del transformismo y de los apóstoles más vehementes del libre pensamiento, la exposición de sus dudas con motivo de la supuesta genealogía evolucionista de nuestros primeros antepasados. Pondremos de frente las concesiones que autores del más alto criterio han otorgado ante la nueva escuela sin comprometer la fe ortodoxa.

Todo espíritu sincero, en el estado actual de las cosas, convendrá en que algunas de estas concesiones, cuerdas quizá porque son previsoras y aun puramente hipotéticas, no dejarían de ser prematuras si prejuzgasen la cuestión de hecho.

Con mayor razón aún, el tiempo no ha llegado para romper la primera página de Moisés y de reemplazar el dogma católico de la creación del hombre por el dogma materialista *de la descendencia del mono*.





CAPITULO PRIMERO

El hombre-mono según Darwin y Haeckel.

I.—SEMBLANZA

EL hombre procede de un animal menos perfecto que él; al igual de otros mamíferos, ha tenido un antepasado común, y es el último término de una serie de tipos derivados los unos de los otros por modificaciones sucesivas, conforme á las leyes bien conocidas del transformismo.

Tal es la conclusión capital á la que llega Darwin en su célebre obra sobre la descendencia del hombre, publicada en 1871. Nuestros ascendientes inmediatos ya no existen. Han desaparecido de la escena del mundo, así como una multitud de otras especies geológicas. Pero basándose sobre ciertos datos de observación, el sabio inglés y otros después de él han tratado de reconstituir su fisonomía en sus rasgos más característicos.

«Los primeros antepasados del hombre—dice Darwin—estaban, sin duda, cubiertos de pelo; ambos sexos llevaban barba, sus orejas eran puntiagudas y movibles, estaban provistos de una cola movida por sus propios

músculos. El pie, á juzgar por el estado del dedo gordo en el feto, debía ser prensil: nuestros antepasados vivían ordinariamente, sin duda, sobre los árboles, en algún país cálido cubierto de florestas.

Grandes dientes caninos tenían los machos, á los cuales les servían de armas formidables ¹.»

El émulo de Darwin, Ernesto Haeckel, profesor de Zoología en la Universidad de Jena, ha tenido á bien agregar á este cuadro algunos rasgos:

«Nuestros antepasados tenían el cráneo muy alargado y la faz muy prominente, un pelo crespo, una piel negra, ó obscura. Su cuerpo estaba cubierto de un vello más abundante que en ninguna de las razas actuales; sus brazos eran relativamente más largos y más fornidos; sus piernas, al contrario, más cortas y más delgadas, sin pantorrillas; su estación habitual era la semivertical, teniendo las rodillas encorvadas.»

«El hombre-mono vivía, según todas las probabilidades, hacia el fin de la edad terciaria. Procedió de los antropoides (el orangután, gorila ó quimpanzo) por la perfecta costumbre de tenerse en pie, y por una diferencia más completa aún de sus dos pares de extremidades. Las extremidades anteriores llegaron á ser las manos del hombre, las posteriores fueron los pies. Aunque estos hombres-monos estuviesen, no solamente por su conformación exterior, sino también por el desarrollo de sus facultades intelectuales, más próximos al hombre verdadero que todos los antropoides, carecían, sin embargo, de la señal verdaderamente característica del hombre, ó sea el lenguaje articulado, con el desarrollo de la inteligencia y de la conciencia del *yo*, que es su inseparable ².» Ciertos partidarios del darwinismo tienen tal poder de inven-

¹ Carlos Darwin: *The Descent of Man*, 1871, vol. 1, pág. 206. — Véase también volumen II, pág. 389.

² Haeckel: *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, 1879, págs. 643 y 613.

ción, que muchos favoritos de las musas lo envidiarían.

Así, por ejemplo, el Sr. A. Hovelacque¹, Director de la Escuela Antropológica de París, ha encarecido el esbozo trazado por Darwin y Haeckel. Comparando los rasgos correspondientes en los monos de orden superior y los rasgos humanos de orden más inferior, ha tomado una especie de término medio, trazando así el cuadro aproximadamente completo del ser que había precedido á los primeros hombres propiamente dichos.

Por fin, un vulgarizador intrépido y muy conocido, Camilo Flammarion, ha publicado en la *Biblioteca Popular*, en grabado, la reconstitución problemática del hombre-mono, adornada con una página rebosando poesía sobre su vida errante y salvaje².

El lector nos permitirá pasar por alto esas supuestas fantasías científicas para establecer sin más tardanza el árbol genealógico del hombre.

2.—GENEALOGÍA

A lo que parece, nunca Darwin tuvo ideas precisas relativas á la serie de nuestros antepasados. Causa pena el leer los dos pasajes donde habla en su obra sobre *La descendencia del hombre*; tan vago é indefinido es el pensamiento, tan perplejo es el giro. Cada frase, por no decir cada palabra, revela la lucha violenta entre el sabio leal y el teórico transportado al terreno de los hechos por las necesidades de un sistema preconcebido y determinado con anticipación.

«Los primeros antepasados del reino vertebrado, en los que encontramos alguna huella indecisa—dice—han consistido probablemente en un grupo de animales marinos, asemejándose á las larvas de ascidios existentes. Esos

1 *Notre ancêtre*, 2.^a edit., 1877.

2 Du Cleuziou: op. cit., pág. 88.

animales han producido probablemente un grupo de pescados tan inferiores como el amphioxus, y de los cuales han debido tomar desarrollo los ganoides, el lepidosiren, pescados que ciertamente son algo inferiores á los anfibios. Hemos visto que las aves y los reptiles permanecieron antes estrechamente unidos, y que hoy los monotremas relacionan, aunque débilmente, los mamíferos con los reptiles. Mas nadie podría decir hoy día por qué línea de descendencia las tres clases más elevadas y más próximas, mamíferos, aves y reptiles, derivan de una de las dos clases inferiores, anfibios y pescados.

»Es fácil figurarse en los mamíferos los grados que han seguido desde los monotremas antiguos á los marsupiales, y desde éstos á los primeros antepasados de los mamíferos placentarios. Por este procedimiento se llega á los lemurides, que tan sólo un ligero intervalo separa del género simio. El género simio se ha dividido entonces en dos grandes secciones ó razas, los monos del nuevo y los del antiguo mundo, y de estos últimos es de donde procede desde época remota el hombre, la maravilla y la gloria del Universo.»

En otro lugar, «y por mucho que nuestro orgullo pueda resentirse», Darwin atribuye la descendencia del hombre, colocándolo en la rama catarhina, á los monos del antiguo mundo: «No hay que caer en el error de suponer que el antepasado primitivo de toda la rama simia, incluso el hombre, haya sido idéntico ó aun se pareciese á ningún mono existente¹.»

Esto es todo.

Si pudiera apreciarse el valor de ún sabio por la facilidad y por la seguridad con que construye sistemas, preciso sería colocar á Haeckel muy por encima de Darwin.

Desde 1868, el naturalista alemán ha dado á conocer

¹ Darwin: *The Descent of Man*, vol. I, págs. 212, 198, 199.

con gran precisión sus apreciaciones sobre nuestros lazos de parentesco con los animales, en su *Historia de la creación según las leyes naturales*. «Nuestra filogenia—observa el autor—no puede precisar más que los grandes rasgos del árbol genealógico del género humano, y corre tanto más peligro en extraviarse, cuanto *quiera estrechar de más cerca á los detalles y hacer entrar en escena los tipos zoológicos ya conocidos* ¹.

Es fácil convencerse de que esas reservas se armonizan difícilmente con el tono generalmente terminante de la obra. En el campo de los transformistas no se las han tenido como excesivas. Tres años más tarde, el mismo Darwin, alabando los conocimientos de Haeckel, en los preliminares de *La descendencia del hombre*, apenas si le toma algunos hechos de observación y sin importancia. En cuanto á las generales y teóricas, hace la indicación de las obras del profesor de Jena á los que, según sus propias expresiones, «quieren darse cuenta de lo que puede una *inteligencia ingeniosa con la ciencia* ².»

Por fantástica que sea la genealogía de Haeckel, no ha sido reemplazada. Representa, aun hoy, el más poderoso esfuerzo hecho para dar cuerpo á las *vêveries* ó ideales materialistas. Bajo ese aspecto es como queremos examinar la genealogía de Haeckel.

Los primeros antepasados del hombre han sido tan sencillos que más no podía ser. Eran, para servirnos de los propios términos de Haeckel, organismos sin órganos, glomérulos completamente rudimentarios, homogéneos y amorfos, formados de una materia muciforme, albuminoide, sin estructura celular y sin núcleos. Esos «móneras» protoplásmicos nacieron *por generación espontánea*, de compuestos inorgánicos, sencillas combinaciones de carbono, hidrógeno, oxígeno y ázoe.

¹ Haeckel: *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, pág. 599.

² *The Descent of Man*, vol. 1, pág. 203.— Véase Introd., pág. 4.

Tal fué el origen de todos los organismos vegetales y animales.

El segundo grado ancestral es un celuloide sencillo, conteniendo un núcleo.

La naturaleza actual nos presenta ese tipo en el amoebae, como también en la célula ovular del hombre y de los animales. Á los «amoebaes» suceden los «sinamoebaes». Sabido es que el huevo humano, así como el de los mamíferos en general, se transforma por segmentación continua en un conjunto de celuloides semejantes entre sí. Esta frase de la evolución embriológica representa ciertamente, según el naturalista alemán, los primeros organismos pluriceluloides.

En los estadios subsiguientes, las células, desde luego semejantes, presentan una diferencia cada vez más señalada.

En las «planaeadas», las células pestañosas del tegumento externo se distinguen de las células internas no pestañosas. En las «gastraeadas», el conjunto de células se ahueca y toma la forma de un utrículo (*gástrula*) de abertura única, constituyendo la cavidad digestiva.

En el sexto lugar, los «archelminthas» (*turbellariadas*), especie de lombrices inferiores, aparecen con órganos distintos, aunque extremadamente sencillos. Luego vienen los «scolecidas» provistos de sangre y con una verdadera cavidad abdominal, y tras ellos los «chordenias» (*lombrices sacciformes*), aproximándose de la larva de los ascidias, con cuerda dorsal, el eje del esqueleto, situada entre la medula espinal hacia atrás y la canal intestinal hacia adelante, según la disposición tan característica en la totalidad de los vertebrados.

En el noveno grado encontramos al homólogo del *amphioxus lanceolatus* actual, formando la transición los vertebrados y los invertebrados, notable por la falta de cabeza, de cráneo y cerebro. De los «acranios» de este

tipo han salido los craniotas, en los cuales se observa la *diferenciación* de la cabeza, el desarrollo más completo del sistema nervioso, la *segmentación* del tronco y la distinción de los sexos.

Este nuevo grupo comprende, por orden de descendencia, los «cyclostomas» (*monorhinas*), que tienen el cerebro muy rudimentario, comparables á la lamprea, los «selacios», muy análogos á las rayas y á los tiburones, los dipneustas, actualmente representados por el *ceratodus* y el *lepidosiren*. Estos últimos pescados, con respiración á la vez bronquial y pulmonar, son, desde el punto de vista de la evolución, de interés capital. El género *ceratodus* se encuentra en las aguas fangosas de la Australia.

Cuando los estanques se secan en la época de los calores, esos pescados se ocultan á varios pies debajo del suelo, cubren las paredes de su retiro con una delgada capa de mucosidad, y aguardan, respirando por medio de sus pulmones, que la estación de las lluvias vuelva á llenar de nuevo los pantanos para restablecer la respiración branquial¹.

Según la escuela evolucionista, los dipneustas se han acomodado á la vida en suelo firme por la transformación de la vejiga natatoria en pulmón aéreo. Este grado genealógico convierte toda la serie de los antepasados humanos á respiración pulmonar. En efecto, los dipneustas, á su vez, han dado nacimiento á una descendencia muy importante, la de los anfibios. Con esos anfibios que se encuentran ya en los terrenos carboníferos, hace su aparición la división de las extremidades en cinco dedos. Esta fué después transmitida sucesivamente á todos los vertebrados superiores; se explica, por otra parte, por la simple transformación de las alas natatorias de los peces. Los «Sozobranquías», los más antiguos de nuestros ante-

¹ C. Claus: *Traité de Zoologie*. Traducción francesa de Moquin. — Tandon, 1884, página 1267.

pasados anfibios, conservaban durante toda su vida los branquios y los pulmones, absolutamente como el *axolotl* actual. Los «Sozuras», cuyo tipo es recordado por las salamandras y los tritones, han debido acostumbrarse á respirar con branquios sólo durante su juventud, y más tarde con los pulmones, pues al llegar á la edad adulta perdían por metamorfosis los branquios característicos del período de crecimiento. Al llegar á este punto Haeckel coloca los «protamniotas», seres absolutamente ficticios, creados completamente para satisfacer las necesidades teóricas y de los cuales procederían, como dos ramas divergentes, los reptiles por un lado y los mamíferos por otro. ¡Con qué comodidad!

«Desde el grado décimosexto—dice el profesor de Jena—nos encontramos, puede decirse, como en nuestro propio terreno. Nuestros antepasados de las últimas categorías pertenecen todos á la gran clase de los mamíferos de la que formamos parte.»

Nos hallamos sobre nuestro propio terreno y, para convencernos de ello, Haeckel nos presenta sus «promalías», otra forma hipotética semejante á los monotremas actuales, al ornitorinco y al equidneo. Este tipo supuesto fué el árbol común de todos los mamíferos. Una serie de «marsupiales», análogos por su estructura á la zarigüeya y al kanguro, han efectuado la transición entre los monotremas y los «prosimios». Comparables á los prosimios de nuestros días, tales que el maki ó mono de hocico de zorra, derivan de los marsupiales por la formación de una placenta, la pérdida de la bolsa marsupial y de los huesos marsupiales. Vienen después los «monos catarhinas» (*monocercas*), verdaderos monos, muy velludos y provistos de cola. De estos últimos monos descendió, á lo que parece, en la edad terciaria media, una especie de «antropoides» sin cola, hoy desaparecida, y que fué el origen de los «hombres-monos». Los pitecantropios

tenían la estancia vertical y eran bimanos. Al principio de la época cuaternaria, y aun quizá antes, dieron nacimiento á los hombres «verdaderos», por la transformación gradual del grito animal en lenguaje articulado. El desarrollo de la función del lenguaje trajo naturalmente el de los órganos correspondientes de la laringe y del cerebro.

Puesto que, según la opinión de la mayor parte de los filólogos más eminentes, todas las lenguas humanas no provienen de una misma lengua primitiva, es preciso admitir un origen de lenguaje múltiple y, en consecuencia, admitir que, el paso del hombre-mono desprovisto de la palabra, al hombre perfecto dotado de ella, se ha efectuado en varias veces¹. Las diversas especies humanas (Haeckel las admite hasta doce) habrían nacido aisladamente en diferentes partes del mundo, proviniendo, sin embargo, y de todos modos, de un primer y común árbol².

3.—CRÍTICA DE LA GENEALOGÍA DE HAECKEL

Este es el famoso sistema por el cual «la cuestión secular de la procedencia de nuestra propia especie sería resuelta por primera vez, en un sentido científico³.»

Como un hecho establece, bajo el nombre de *monismo*, la generación espontánea, las transformaciones ilimitadas de las especies, el enlace real y continuo de todos los tipos organizados, vivos ó ya desaparecidos, la confusión del hombre en cuerpo y alma en la serie animal.

Es el evolucionismo radical, ilimitado, universal; es la negación del Creador y de la creación; es la supresión de

1 Haeckel: *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, págs. 600-614.—*Antropogenie oder Entwicklungsgeschichte des Menschen*, 1877, págs. 377-526.

2 Haeckel: *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, pág. 623.

3 Haeckel: «La théorie de l'évolution et la philosophie naturelle», *Rev. Scient.*, 1877, tomo XX, pág. 531.

toda diferencia esencial entre el ser racional y el bruto; es, por vía de consecuencia lógica é inmediata, la destrucción de toda moral; es la plena y absoluta licencia para entregarse sin medida á todos los apetitos, aun á los más desordenados. Sin embargo, al oír á Haeckel en su discurso del Congreso de los naturalistas alemanes reunidos en Munich en 1877, el advenimiento de su teoría consagra la emancipación definitiva del espíritu humano. «La unidad de concepción del mundo, ó *monismo*, es el rasgo de unión entre las diversas ciencias... la que aparece como una palanca de progreso y de perfeccionamiento. Siendo el más poderoso medio de educación, debe forzosamente hacer sentir su autorizada influencia hasta en la escuela misma. En ella no puede ni debe entrar por tolerancia, sino imponer su dirección» ¹.

Mucho sentimos no participar de este entusiasmo, porque «para apreciar el grado de desarrollo intelectual del hombre, no hay, según Haeckel, mejor tipo que la aptitud en adoptar la teoría evolutiva y la filosofía monística, que es su consecuencia» ².

Nuestra solidaridad con Virchow, ese veterano de la ciencia alemana, nos consuela, sin embargo, no poco de la degeneración que el ilustre profesor de Jena pretende atribuirnos. Observamos, al propio tiempo, que el eminente catedrático de la Universidad de Berlín se ve libre de toda sospecha ortodoxa, así como de ultramontanismo. Pues bien: el discurso que pronunció en el mismo Congreso no es otra cosa que una larga diatriba contra Haeckel, su audaz discípulo. Sacó á relucir tan duras verdades y tan contrarias al gusto del fundador del monismo, que llegó á provocar una respuesta violentísima, en la que el

¹ Haeckel: «La théorie de l'évolution et la philosophie naturelle», *Rev. Scient.*, 1877, tomo XX, págs. 531-533.

² Esta frase, algo pretenciosa seguramente, ha sido tomada por el Rdo. P. Dierckx de la traducción francesa, por el Dr. Letourneau, de la *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, de Haeckel, edición 1874, pág. 617). Ya no se la vuelve á encontrar en la 7.^a edición alemana de 1879.

profesor de Jena rompió definitivamente lanzas contra su antiguo maestro ¹.

«Cuando la teoría de la descendencia—dijo Virchow—tenga el carácter de certeza que le atribuye Mr. Haeckel, entonces pediremos como una necesidad que ésta sea introducida en la escuela... Sabido es cómo las cosas pasan al exterior, y de qué modo se exagera la teoría, de qué manera nuestras proposiciones se nos vuelven á un estado que nos espanta á nosotros mismos... Señores: ¿podéis darnos una idea de lo que llega á ser la teoría de la descendencia en la cabeza de un socialista?»

Las obras de Haeckel tuvieron un éxito inmenso. Se comprende fácilmente la razón. Que no fuera ésta el valor científico que tuvieran, lo prueba la historia de la *Mónera* primordial.

A.—LA GENERACIÓN ESPONTÁNEA

Según el zoólogo alemán, «todos los cuerpos de la Naturaleza son igualmente *animados*, y la oposición en otro tiempo establecida entre el mundo de los cuerpos vivos y el de los cuerpos muertos no existe. Que una piedra lanzada en el espacio libre caiga al suelo, según leyes determinadas; que en una solución salina se forme un cristal, fenómenos son éstos que pertenecen á la vida mecánica, del mismo modo que el crecimiento de las plantas, la multiplicación ó la actividad consciente de los animales, la sensibilidad ó el entendimiento de los hombres ².

La aparición de la vida en este mundo es un fenómeno

1 Haeckel: *Les freuves du transformisme*, Respuesta á Virchow.— Traducción francesa de Soury, 1879.

2 *Revue scientifique*, 1877, tomo XX, págs. 536 y 537.— En su Respuesta á Virchow, Haeckel protesta (págs. 6 y 9) contra los que quieren hacer á la teoría de la evolución responsable de los dos atentados de Hoedel y de Nobiling contra el Emperador de Alemania, y de los horrores de la Commune de París.

3 Haeckel: *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, pág. 21.

del mismo orden que la producción de un compuesto mineral cualquiera. La vida se habría manifestado desde luego en una materia sin forma determinable, sin organización aparente y casi sin consistencia, no acusando ningún carácter terminante ni en el sentido vegetal ni en el animal, dotada de sentimiento y de voluntad, apta para desarrollarse y organizarse de diversos modos bajo la influencia de los agentes exteriores. Esta especie de protoplasma, difuso en el origen, habría tomado poco á poco la estructura de un celuloide por la aparición de núcleos y membranas limitantes; luego la *segmentación* y *diferenciación* progresivas habrían hecho nacer á la larga las innumerables especies de los dos reinos.

Demasiado feliz hubiera sido el poder apoyar esta teoría sobre algún dato de observación.

En 1868, uno de los naturalistas más eminentes de Inglaterra, Mr. Huxley, profesor honorario de la Escuela Real de Minas de Londres, creyó haber descubierto entre los objetos recogidos en las grandes profundidades del océano Atlántico, un ser protoplásmico, vivo, amorfo, que cubriría el fondo del mar en extensos parajes. En él vió la forma de transición del reino mineral al reino orgánico, el *mónera primitivo* de Haeckel; lo dedicó pomposamente al profesor de Jena bajo el nombre de «*Bathybius Haeckelii*»¹.

Algunos años después, en 1879, y en el Congreso de la Asociación Británica celebrado en Sheffield, Huxley tomó la palabra y dijo con picaresco desenfado: «Yo pensaba que mi joven amigo *Bathybius* me daría alguna honra; pero tengo el sentimiento de decir que, andando el tiempo, de ningún modo ha cumplido con las promesas de su juventud.»

Después de un examen más amplio se había recono-

¹ *Nature*, 1875, tomo XII, pág. 316.—*Natürliche Schöpfungsgeschichte*, pág. 165.

cido que el mónera de que se trataba no era más que un precipitado químico determinado en el agua del mar por la acción del alcohol, empleado como preservativo.

Ante semejante resultado, el Sr. Lapparent escribió con ese motivo: «¿No sería permitido y excusable evocar el recuerdo de ese astrólogo de la leyenda que descubría animales en la Luna porque un ratón se había introducido en su telescopio? Estas son, sin embargo, las sorpresas que nos reserva la ciencia incrédula cada vez que el espíritu de partido preside á sus investigaciones'.

Por consideración al autor ó por espíritu de secta, se habló poco de este error. En todo caso, ciertos materialistas afectan ignorar todavía hoy la célebre condena y ejecución del Bathybius. Si el hecho fuese aislado aún se comprendería; pero varios de sus compañeros de infortunio han desaparecido como él en la nada. Citaremos sólo al Eophyton, al Espyrophyton y al famoso Eozoon canadense².

Por otra parte, las indagaciones del laboratorio no han dado ningún resultado favorable á la generación espontánea³. ¿Será preciso recordar ahora las célebres experiencias de Pasteur verificadas por Schultze, Schwann, Tyndall y Milne Edwards, confirmadas después por las observaciones de Payen, Quatrefages, Claudio Bernard y Dumas? Los globos llenos de infusiones vegetales ó animales que han servido hace treinta años á las investigaciones del ilustre sabio, han sido conservados y no presentan hoy ningún rastro de vida⁴.

En verdad que esos resultados puramente negativos

1 De Lapparent: «Le Bathybius», *Rev. Quest. Scient.*, 1878, tomo III, p. 73. — 1880, tomo VII, p. 59.

2 De Lapparent: *Traité de géologie*, 3.^a edit., 1893, p. 733. — Motais: *L'origine du monde d'après la tradition*, 1888, p. 23.

3 Proost: «La doctrine des générations spontanées», *Rev. Quest. Scient.*, 1879, tomo VI, página 502.

4 De Nadaillac: *Le problème de la vie*, 1893, p. 25.



dejan la cuestión abierta desde el punto de vista científico. Por lo tanto, veremos nuevamente poner en tesis la *generación espontánea* con tanto más apasionamiento cuanto que las teorías materialistas modernas tienen grande interés en ello. Sin hacer por ello reproches á nadie, notaremos, sin embargo, con Virchow que es peligroso exigir que una teoría tan mal dilucidada sirva de base á todas las concepciones humanas sobre la vida ¹.

¡Si Haeckel pudiese por lo menos vanagloriarse con la opinión del mundo docto! Pero ¡ay de mí! ¡cuántos y cuán numerosos contradictores tiene aun entre sus amigos!

En primer término Darwin, quien, según ha notado Tyndall en su famoso discurso de Belfast, pasa, ó más bien se desliza, tan ligeramente como le es posible, sobre el origen de la vida. El maestro cree que este problema está reservado para una época futura todavía lejana, si es que alguna vez el hombre puede resolverla ².

El mismo Tyndall es quien pretendía encontrar la vida más allá de los límites de la demostración experimental, y creía verla surgir del abismo del pasado por la operación de un misterio insondable.

Más tarde, al escribir á Wallace y á Haeckel, declaró no poder aceptar la formación de los primeros organismos por la acción pura y simple de las fuerzas físicas y químicas ³.

Carl Vogt, Huxley, Spencer, Littré y otros son los que, en vista de la impotencia de la ciencia actual, hacen abstracción en sus sistemas de dicha formación, formulando algunas reservas para el porvenir.

Haeckel no se asusta de las singularidades. Reconoce que nunca se ha visto á los móneras producirse por las experiencias del laboratorio, pero añade que esas expe-

1 *Rev. Scient.*, 1877, tomo XX, p. 540.

2 Darwin: *The descent of man.*, vol. I, p. 36.

3 Tyndall: *Correspondance*. Traduc. franc., p. 502, 256.

riencias, hechas en condiciones absolutamente artificiales, no pueden realizar las condiciones del medio ambiente de las épocas primitivas ¹.

Es indispensable, pues, á pesar de todas las apariencias contrarias, mantener la generación espontánea como un dato indiscutible con la base del sistema monístico. Decididamente, el procedimiento es extraño, de parte de un hombre que, para desechar las doctrinas espiritualistas, afecta no admitir más que hechos sensibles y pruebas palpables. Esta mezcla abigarrada de dogmatismo ciego y de escepticismo ilógico probaría tan sólo que los evolucionistas exagerados están á merced de influencias extracientíficas. Por otra parte, no lo podrán negar; tenemos la confesión del propio maestro.

«Desechando la hipótesis de la generación espontánea —dice Haeckel,—forzosamente habrá que recurrir al milagro de una creación sobrenatural... Suponer que sólo en este punto de la evolución regular de la materia el Creador haya intervenido caprichosamente, cuando, por otra parte, todo marcha sin su cooperación, es, á mi parecer, una hipótesis tan poco satisfactoria para el corazón del creyente como para la razón del sabio ².»

El profesor de Jena resuelve las cuestiones como impresionista. Olvida, sin duda, que no basta simular una convicción para convencer á los demás y acallar la crítica científica.

Lord Kelvin y otros, queriendo eludir la dificultad, admitirían que algún germen, contenido en un bólido ó transportado por cualquier otro medio, habría poblado el globo terrestre después de su enfriamiento ³.

El catedrático Richter, de Dresde, había emitido ya la hipótesis de que la vida siempre había existido en el

1 Haeckel: *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, p. 303.

2 *Ibid.*, p. 310.

3 Van Tieghem: *Traité de botanique*, 1884, p. 982.

universo, y que había podido ser sembrada de planeta en planeta por gérmenes microscópicos.

Mas ¿de qué manera nos explicará la conservación de los gérmenes en un viaje tan rápido á través del espacio y á pesar del recalentamiento del meteorita á su entrada en nuestra atmósfera? Sobre todo, ¿cómo nos explicará la aparición de la vida sobre el planeta encargado de transmitirnosla?

Está de moda hoy, en cierta clase de escritores, el persuadirse de que una cuestión demorada es cuestión resuelta. Hipótesis por hipótesis, preferimos á las que no niegan á Dios. De todos modos, aun admitiendo la aparición espontánea de la vida, los ateos no tienen por qué estar satisfechos. Siempre hallarán al Creador en el origen de todas las cosas.

Mr. Wolf, del Instituto de Francia, astrónomo en el Observatorio de París, dice en una de sus obras :

« La parte primera del problema cosmogónico, cuál es la materia primitiva de caos y de qué modo ha dado nacimiento á las estrellas, está aún hoy envuelta en el dominio de la novela y de la imaginación ¹. »

Mr. Faye es aún más explícito. Nadie negará en esta materia la competencia del émulo de Laplace.

« Por mucho que se diga que el universo es una serie indefinida de transformaciones, que lo que vemos es el resultado lógico de un modo de ser anterior, y así siempre en lo pasado como en lo porvenir, lo que no vemos es cómo un estado ó modo de ser anterior hubiera podido llegar á la inmensa difusión de la materia, al caos de donde ciertamente ha salido el estado actual. Llegando á ese punto, es preciso debutar por una hipótesis y pedir á Dios, como lo hace Descartes, la materia diseminada y las fuerzas que la rigen ². »

1 Wolf: *Hypothèses cosmogoniques*, 1886, p. 5.

2 Faye: *Sur l'origine du monde*, 2.^a edit., 1885, p. 287.

B.—EL ENLACE DE LAS ESPECIES

Avancemos y, suponiendo cumplida la transición de la materia inerte á la materia organizada, examinemos cómo ha debido verificarse el desarrollo ulterior de la vida. ¿Puede racionalmente admitirse el génesis de nuestros antepasados tal como le traza el árbol genealógico de Haeckel? Quien nos lo va á decir, y con pocas palabras, será un librepensador muy conocido, Carl Vogt¹. Siendo partidario decidido, si no convencido², de la descendencia animal del hombre, el profesor de Ginebra nunca ha dejado de denunciar con toda lealtad las dificultades que provoca, hasta el punto de mutilar primero, y de retirar finalmente, su propio sistema.

«Desde el mónera primitivo, hasta el hombre que habla —dice,— todas las etapas son determinadas por inducción, contadas en número de veinte á veintidós, y todas esas fases están colocadas en las edades geológicas correspondientes.

«Nada falta en estas etapas. Desgraciadamente ese árbol, tan completo, tan bien arbolado, deja ver un pequeño defecto, parecido al del caballo del célebre paladino Rolando; la realidad le hace falta por completo, absolutamente como la vida al caballo del paladino. Todos los grados están constituidos por seres imaginarios cuyos rastros nunca se han encontrado, pero que, sin embargo, deben ser considerados como reales del todo. Si no se les ha hallado todavía, se encontrarán más tarde, ó bien estaban

¹ Carl Vogt murió en Ginebra el 5 de Mayo 1895. Había nacido en Giessen (Germania) el 5 de Julio de 1817.

² «Nunca—dice Vogt en sus *Vorlesungen über der Menschen*. (Traduc. franc. de Moulinié, corregida por el autor, 1865, p. 598) — jamás ese creador ha podido caber en mi mente; pero no conociendo nada mejor para poner en su lugar, debo con franqueza declarar no saber nada sobre esta cuestión.» Esta frase descubre á la vez al impío sistemático y al sabio leal.

constituídos de manera que no podían conservarse en las capas terrestres ¹.»

El profesor ginebrino, por una sabia discusión detallada, justifica esta apreciación general ². Á consecuencia quizá de los trabajos de los Sres. Alfonso Milne-Edwards y Alfredo Grandidier, Vogt coloca á los prosimios fuera de la serie. Se niega á reconocer, como el origen de los marsupiales, á los protamniotas y á los promamalias supuestos del principio de la edad terciaria; conforme con el sabio inglés Sir Owen, se siente inclinado á relacionar los mamíferos con los reptiles, más bien que con los anfibios, dispensándole esto último de tener que recurrir á pescados hipotéticos. Pone en duda el lazo de parentesco de los vertebrados inferiores con los ascidias. En resumen, existe disentimiento en cuanto á la genealogía completa de los vertebrados. En cuanto á los antepasados invertebrados del hombre, sus cuerpos blandos no han dejado rastros fósiles; la paleontología queda completamente muda sobre este punto, y las rebuscas anatómicas y embriogénicas sobre las especies actuales dejan la cuestión de origen indecisa por completo.

Huxley, menos hostil á la idea general de la genealogía haeckeliana, propone, sin embargo, á su amigo del otro lado del Rhin modificaciones numerosas é importantes. En un punto, sobre todo, sobre la concepción de los tiempos geológicos, la discordancia es absoluta. Para explicar los cambios bruscos de la fauna entre ciertas formaciones sucesivas, y justificar la introducción de tipos intermedios no conocidos en la serie de nuestros antepasados, Haeckel admite grandes intervalos de tiempo entre el depósito de las diversas capas, correspondientes á otras tantas épocas de emersión de los continentes y de los que

¹ Vogt: «L'origine de l'homme», *Rev. Scient.*, 1877, t. XIX, p. 1058.

² *Ibid.*, páginas 1088-1090.—Véase Vogt: «Dogmes dans la science», *Rev. Scient.*, 1891, tomo XLVII, p. 647.

apenas quedan documentos orgánicos. Su eminente contrincante afirma que esos anteperíodos son inverosímiles y los atribuye á la influencia obscurantista de las supersticiones geológicas ¹.

Las críticas, por otra parte, no han faltado tampoco ²; no citaremos más que una. Según Haeckel, los monorhinos del décimo grado, representados hoy por los ciclostomas, mixinoídes y lampreas, habrían tomado nacimiento de los acranios, del tipo del *amphioxus lanceolatus*, por el perfeccionamiento gradual debido á la adaptación y á la lucha por la existencia. Ahora bien: he aquí que Dohrn ha propuesto muy recientemente una descendencia completamente opuesta. A su modo de pensar, el *amphioxus* y los ciclostomas, vertebrados degenerados, habrían, por adaptación *regresiva*, perdido los miembros, la cabeza y todos los detalles de organización que caracterizan los demás vertebrados.

«Este modo de ver, el cual comparto—dice Carl Vogt,—gana adeptos todos los días, á medida que las pesquisas se profundizan. Destruye, hasta en sus cimientos, las proposiciones de Haeckel. Los ciclostomas y el *amphioxus*, según esta manera de ver, pasan á ser productos de una época relativamente moderna, engendrados por la degeneración sucesiva de vertebrados, desde luego mejor y más sabiamente organizados ³.

Las contradicciones llegan á tan larga distancia, que las relaciones de ciertos animales son comprendidas en sentido inverso por unos naturalistas de igual competencia, tomando el uno por formas ancestrales las que el otro considera como formas derivadas, y recíprocamente.

Si esto ocurre, Vogt no ha exagerado al decir que el

¹ Huxley: *Les problèmes de la géologie et de la paléontologie*, edit. francesa por el autor, 1892, páginas 125-128, 116-119.

² Proost: «Les naturalistes philosophes», *Rev. Quest. Scient.*, 1879, tomo VI, p. 166.

³ Vogt: «Dogmes dans la science», *Rev. Scient.*, 1891, tomo XLVII, p. 550.

árbol genealógico de Haeckel se asemeja, á no dudarlo, á aquellos árboles recortados caprichosamente, con los cuales Le Nôtre y sus sucesores adornaban los jardines.

La aproximación de parentesco es algo más que una carga grotesca. En el método haeckeliano, ¿no es indispensable que todo cuadre con un plan formado con anticipación? En caso de necesidad se corrigen los tipos existentes, se estrujan las analogías ó las diferencias, se tilandan de anormales las observaciones contrarias á la teoría, se hace una elección absolutamente arbitraria en medio de los fenómenos recogidos, se reconstruyen con la imaginación formas intermediarias, tales como las exige el sistema y, para justificarlo todo, se invocan descubrimientos posibles, leyes supuestas, causas desconocidas. Muy difícil sería llevar más allá el menosprecio de los hechos.

Así es, que Haeckel ha sido definitivamente juzgado.

Su respuesta á Virchow, fechada en 1879, nos suministra esa prueba en una declaración admirable:

«Nadie—dice—me ha reprochado el no haber sido dotado por nuestra madre Naturaleza de poca imaginación; al contrario, se me ha recriminado el haber recibido con exceso ese don del cielo¹.»

Desgraciadamente pesan otros grandes cargos sobre él.

El ilustre Quatrefages, tan reservado siempre, le vituperaba el recurrir á lo desconocido y sacar argumentos de su propia ignorancia; le acusaba de tener la tendencia á no escuchar más que la fantasía y presentar como demostrados unos resultados puramente ficticios, haciéndole cargo igualmente de sus polémicas personales, sus denuestos y la intolerancia de sus pretensiones; le reprochaba, asimismo, la solidaridad que se esforzaba en

1 Haeckel: *Les preuves du transformisme*, p. 58.

establecer entre sus doctrinas filosóficas y el transformismo; sus declaraciones altaneras, sus aserciones por demás atrevidas y avanzadas, sus palabras seductoras, que no podían menos de fascinar á ciertos espíritus y extraviar, sobre todo, á la juventud¹.

Claparède, naturalista ginebrino y amigo personal de Haeckel, le trataba de niño terrible de la doctrina darwiniana. A pesar de su celo por el transformismo, escribió desde 1870, con motivo de las exageraciones de la nueva escuela:

«Se ve hoy á *cierto* naturalista reconstruir, sin pestañear, todo el árbol genealógico de la primera especie que le caiga bajo la mano, al través de todas las épocas geológicas; lo dibuja con tanta claridad y coquetería como lo hiciera con un hidalgo prusiano.

»Luego llega el turno á un rival cuya selección razonada se pronuncia á favor de otra selección completamente distinta, esbozando para la misma especie una genealogía del todo opuesta. Cada cual habla con una autoridad igual y de tal modo acentuada, que á una de las obras más importantes publicada en Alemania sobre la teoría del transformismo se le ha aplicado ya el nombre de *Biblia del darwinismo*².»

Darwin escribió un día á Haeckel que su audacia le hacía á veces temblar á sí mismo³.

En el Congreso de Munich de 1877, Virchow, tomando parte en las ridículas pretensiones de su fogoso discípulo en lo relativo al monismo en la enseñanza, decía:

«Todos cuantos aquí estamos, sobre ciertos puntos, no somos sino semi-sabios... No poseemos más que fragmentos de la ciencia de la naturaleza; ninguno de los que estamos aquí puede tener iguales títulos para representar

1 De Quatrefages: *Les émules de Darwin*, 1894, tomo II, págs. 83, 131; tomo I, p. 7 y 8.

2 Se trata de la *Generelle Morphologie der Organismen* (1866) de Haeckel.

3 *Vie et correspondance de Charles Darwin*, trad. franc. de Varigny, 1888, p. 420.

todos los órdenes de los conocimientos... Tenemos que limitar de la manera más estricta el alcance de nuestros teoremas al dominio, sobre el cual hemos, efectivamente, podido verificarlos ¹.

He aquí, en fin, en qué términos Huxley concluye su crítica de las «especulaciones» del profesor Haeckel sobre la genealogía de las formas animales: «Que uno sea ó no de su parecer, se comprende que ha dirigido su espíritu hacia un orden de ideas donde es aún preferible extraviarse que no quedarse inmóvil ².»

Esta reflexión es muy irónica y tiene mucho de paradoja; prueba que Huxley había perfectamente comprendido el verdadero carácter de la lucha entablada por Haeckel. El profesor de Jena, como toda su carrera lo atestigua, no tenía más que una ambición: hacerse un nombre por sus ataques apasionados contra el Catolicismo. ¿Qué le importaba, ya en ese camino, caer en algunos extravíos y errores, aun á expensas del progreso y de la verdad? La opinión ocupábase de él, y los materialistas le ceñían coronas. ¡Efímeros honores desgraciadamente!... Hoy el favor le abandona para siempre. Los transformistas formales no le perdonarán jamás el haber comprometido las doctrinas de la escuela con sus excentricidades científicas.

¹ Virchow: «La liberté de la science dans l'Etat moderne», *Rev. Scient.*, 1877, tomo XX, páginas 557-539.

² Huxley: *Les problèmes de la géologie*, p. 122.





CAPITULO II

El hombre-mono y la paleontología.

1.—EL ENLACE DE LOS FÓSILES Y LA EVOLUCIÓN

LA derrota sufrida por las teorías de Haeckel no ha disminuído el ardor de los darwinistas. Desechando todo sistema establecido *a priori*, varios de entre ellos tratan de recuperar posiciones en el terreno de la observación y de la experiencia por medio de defensas sacadas de la paleontología, de la anatomía y de la fisiología comparadas. Sus baterías no pueden estar peor abrigadas en contra del fuego de la crítica; nunca podrán hacer respetar el punto culminante de la doctrina, el origen animal del hombre.

Sabido es que las diversas capas geológicas atesoran en cantidades inmensas los restos más ó menos informes de organismos contemporáneos de los sedimentos que los contienen. Estos son osamentas, conchas ó simples rastros.

Hasta fines del pasado siglo se les consideraba como diversiones de la naturaleza. Hubo quien reconoció en ellos los rastros auténticos del diluvio de Moisés. Es natural: ¿cómo iba Voltaire á conformarse con esta última hipótesis? Para él las conchas de los moluscos y las aris-

tas petrificadas de los peces no eran sino restos de comida abandonados por los peregrinos y los viajeros ¹.

Quien ha hecho revivir á esos preciosos testigos de otra edad, ha sido Cuvier. No tardó en ser probado que la distribución de los fósiles, lejos de ser fortuita, está sometida á ciertas leyes. *Por lo general*, las formas se suceden de abajo arriba en los terrenos, siguiendo el orden de perfección creciente. Las más sencillas han vivido las primeras y luego y después han dejado el lugar para otros organismos más complicados.

Estos hechos, relativos al desarrollo progresivo de la fauna paleontológica, son, para Darwin y sus partidarios, una prueba de la evolución natural de las especies. Al oír á esos señores diríase que los animales fósiles son los antepasados de los animales actuales, y que éstos proceden de aquéllos por vía de descendencia, gracias á modificaciones lentas, pero profundas.

«Dice Huxley, que cada fósil, tomando un lugar intermediario entre las formas de vida ya conocidas, puede ser contado, á título de intermediario, como una prueba de la evolución, porque demuestra el camino por el que muy bien puede que la evolución se haya operado. Pero el simple descubrimiento de tal forma no puede en sí probar que la evolución se haya producido por ella y á través de ella, y no constituye nada más que una presunción á favor de la evolución en general ².»

Sin embargo, si de varias formas parecen ser etapas sucesivas de una modificación en igual sentido, y si se hallan por orden en unos depósitos cada vez más recientes, los transformistas los toman, sin titubear, por distintos eslabones de una misma cadena genealógica. Para ellos, las formas más perfectas tienen su procedencia de las formas inferiores. En buena lógica, la inducción no tiene

¹ Voltaire: *Physique*, cap. XV; *Singularités de la nature*.

² Huxley: *Les problèmes de la géologie*, p. 218.

base alguna. Carl Vogt lo ha precisado y explicado.

«Es indudable—dice—que nunca podremos probar con hechos que una especie cualquiera descienda de otra especie, habiendo vivido en una época anterior, ni tampoco podremos demostrar *con hechos palpables* que una liebre que matamos de caza, debe necesaria y forzosamente descender de otra liebre más vieja. En uno y otro caso no son más que probabilidades, pero probabilidades que se convierten para nosotros en certidumbres, en el momento en que los hechos no consienten absolutamente ninguna otra explicación¹.»

Enunciado de esta manera, el principio es incontestable. Todo el mundo lo reconoce; pero en la aplicación es donde se dividen los pareceres.

Sea lo que fuere—Haeckel, Huxley, Vogt y Virchow lo declaran á porfía,—la descendencia en serie ininterrumpida de los organismos actuales de otros organismos habiendo vivido anteriormente, es un *postulado lógico* para todos aquellos que no admiten actos creadores particulares para las especies.

Al hablar un día de la curiosa distribución geográfica de los mamíferos durante los últimos períodos geológicos, Huxley pronunció la siguiente frase, que tendría gran significación si no fuese inspirada por los prejuicios de escuela, por un partido tomado de violencia y de odio:

«Puede concebirse que cada especie... haya sido creada separadamente con limo ó de nada por un poder sobrenatural; pero mientras no tenga ó haya recibido la prueba decisiva de este hecho, me niego á correr el riesgo de insultar á un hombre dotado de razón suponiendo que considera con seriedad esta idea².»

Tal es el lenguaje de todos los libre pensadores materialistas.

1 Vogt: «Les dogmes dans la science», *Rev. Scient.*, 1891, t. XLVII, p. 647.

2 Huxley: *op. cit.*, p. 243.

Se adivina con qué ardor han tratado de relacionar todas las formas conocidas con un origen común. El problema apasiona, en efecto, y mucho falta para que los sabios espiritualistas no lo hayan tomado con el mayor interés. Varios de los mismos, favorables á un transformismo limitado, han consagrado ruda y larga carrera á esas ingratas indagatorias. Muchos enlaces *morfológicos* se han revelado, gracias, sobre todo, á los trabajos de los Sres. Albert Gaudry y Marqués de Saporta ¹. No podemos mencionarlos en este momento. Detengámonos, sin embargo, un instante en la serie clásica y bien conocida de los caballos prehistóricos europeos.

Entre el comienzo de la época terciaria y los actuales tiempos, el grupo de los equideos ha sido representado por una serie de formas que parecen relacionar los caballos actuales á los paquidermos imparidigitos más antiguos.

El *hyracotherium* (*eohippus*) del eoceno inferior, primer animal conocido del grupo de los caballos, poseía cuatro dedos completos en las manos de delante y tres dedos en los pies posteriores. El último, al contrario, el equus actual, no tiene más que un casco en cada pie; los demás dedos son representados por rudimentos más ó menos atrofiados. En el primero, los colmillos existen todos; las muelas, relativamente pequeñas y con raíces desarrolladas con prontitud, tienen una forma muy sencilla. En el último, las premolares se quedan pequeñas; las verdaderas molares tienen muy poca esfera, desarrollándose muy tardíamente y presentando un dibujo caprichoso; los colmillos han desaparecido más ó menos en la hembra. Los equideos de las épocas intermediarias tienen caracteres pasajeros.

De los más antiguos á los más recientes, los pliegues del esmalte de las muelas se complican, mientras que las

¹ Jean d'Estienne: «Les étapes du règne végétal», *Rev. Quest. Scient.*, 1879, tomo VI, página 454.— Gaudry: *Les enchaînements du monde animal*, 3 vol., 1878-1890.

extremidades de los miembros se simplifican, haciéndose más sólidas. El palaeotherium (mesohippus) del eocena superior no tiene ya más que tres dedos iguales, y un rudimento del cuarto en los pies de delante.

En el anchitherium (miohippus) del miocena medio, el dedo mediano toma gran importancia; pero los dedos laterales, aunque más delgados, tocan todavía al suelo; en el hipparion del miocena superior, el dedo del medio se apoya él sólo, los dos laterales siendo cortos y reducidos. En fin, en el caballo del pliocena existe un dedo único muy fuerte, pero debajo de la piel se hallan dos especies de durísimos tendones, restos de los dedos laterales de sus supuestos antepasados.

Se ha encontrado en América una rama que tenía concordancia con la de Europa. Los términos de transición son aún más numerosos: los paleontólogos distinguen hasta diez.

Los partidarios de la evolución progresiva no dejan de observar que, entre las osamentas de hipparion recogidas en el único yacimiento de Pikermi, en Grecia, y repartidos por Mr. Gaudry entre ochenta individuos, las diferencias de talla y las variaciones de forma son tales, que al primer golpe de vista es difícil atribuir todos los individuos á una misma especie; y, sin embargo, cuando se reúnen gran cantidad de huesos, se hace imposible trazar entre ellos una línea clara de demarcación. Pero, no puede desconocerse, este último hecho y otros análogos escapan á la teoría que se quiere establecer. Permiten lo mismo suponer que gran número de formas orgánicas reputadas características de otras tantas especies distintas é inscritas en nuestros catálogos bajo nombres diferentes no son, en realidad, más que *particularidades de raza*. En otros términos, muchas especies nominales no serían para el fisiologista más que variedades llegadas á ser más ó menos constantes.

A pesar de estos considerandos, la teoría transformista aplicada á los fósiles guarda siempre su carácter esencialmente seductor, y no dudamos de que la hipótesis del origen independiente de las especies perdiese aún muchos partidarios, si las capas sedimentosas del globo ofreciesen en gran número, y para los diferentes grados de la escala animal, series muy auténticas semejantes á las de los caballos prehistóricos.

Desgraciadamente no sucede así. Mr. Gaudry no se lo oculta en la conclusión de su magistral estudio sobre *Los enlaces del mundo animal*: «Al reunir—dice—los materiales de esta obra, me he convencido de los innumerables vacíos que encontramos cuando tratamos de establecer de un modo riguroso las filiaciones de los seres antiguos ¹. En este caso, para generalizar el principio del desarrollo progresivo de las especies zoológicas, menester es admitir que una infinidad de tipos intermediarios han sido destruídos y que los *descubrimientos paleontológicos hechos hasta ahora no son nada comparados con los que el porvenir nos reserva*. Esta reflexión es del célebre geólogo Sir Charles Lyell, uno de los baluartes más firmes del darwinismo ².»

Como es natural, se halla de nuevo en todas las apolo-gías del transformismo. Pero nadie, hasta ahora, podría decir hasta qué punto tiene fundamento. Lyell calculaba que la extensión total sobre la cual se han verificado nuestras exploraciones, no pasaba de la cuatrocientava parte de la superficie total del globo. Admitamos que esa cifra sea muy elevada, y que nuestros conocimientos han tomado gran extensión en estos últimos años; aún queda bastante para estimular la indagatoria.

Existe una dificultad más grave aún: si las variaciones relativamente débiles de los equideos han exigido,

¹ Op. cit., t. III., *Mammifères tertiaires*, p. 245.

² Lyell: *L'ancienneté de l'homme*, trad. de Chaper, 1864, p. 430.

para cumplirse, toda la duración de la época terciaria, las diferencias profundas entre las diversas clases de los animales fósiles y los antepasados que los transformistas les asignan, suponen la existencia de los vertebrados mucho antes de la época en que sus restos han sido registrados por primera vez.

«Si hay algo de verdad en la teoría evolucionista—ha dicho Huxley—cada clase debe ser *infinitamente* más antigua que los individuos más antiguos que sea posible señalar sobre la superficie terrestre¹.»

No tenemos la pretensión de resolver la cuestión; pero nos repugna acumular así tantas hipótesis. Por otra parte, el balance general de las observaciones consiente alguna desconfianza para con la doctrina evolucionista.

«La vida—dice Mr. de Lapparent en la tercera edición de su *Tratado de Geología*,—la vida ha tomado posesión del globo, no, á lo que parece, de un modo progresivo y por lenta evolución de organismos inferiores; pero por lo que se puede juzgar, por la aparición casi inmediata de tipos que tenían toda la perfección que las circunstancias ambientes consentían...»

Las primeras formaciones de las nuevas familias, lejos de verificarse por medio de tipos incompletos ó atrofiados, han *tenido lugar*, al contrario, *por medio de géneros fisiológicamente muy elevados*, y en los que la talla de los individuos es, á menudo, superior á lo que será en el porvenir.

Tal sucede con las paradoxidas, ocurriendo lo propio con los ortoceras y los cefalopodos enroscados de la fauna terciaria. Estos hechos, *por otra parte, no son una particularidad de los tiempos silurios*; se reproducen más de una vez en la historia del globo, y es imposible no tenerlos muy presentes cuando se trata de la apre-

¹ Huxley: *Les problèmes de la géologie*, p. 234.



ciación de las leyes que rigen el desenvolvimiento de la serie orgánica ¹.

2.—EL HOMBRE Y LOS MONOS FÓSILES

Se objetará, por lo menos, que el hombre no puede ser separado del grupo de los monos fósiles. Luego si se conocen la sucesión y el enlace de las formas en una parte bastante importante del reino animal, en la más perfecta, y la llegada en último lugar sobre todo, ¿no será legítimo, natural y lógico creer que esa sucesión y ese enlace existen igualmente para otros grupos menos conocidos?

¿El capítulo final no da generalmente una excelente idea del contenido de una obra?

Más de un lógico hallaría esta inducción algo arriesgada, y por lo tanto, cerraremos los ojos sobre su legitimidad. Por eso los intereses de la verdad no han de padecer. Se trata, pues, de saber si la geología permite admitir que el hombre ha sido engendrado en el antiguo mundo por una forma apagada y desconocida de la familia de los monos.

Para resolver este delicado problema tenemos que recurrir á las luces de Mr. de Mortillet, uno de los jefes reconocido del materialismo francés y profesor de la Escuela de antropología de París. Su obra sobre *Lo prehistórico y la antigüedad del hombre*, dada á luz en 1883, está llena de sorprendentes revelaciones.

«Está probado—dice—que en los terrenos terciarios existían seres bastante inteligentes para hacer fuego, tallar sílex y cuarzos.

»¿Quiénes eran esos seres?

»Eran hombres, se ha contestado desde luego. No hay

¹ De Lapparent: *Traité de géologie*, 3.^a edit., 1893, páginas 1594, 754.

más que el hombre que tenga bastante inteligencia para cumplir semejantes actos.

»Las leyes de la paleontología no consienten aceptar esa respuesta...

»Desde el depósito de la capa más antigua de sílex tallados, la fauna mamalógica ha cambiado por completo por lo menos cuatro veces, y las variaciones bastan para caracterizar unos géneros distintos.

»¿Sólo el hombre se había quedado invariable, él que se coloca á la cabeza de los animales, y cuyo organismo es el más complicado? Sería contrario á todas las leyes..., y no es posible pedir para el hombre una excepción á las leyes generales. Basta con echar una simple mirada sobre las poblaciones actuales de las diversas regiones del globo para reconocer que el hombre varía tanto ó más que los demás animales.

»Sabemos también de un modo positivo que el hombre ha variado en los tiempos geológicos. En efecto, el hombre cuaternario antiguo no era el mismo que el hombre actual; no era el hombre que le ha sucedido desde el tiempo de las cavernas, como lo prueban los cráneos de Neanderthal, de Eguisheim, de Denise, de Canstadt y la mandíbula de la Naulette. La diferencia, al principio del cuaternario, es ya tan grande que se ha titubeado á veces para atribuir al hombre los restos que acabo de citar. Tenemos forzosamente que admitir, por deducción lógica sacada de la observación directa de los hechos, que los animales inteligentes que sabían hacer fuego y tallar piedras en la época terciaria, no eran hombres en la acepción geológica y paleontológica de la palabra, pero animales de otro género, unos *precursores del hombre*, en la escala de los seres, precursores á los cuales he dado el nombre de *Anthropopithecus*.

«De suerte que, por el único razonamiento sólidamente apoyado sobre observaciones precisas, hemos llegado á descubrir de un modo seguro un ser intermediario entre los antropoides actuales y el hombre. Esto nos recuerda á Leverrier descubriendo, sin aparato, nada más que con el cálculo, á un planeta. Recuerda también á los lingüistas descubriendo á los arianos nada más que por los datos de la lingüística...¹»

¿Cómo no caer en la tentación de la risa al ver, por la lectura de esta página, tanta simplicidad, y al mismo tiempo tanta pretensión, en la que Mr. de Mortillet parece dedicarse de antemano los honores del Panteón y pedir un puesto al lado de Voltaire y de Renán?

El verdadero mérito es más modesto. Así es que diez años han sido más que suficientes para derribar este hermoso tejido de afirmaciones gratuitas y de groseros sofismas. Y sin embargo, el profesor de la Escuela de Antropología, en las primeras páginas de su libro, se jacta de reformador de los estudios prehistóricos.

Según él, «la paleontología formal debe ser estudiada con un espíritu libre de toda idea preconcebida... Es preciso tomar por base la observación directa de los hechos, é importa estudiar estos hechos con la crítica la más severa. Es, por desgracia, lo que no se ha hecho hasta ahora²».

Veamos si el método de Mr. de Mortillet difiere tanto del de sus predecesores.

El abate Bourgeois, el sabio director del Colegio de Pontlevoy, es quien anunció, en 1867, en el Congreso de antropología, habido en París, el primer descubrimiento del hombre en la época terciaria. No lejos de Thenay, pueblecito del departamento de Loir-et-Cher, había encontrado desde 1862 en la marga miocena, cierto número

1 De Mortillet: *Le préhistorique et l'antiquité de l'homme*, p. 102.

2 Idem id., p. 33.

de sílex que él creía ser tallados por el hombre ó partidos por el fuego encendido de sus manos ¹.

Fué un acontecimiento en el mundo científico. Los arqueólogos se dividieron en dos campos, y en diversas ocasiones, la cuestión del hombre terciario fué vivamente discutida en los Congresos de los sabios europeos. No pudiendo resumir todos estos debates demasiado largos, nos contentaremos con citar las conclusiones de Mr. Gaudry, miembro del Instituto y profesor de paleontología en el *Museum*. Partiendo de la observación pura, este sabio admite la formación sucesiva de las especies animales por vía de descendencia y transmutación.

«El abate Bourgeois—dice—ha encontrado piedras que considera como talladas por un ser más inteligente que los animales actuales, y su opinión ha sido compartida por antropólogos muy hábiles, entre los cuales citaré á los Sres. Marqués de Vibraye, Vorsae, de Mortillet, De Quatrefages y Hamy... Es incontestable que el limo de las piedras negras, dónde se encuentran los sílex considerados como tallados, descansa con regularidad bajo el piso calcáreo de la Beauce. Por otra parte, Mr. Bourgeois es un geólogo demasiado hábil para que pueda dudarse de la exactitud de sus determinaciones estratigráficas. Toda la cuestión se reduce á saber si las piedras han sido talladas. Están escondidas en capas de sílex rodados, y me parece que si se pusieran al lado unos de otros gran cantidad de esos sílex, pocas personas conseguirían extablecer, con una lucidez que no dejase ninguna duda en su espíritu, un límite entre el sílex considerado como tallado y el que no lo fuera. Cuando se trata de fines humanos, estoy dispuesto á tener más confianza en las apreciaciones de los sabios que han hecho de ellos un estudio muy especial, que de mi propio juicio.»

1 Bourgeois: «La question de l'homme tertiaire», *Rev. Quest. Scient.*, 1877, t. II, p. 561.

«Sin embargo, ante el anuncio de un hecho tan importante como el de un tallista de piedras en la época del miocena medio, preferiría ver pruebas que todos los geólogos pudiesen apreciarsin ningún reparo»¹.

Según recientes pesquisas de los Sres. d'Ault du Mesnil y Daleau, las piedras agrietadas y descascarilladas se encuentran en Thenay en las capas eocenas no movidas *mucho más antiguas* que las capas descubiertas por el abate Bourgeois. Por otro lado, Mr. Arcelín ha encontrado en las arcillas eocenas del Mâconnais numerosos sílex comparables desde todos puntos de vista á los de Thenay; resultando que desde el debut de la época terciaria, no puede tratarse, según la mayor parte de los geólogos, ni del hombre, ni tampoco del antropopiteco. Además, observaciones claras y numerosas permiten atribuir el seu do corte de los sílex á la acción de diversas causas naturales².

Generalmente se admite hoy que los demás descubrimientos tan ensalzados de osamentas humanas terciarias, ó rastros dejados por un ser inteligente terciario sobre sílex, sobre huesos ó dientes de animales, no son tampoco concluyentes ni precisos³.

Monsieur de Mortillet, para atribuirse méritos é imponerse al lector crédulo, refuta los descubrimientos anteriores á 1883, á pesar del partido que varios escritores, poco escrupulosos, pensaban sacar de ellos á favor de nuestra descendencia simia, empleando para ello una lógica de la que hubieran hecho perfectamente no desprenderse nunca. Los dos hallazgos que quiere mantener como auténticos, además del de Thenay, no resisten ni siquiera el menor examen. Desde hace ya años, su *Anthropopithecus Ramesii*, de Aurillac, y su *Anthropopithecus*, de

1 Gaudry: *Les enchaînements du monde animal*, t. III, 1878, p. 238.

2 *Matériaux pour l'histoire de l'homme*, Juin et Septembre, 1885, págs. 241, 385.

3 *Rev. Quest. Scient.*, 1889, tomo XXV, p. 14.

Ribeiroi, de Portugal, han sido relegados al mundo de las quimeras. Mucho dudamos de que Mr. de Mortillet, en su nuevo libro sobre el origen del hombre, trate de hacerlos revivir ¹.

Nos es, pues, perfectamente permitido, aun hoy, sacar como conclusión, con Mr. Arcelín, que el hombre terciario no puede todavía vanagloriarse de tener acogida favorable entre sabios formales, siendo preciso para eso «que sus partidarios le hayan constituido un estado civil más regular ²».

Queda la cuestión de las osamentas fósiles de los precursores del hombre.

En 1856, un paleontólogo emérito, Eduardo Lartet, anunció á la Academia de ciencias de París el hallazgo de un fragmento de la mandíbula inferior de un mono, verificado por Fontán en el miocena medio de Saint Gaudens (Alta Garona). El *Dryopithecus Fontani* (es el nombre del animal), sólo él ha tenido, entre los antropo-

1 *El carácter absolutamente humano y la capacidad por lo menos normal de los cráneos cuaternarios más antiguos obligan á los transformistas á colocar los orígenes de nuestra especie en un pasado muy anterior al mamuth. El partido tomado y disimulada terquedad de Mr. de Mortillet, prueba á todas luces que tiene muy poca fe en la realidad del hombre terciario. Sin embargo, seamos justos; si el creador del antropopiteco no trae, á favor del corte artificial de las piedras de Thenay, unos argumentos tan sólidos como los exige en otras materias él mismo, contesta por lo menos de modo perentorio á las dificultades de sus adversarios. A título de ejemplo pondremos un hecho.*

Interrogado por Mr. d'Acy sobre el uso que su antropopitecus hacía de los sílex, esos pedacitos de piedra sin forma determinada, Mr. de Mortillet respondió: «Nada de eso sé, no estando en el mismo centro y no teniendo las mismas necesidades que el animal que los ha tallado. Sin embargo, voy á someter á ustedes una explicación, que si no es absolutamente verídica, no es menos posible y aun verosímil. Esa explicación no es mía. Me ha sido sugerida por uno de mis colegas, Mr. Nicole. Los sílex retocados de Thenay, son generalmente raspadores y puntas. Como lo hace observar muy bien Mr. d'Acy, esos raspadores no debían servir para rascar las pieles y suavizarlas, ni las puntas para agujerearlas y hacer ojales. En la época miocena, hacía bastante calor para que el animal inteligente que fabricaba utensilios no necesitase vestidos. Los necesitaba tanto menos cuanto que debía ser mucho más velludo que el hombre. En cambio, debía de tener mucha más miseria que el hombre, quien tampoco carecía de ella. Los raspadores ó rascadores y las puntas servían para rascarse cuando la comezón era por demás fuerte. (Bull. Soc. d'Anthrop., 3.ª serie, tomo VIII, p., 180.)

Mr. de Mortillet no dice por qué las uñas no bastaban para eso.

2 *Rapport du Congrès scientifique international des catholiques à Paris, 1888, t. II, p. 667.*

morfos fósiles, el honor de ser encontrado semejante al hombre...

Las muelas tienen la misma dimensión que las de nuestra especie. Se pretendía haber notado que el colmillo, en vez de ser proclive, como en el mono, tenía una posición recta que tenía que influir para que los incisivos siguieran la misma dirección, terminando por la conclusión de que la cara era muy corta. *Bajo este concepto*—decía Lartet— *el Dryopithecus se acercaba mucho al tipo negro.*

Naturalmente, los darwinistas creyeron otra vez estar sobre la pista del hombre mono. ¡Pura ilusión! Estos últimos años, indagaciones y pesquisas fueron emprendidas de nuevo, y el 24 de Febrero de 1890, Mr. Gaudry pudo presentar á la Academia de Ciencias otra mandíbula inferior de *Dryopithecus*, procedente también de Saint-Gaudens, pero mucho mejor conservada que la primera. «Me ha causado sorpresa al recibirla—dice el sabio paleontólogo en su nota—porque aunque pertenezca á la misma especie que la muestra de 1856, conduce á conclusiones muy distintas... Todos verán cuánto difiere la (nueva) mandíbula fósil, de la mandíbula humana... La faz del *Dryopithecus* debía tener tanta prominencia como la del gorila, más prominente aún que la del orangután y del quimpanzo... Otra diferencia, que me llama aún más la atención, es el poco lugar dejado para la lengua... No es él, ciertamente, quien nos instruirá sobre el origen de la palabra...

«En resumen, el *Dryopithecus*, á juzgar por lo que de él sabemos y tenemos, no solamente está alejado del hombre, sino que aun es inferior á varios monos actuales. Como es el más alto de los grandes monos fósiles, tenemos que reconocer que hasta ahora la paleontología no ha dado un intermediario entre el hombre y los animales' .»

3. — LOS CRÁNEOS FÓSILES DEL HOMBRE CUATERNARIO

Á pesar de todo, los partidarios del origen simio del hombre no entregan las armas. Nadie ignora cuál es en antropología la importancia de la osamenta de la cabeza¹. Ella sola suministra los principales elementos de la distinción de las razas humanas. Pues las grutas que el hombre ha habitado durante el período cuaternario, las que han servido de tumba á sus muertos, los aluviones formados por los ríos y que han acarreado sus cadáveres, nos han conservado muchos cráneos fósiles, entre los cuales varios pasan por tener caracteres de evidente inferioridad. Además, según el juicio de Quatrefages y de monsieur Dupont, el célebre explorador de las cavernas del valle del Mosa, desde los tiempos cuaternarios, el hombre presentaría una diversidad de tipos poco en armonía con la hipótesis de un origen reciente y con la descendencia de una pareja única primitiva. ¿La existencia de las razas humanas claramente caracterizadas durante el período glacial, no es bastante para justificar las presunciones de cierta escuela, relativas á la existencia anterior del hombre y de los lazos de parentesco de las diversas razas con varias parejas de monos antropomorfos simultáneamente transformados sobre diferentes puntos del globo?

Centenares de observadores ha contribuído á poner en claro ese capítulo tan obscuro de la historia de nuestro origen².

A medida que los informes se multiplican, los datos indiscutibles á favor de nuestro origen simio se hacen cada vez más escasos. Las declaraciones hechas en 1892 en el Congreso internacional de Moscow, por Mr. Vir-

1 Arcelin: «L'anthropologie», *Rev. Quest. Scient.*, 1879, tomo VI, p. 426.

2 *Ibid.*, p. 442.

chow, profesor en Berlín y presidente de la Sociedad alemana de Antropología, no consienten hacerse ninguna ilusión sobre ese punto. Nos permiten ser breves. En su Memoria sobre los *Problemas de la antropología*, el médico ilustre tan conocido por sus ideas progresistas en las ciencias como en política, se ha expresado del modo siguiente:

«Debemos reconocerlo, los sabios no pueden admitir que el hombre haya existido en la época terciaria, ni que tampoco haya alguna probabilidad de que la raza humana haya tenido su principio en esa época. Notamos, al contrario, un gran vacío que queremos salvar con imágenes fantásticas, pero que no nos presenta ningún objeto real...

»Los objetos de paleantropología son tan escasos, y la mayor parte de ellos tan sujetos á cuarentena que, hasta ahora, la tentativa de descripción de la raza más antigua del hombre cuaternario sobrepuja las fuerzas de la ciencia. Dos ejemplos, muy pocos hechos para animar, hemos tenido en Europa; la tentativa hecha á propósito del cráneo de Canstadt, y la del cráneo de Neanderthal, cuyos cráneos, como lo han supuesto antes dos eminentes sabios, habrían pertenecido á los aborígenes desaparecidos de la raza europea primitiva. Hace quince días, en el Congreso de los antropólogos alemanes verificado en Ulm, hemos discutido la cuestión promovida á propósito de esos dos cráneos, y hemos hallado que el de Canstadt no pertenece á la época cuaternaria, mientras que el de Neanderthal está por lo menos muy lejos de tener una forma típica.

»No examinaré—sigue Virchow—la serie completa de los descubrimientos análogos, cuya mayoría no nos ha dado sino cráneos únicos excepcionales. Pero debo declarar que, aun cuando esos cráneos hubiesen sido tales como se les ha descrito, y que su posición geológica hu-

biese sido exactamente definida, no podrían constituir la prueba de la existencia de una raza inferior primitiva que pudiese ser considerada como el término de transición entre los animales y el hombre actual. Muchos de esos cráneos parecen muy antiguos, pero se asemejan, bajo todos conceptos, á los cráneos de las razas modernas y aun algunos de ellos á los de las razas civilizadas.

»En vano es que se busque el eslabón, *the missing link*, que había unido el hombre al mono ó á alguna otra especie animal¹.»

Casi al mismo tiempo en que Virchow exponía estas conclusiones en el Congreso de Moscow, se verificaba en Java un curioso descubrimiento que, al parecer, debía poner de nuevo la cuestión sobre el tapete.

Java no está lejos de la cuna probable de la humanidad. La isla es un resto de la *Lemuria* hipotética de Haeckel, continente desaparecido, constituyendo antes el Asia Meridional, y sumergido desde entonces por el Océano Indico, donde hubiera vivido nuestro antepasado inmediato, el *Homo primigenius*, el nieto ó primo de los monos antropoides. Si ese *hombre-mono* ha dejado restos fósiles, es en las islas de la Sonda donde existen más probabilidades de encontrarlos.

Pues un sabio holandés, Mr. Eugenio Dubois, médico militar en Batavia, había descubierto recientemente el tan esperado intermediario.

Trabajos ejecutados en la orilla izquierda del río Bangawan, en la vecindad de Trinil, al través de unas capas de edad probablemente cuaternaria, han descubierto, en efecto, un fragmento de cráneo anormal, un fémur y una muela.

El autor ha hecho la descripción de esos restos en una Memoria titulada *Pithecanthropus erectus, eine men-*

¹ Virchow: «Les problèmes de l'anthropologie», *Rev. Scient.*, 1892, t. L, p. 590.

schenaehnliche Uebergansform aus Java, sobre el cual las revistas científicas han dado apreciaciones muy diversas.

La muela es enorme; es la del juicio superior derecha. Fué hallada en el otoño de 1891, durante los trabajos de saneamiento del río, á un metro más abajo del nivel del agua en la estación seca, y á quince metros más abajo de la llanura donde el río ha cavado su lecho. Un mes más tarde, se desenterró la bóveda de un cráneo, á la distancia de un metro, aproximadamente, del sitio donde se había encontrado la muela. Por las dimensiones de esa pieza, la capacidad de la caja del cráneo ha sido valuada aproximadamente en mil centímetros cúbicos. De todos modos, su capacidad parece ser muy superior al del cráneo del más grande de los gorilas (621 centímetros cúbicos), pero inferior al minimum fijado por Broca, como compatible con una inteligencia suficiente (1.150 centímetros cúbicos).

En el mes de Agosto de 1892 se encontró á la distancia de 15 metros, aproximadamente, más arriba, un fémur izquierdo que presenta un carácter humano, ciertamente más acentuado que las otras dos muestras.

Parece probado, además, que los tres objetos proceden de la misma capa geológica. Por lo mismo, el autor los relaciona con un mismo y único animal, á pesar de la distancia horizontal que los separaba.

El 3 de Enero de 1895, Mr. Manouvrier presentaba á la Sociedad de antropología de París un análisis de la Memoria de Mr. Dubois. Aunque favorable en principio á la idea de una forma intermediaria entre el mono y el hombre, confiesa que sobre algunos puntos secundarios el autor ha exagerado. El profesor Mathias Duval, que por otra parte no parece haber estudiado muy especialmente la cuestión, insistió sobre la diferencia que existe entre el fémur y el cráneo, desde el punto de vista de su semejan-

za con las piezas correspondientes del esqueleto humano: «*El hombre—dice—ha empezado por andar antes de ejercitar su inteligencia. Se ha vuelto hombre por el fémur antes de llegar á serlo por el cerebro.*»

Esa interpretación es muy hábil, hasta seductora, y comprendemos perfectamente que haya sido reproducida con complacencia por cierta prensa. Por desgracia, la autoridad de Mr. Duval no bastará para acreditarlo entre los sabios.

Del parecer de la mayoría de los evolucionistas que admiten nuestro origen animal, y en contra de las ideas de Mr. Dubois, los antropoides no son nuestros antepasados. Un cruce se ha producido mucho más abajo en el árbol genealógico: han resultado dos ramas divergentes, y el hombre es, á lo sumo, el primo de los monos. El llamado Pithecanthropus pertenecería entonces á nuestra línea directa. Constituiría el primer término de la serie, quizá muy larga, de las formas hipotéticas que nos relacionan con el antepasado común, aún desconocido del hombre y de los Primatas. Pero nos encontramos, por completo, en el terreno de las conjeturas; porque, aun suponiendo que las osamentas de que se trata provienen las tres de un solo y mismo individuo, sus caracteres no justifican la creación de una nueva familia en la cumbre de la escala animal.

El corresponsal del *Natural Science* las considera como humanas y las atribuye á un microcéfalo. El fémur, según el parecer de todos los críticos, no difiere del fémur humano nada más que por una excrescencia huesosa bastante extensa en el cruce superior é interno de la línea áspera debajo del trocánter. El escritor citado no ve en eso más que un accidente patológico, estando en eso, á lo que parece, conforme con Mr. Dubois, quien cree que ese engendro es debido á la presencia de un aneurisma, y también con Mr. Manouvrier, quien emite la opinión de

una osificación de las fibras tendinosas de inserción muscular.

Nature, en una nota bibliográfica del 24 de Enero de 1895 dice: «El cráneo tiene una configuración humana muy marcada, aunque la cavidad cervical sea extremadamente reducida. La falta de una cresta en la cúspide del cráneo demuestra claramente que éste no puede pertenecer á un antropoide salvaje, y que es preciso atribuirlo á un microcéfalo idiota de un tipo excepcionalmente estúpido. Según su parecer, el fémur lleva sencillamente el rastro de la degenerescencia enfermiza del individuo, y, á juzgar por el grabado, la muela puede muy bien ser de un ente humano.»

Tal es la opinión del Dr. Cunningham, profesor de Anatomía en la Universidad de Dublín, como se ve por una Memoria, leída por él mismo ante la Real Sociedad de esa villa el 23 de Enero de 1895 (*Nature*, vol. LI, 28 Febr. 1895, pág. 428). El autor ha hecho un estudio craneométrico comparado, tan completo como lo permitía lo exiguo del fragmento del cráneo encontrado.

Este presenta una curva intermediaria entre la de un cráneo normal de irlandés y la de un cráneo de gorila joven, pero identificándose sensiblemente con la de un cráneo de idiota. Está más deprimido que el cráneo de Spy, número 2, más deprimido todavía que el cráneo de Neanderthal; presentaría signos de inferioridad bastante más acusados que cualquiera otro resto humano hasta ahora conocido. Aunque evolucionista convencido, Mr. Cunningham no deja de admitir de *modo incontestable* el origen humano del cráneo de Java. Según él, el fémur, lejos de acusar una procedencia más ó menos animal, presenta caracteres más bien modernos que prehistóricos. La muela le parece muy notable. Por su gran tamaño y sus raíces muy divergentes, se distingue, á primera vista, de las muelas de juicio superiores del hombre de nuestras co-

marcas. Únicamente en los europeos y los demás pueblos ortogmáticos ó mesogmáticos, la muela del juicio es generalmente menos desarrollada que en ciertas razas inferiores, y particularmente en el australiano y el negro. Además, en nuestra especie se nota una gran variabilidad en las muelas llamadas del juicio, tanto desde el punto de vista de su tamaño, como de la disposición de los lóbulos y de las raíces.

Para concluir, convenimos perfectamente del carácter interesante del hallazgo de Mr. Dubois, pero su significado queda en un punto muy discutible.

No quisiéramos, por lo mismo, con el profesor Duval, hacer á la arqueología moderna—tan justamente orgullosa de sus incontestables descubrimientos—la afrenta de decir que el *Pithecanthropus erectus*, tan problemático todavía, es la más hermosa joya de la corona antropológica. No quisiéramos escribir, como lo ha hecho pomposamente el Sr. Marcelo Baudouin: «Honor á Darwin y á Broca que han preparado ese *magnífico triunfo sobre los errores y vaguedades del pasado.*»

Hasta nueva orden, el *Pithecanthropus erectus* de Mr. Dubois puede tomar sitio en la galería de las quimeras evolucionistas entre el *Pithecanthropus alalus*, de Haeckel, y el *Anthropopithecus Bourgeoisii*, de monsieur de Mortillet.





CAPITULO III

El hombre-mono, la Anatomía y la Fisiología.

1.—EXPOSICIÓN DEL ASUNTO

COMO ya lo hemos visto, los admiradores, así como los adversarios de Darwin, tienen en jaque al evolucionismo con las mismísimas armas con que definitivamente hubieran podido hacer triunfar su causa. El sabio inglés parece haber presentido desde luego que, para la cuestión de la descendencia del hombre, la paleontología no le ofrecía un terreno favorable. En estos últimos años ha evitado, de un modo manifiesto, de librar el combate.

Su táctica, siempre muy hábil, desvía la atención y lleva la lucha á otro terreno en el dominio de la anatomía y de la fisiología. Y aun sobre este campo escogido de batalla, Darwin ha contado numerosos tráfugas.

Para demostrar que el hombre desciende de una forma inferior, el ilustre fundador del darwinismo se apoya sobre todo sobre las consideraciones siguientes:

El hombre está construído sobre el mismo plano que los demás mamíferos. Los caracteres que se invocan para separarlo de los monos antropomorfos, están lejos de jus-



tificar esa separación; porque entre los antropomorfos y los monos inferiores existen caracteres diferenciales, más importantes que los que existen entre los antropomorfos y el hombre.

El hombre pasa por las mismas fases de desarrollo embriogénico que los vertebrados superiores.

Conserva aún muchas formas rudimentarias é inútiles que han tenido, sin duda, antes sus aplicaciones entre sus antepasados simios...

Vemos reaparecer accidentalmente en el hombre caracteres normales en el animal y que parecen recordar antiguos lazos de parentesco... Pues bien; si el origen del hombre hubiese sido totalmente distinto del de los demás animales, esas diversas manifestaciones resultarían ser tan sólo huecas decepciones. Desde otro punto de vista se hacen comprensibles, por lo menos en una ancha medida, si el hombre, á la par que otros mamíferos, es el codescendiente de alguna forma desconocida é inferior ¹.

Aún va más allá Darwin. Según él, resulta de los hechos que la evolución progresiva, determinada sobre todo por la selección natural, ha formado al hombre por completo. No solamente la conformación corporal, sino también las facultades mentales son sus obras. Ciertos instintos comunes con los animales: la memoria, la imaginación, la razón, el lenguaje, la conciencia de sí mismo, el sentimiento de la belleza, el sentido moral, la creencia en Dios, la religión, todo lleva el estigma de un perfeccionamiento lento, penoso y gradual. Darwin ha emprendido hasta la determinación de las vías y medios probables, con los cuales las diversas facultades morales y mentales del hombre se han ido poco á poco separando de la materia ².

La discusión detallada de estas proposiciones tan atre-

¹ Darwin: *The descent of man*, vol. I, p. 187.

² Ob. cit., c. II, III y IV.

vidas no puede verificarse sino en un estudio general sobre el transformismo. Nos limitaremos, pues, á algunos puntos que más relación tienen con nuestra especie, y sobre los cuales los partidarios de la descendencia simia se complacen en insistir.

Hasta dejaremos á los filósofos el cuidado de vengar la distinción esencialísima entre el alma humana y el principio vital de la bestia ¹.

Sea dicho de paso, es muy difícil tomar por lo serio los argumentos con los cuales Darwin ha tratado de refutarla. La doctrina de la escuela espiritualista, por otra parte, ha sido admitida por unos sabios muy poco cuidadosos de las enseñanzas de la fe católica.

«Todo el mundo—decía Paúl Bert—acepta como prenda característica del hombre la superioridad intelectual, esa facultad de abstracción que le permite buscar lo bello, buscar el bien, buscar á Dios, triple papel que le aísla, le engrandece y lo eleva muy por encima del reino animal ².»

El émulo de Darwin, Russell Wallace, después de haber expuesto sus juicios sobre la cuestión del desenvolvimiento del hombre, añade: «Nuestra teoría no nos obliga ni á disminuir el *abismo intelectual* que separa al hombre del mono, ni á negar para nada las semejanzas asombrosas que existen entre ellos desde otros puntos de vista ³.»

En cuanto á Huxley, al hablar de la demarcación entre el reino animal y el hombre, declara perfectamente que «cualquier tentativa, teniendo por objetivo establecer una distinción psíquica, es fútil»; pero más lejos escribe: «Nadie está más convencido que yo sobre la inmensidad del

1 L'abbé Lecomte: «Le darwinisme et l'expression des émotions chez l'homme et chez les animaux». *Rev. Quest. Scient.*, 1878, tomo III, p. 75.—L'abbé Hamard: «La place de l'homme dans la création.» *Ibid*, 1878, tomo IV, p. 190.—L'abbé Lecomte: *Le darwinisme et l'origine de l'homme*, segunda edición, 1873.—De Bonniot, S. J.: *La bête comparée à l'homme*, segunda edición, 1889.

2 Bert: citado por De Quatrefages, *Rapport sur les progrès de l'anthropologie*, 1877, p. 80.

3 Wallace: *La sélection naturelle*, trad. de Candolle, 1872, p. 346.

abismo que existe entre el hombre civilizado y los animales; nadie más seguro que yo de que, sea que proceda de los animales ó no, no es ciertamente ninguno de ellos; nadie menos dispuesto que yo á tratar con ligereza la dignidad actual ó á desesperar del porvenir, *del único ser con conciencia inteligente que existe en este mundo* ¹.»

Henos aquí, pues, con cortísimo intervalo, en presencia de dos declaraciones contradictorias. ¿Cuál de las dos tomaremos como la expresión del pensamiento del anatomista inglés? Á nuestro modo de ver, el titubeo no es posible. Más de una vez, los escritos de Huxley descubren la lucha entre sus prejuicios de escuela y el testimonio de los hechos.

En este caso, como en varios otros, su lealtad le ha impedido cerrar los ojos á la evidencia y obligádole á corregir un extravío.

Más indeterminado en la expresión, el segundo versículo citado más arriba es equivalente á esta reflexión tan justa de Quatrefages, á la que suscriben todos los sabios desinteresados y clarividentes.

Cualquiera que sea la procedencia del hombre, y sea cualquiera el origen que se le atribuye, un naturalista no puede sino juzgarlo tal como es.

Para poder asignarle un lugar en el cuadro taxonómico, queriendo permanecer fiel al método natural, tiene que tener en cuenta *todos* sus caracteres; no tiene el derecho de escoger. Á partir de ese momento, ¿cómo olvidar precisamente á los que, por declaración unánime, son los caracteres más excepcionales? ¿Cómo y por qué tener en cuenta *sólo al cadáver* y prescindir de las más altas manifestaciones de ese *no sé qué* que se halla en nosotros y nos hace lo que somos? ².

¹ Huxley: *La place de l'homme dans la nature*, edit. franc. por el autor, 1891, p. 87.

² De Quatrefages: *Les émules de Darwin*, 1894, tomo II, p. 52.

2. — EL CEREBRO. — MICROCEFALIA Y ATAVISMO

Por lo anteriormente expuesto, admitamos con Darwin que el cuerpo humano tiene una organización animal, y que las mismas leyes fisiológicas y patológicas rigen sus funciones.

Á pesar de esto, Virchow lo observa con alto juicio, á pesar de esa uniformidad, existe un límite clarísimo que separa al hombre del animal, y que nadie, hasta ahora, ha podido borrar; es la *heredad* que transmite á los hijos las facultades de sus padres. «No hemos visto nunca que un mono dé á luz á un hombre, ó que el hombre produzca á un mono. Todos los hombres de aspecto simio no son más que productos patológicos»¹

Hace algunos años ya, Carl Vogt, no era de ese parecer. El ex profesor de Ginebra pretendía que el hombre-mono ha dejado, en las generaciones actuales, rastros de su existencia. Los enclenques, los idiotas, los microcéfalos, esos seres de cerebro reducido, con facultades incompletas, con ademanes embrutecidos, darían una idea, por un curioso fenómeno de *atavismo* intermitente, del estado normal de nuestro antepasado directo más próximo, del *hombre pitecoide*, *privado del uso de la palabra*.

¿Debemos admitir la significación y aun la realidad de esas singulares reapariciones ocasionales con caracteres ancestrales? Vamos á verlo.

Los mamíferos superiores y el hombre presentan una semejanza fundamental notable. De una y otra parte se encuentran los mismos elementos anatómicos, se nota la misma subordinación de las diferentes partes del organismo, se observa la misma solidaridad entre las funciones de los diversos aparatos. Supongamos entonces que

¹ *Rev. Scient.*, tomo L, 1892, p. 590.

por consecuencia de una influencia cualquiera, el cerebro del hombre sufra una alteración que degrade al tipo humano y le aproxime al del mono, no será extraño que la degenerescencia sobrevenida tenga su correspondiente eco en los demás órganos.

Lo contrario podría sorprender. Pero si se manifiestan otras aproximaciones ante el hombre degenerado y el animal, será preciso, por lo menos, para que la teoría de Vogt sea admisible, que estas aproximaciones tiendan á estrechar los antiguos lazos de parentesco.

Desgraciadamente para la teoría del atavismo, en el caso de microcefalia, no es con los monos más elevados, los antropoides, con los que se establecen nuevos conceptos de semejanza; es con los monos de cola prensil del Nuevo Mundo, formalmente excluidos por Haeckel ¹ y Darwin ² de la serie de nuestros antepasados.

Y aun la supuesta semejanza entre el monstruo humano y el mono ha sido singularmente exagerada. Según el testimonio de Mr. Gratiolet, cuyos estudios sobre las relaciones del cerebro y de las facultades en el hombre y en los animales han hecho célebre los cerebros de los microcéfalos, con menos pliegues, á menudo, que los de los antropoides, no llegan á parecerseles.

Añadiremos que, si no fuesen las exigencias de la teoría, jamás nadie hubiera visto en la microcefalia otra cosa que *una detención de desarrollo* debida á ciertas causas mecánicas ó fisiológicas. Estas causas son conocidas hoy, á lo menos la mayor parte. Teratólogos hábiles, los dos Geoffroy Saint-Hilaire, Meckel, Vrolick y otros las han descubierto, y más de una vez Mr. Dareste ha conseguido ponerlas en juego ³.

1 Haeckel: *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, p. 596.

2 Darwin: *The descent of man*, vol 1, p. 196.

3 De Quatrefages: *Les émules de Darwin*, tomo II, p. 45.—*Rev. Scient.*, tomo XIX, 1877, p. 1062.

«Un cerebro humano paralizado en su desarrollo podrá presentar varias especies de modificaciones. Aunque muy reducido, podrá, sin embargo, conservar los caracteres propios del hombre, ó bien se aproximará á los monos por ciertas particularidades; ó bien un desvío más acentuado le habrá aproximado á otro mamífero; ó, por fin, la perturbación habrá sido tal, que el cerebro deformado escapará á toda comparación. *Ejemplos se tienen de todos esos casos diversos.*

»Dejemos por ahora aparte los hechos que conducirían á atribuirnos por antepasados, seres de un tipo desconocido por completo. Resultará siempre que, al querer considerar á las anomalías como informe sobre lo que se ha llamado *formas ancestrales* del hombre, el estudio del cerebro sólo conduciría á colocar en nuestro árbol genealógico á los rumiantes así como á los monos '1.»

Mas no es esto todo: en los casos de detención del desarrollo cerebral, las funciones de reproducción son siempre atacadas, si no suspendidas. ¿Luego *la infecundidad* podrá considerarse como fenómeno de atavismo? Pretenderlo es minar los fundamentos del transformismo. ¿No descansa todo el sistema sobre la supervivencia de los individuos presentando una variación accidental? Supone entonces una fecundidad mayor en el hombre-mono, puesto que éste ha debido formar estirpe y triunfar en la existencia. Si es así, ¿con qué derecho se invoca como argumento la alteración del cráneo y de su contenido, mientras se calla la atrofia del aparato reproductor? ¿Por qué considerar á la primera como un carácter ancestral y colocar á la segunda en la teratología? Notemos de paso que los transformistas han invocado aún otras anomalías. Pero si el cerebro, el cráneo, los huesos del rostro, del carpo y del tarso, el útero, pueden suministrar

1 De Quatrefages: *Les émules de Darwin*, t. II, páginas 37-38.

documentos genealógicos, la lógica más elemental, ¿no obligaría á admitir que lo propio sucede con todo el organismo?

¿O es que no debe aceptarse como otros tantos resultados del atavismo todas las formas anormales del cuerpo humano y de sus diversas partes? ¿Por qué no?

Es porque al interesarse en semejante vía pronto se llegaría á flagrantes imposibilidades ¹.

Preciso sería en ese caso colocar entre nuestros antepasados á unos seres sin cerebro y aun sin medula espinal; otros teniendo sólo un ojo en medio, sobre el cual habría una especie de trompa; otros sin brazos ni piernas ó sin extremidades; otros sin cabeza, sin tronco y reducidos á un par de piernas enclavadas sobre un rudimento abdominal; otros, en fin, que no son más que una bolsa cutánea, conteniendo grasa, tejido celular y algunos vasos.

«Es evidente que no se puede hacer figurar esos monstruos en una genealogía humana...

»Se llega á veces, es verdad, á elegir anomalías, á admitir como significativas solamente las que cuadran con la teoría y omitir todas las demás, ya sean contrarias á esa misma teoría, ya sean sin relaciones con ella. Pero *para emplear el lenguaje de Vogt*, ¿se tiene el derecho de escoger entre unos hechos de una misma naturaleza y decir: esto es bueno, aquello es insignificante? ².»

La mayor parte de estas observaciones son de De Quatrefages. «Se ve—añade éste—que el antiguo argumento de Vogt no tiene ya ningún valor, y ciertamente no lo reproduciría hoy ³. Vogt no ha protestado contra esto: á pesar de haber sido sometido á su aprobación ⁴.

¹ Ver el Apéndice, nota 1.

² De Quatrefages: *Les émules de Darwin*, tomo II, p. 44-45.

³ *Ibid.*, p. 36.

⁴ En la cuestión presente, el testimonio de Quatrefages no puede ser puesto en duda por nadie. Aunque transformista convencido, el ilustre profesor del Museum no se declara en parte alguna á favor de la doctrina de las creaciones sucesivas. Todos, sin distinción, han reconocido

Las pruebas no faltan, por lo demás, para hacer ver que la forma más reducida y menos perfecta del cerebro no denota de ningún modo una variación regresiva, un regreso hacia los antepasados, un carácter simio.

Cuando en un estudio comparado entre los animales y el hombre se habla del desarrollo del cerebro desde el punto de vista de su relación con las facultades superiores, no puede tratarse del desarrollo absoluto del órgano. Esto sería asignar el primer lugar á algunos mamíferos de gran talla, al elefante, al delfín y á la ballena¹, cuya distancia del hombre, en inteligencia, es tan grande. Y si se habla del peso relativo, es decir, del peso del cerebro con relación al peso total del cuerpo, se choca aún con brutales inconsecuencias.

Duvernoy ha establecido que en los europeos la relación del cerebro con el resto del cuerpo va disminuyendo de la infancia á la vejez. ¿Diráse por eso que el joven ha *degenerado* con relación al niño, y que el hombre adulto ó el anciano han tomado un carácter simio? Por otra parte, en el abejaruco y el canario el cerebro es, en propor-

su sentido recto y su perfecta lealtad. Darwin le tenía en grande estima. Un día le escribió :

«Gran número de vuestras críticas son severas, pero hechas todas con gran cortesía y con un espíritu esencialmente justo. Puedo decir con toda sinceridad que prefiero ser criticado por vos de esa manera que ser alabado por muchos otros... Me habláis, en otro lugar, de mi buena fe, y ninguna alabanza puede gustarme tanto; mas puedo devolveros el cumplido con creces, pues cada palabra de las que escribís lleva el sello de vuestro amor á la verdad.

»Creedme, querido señor, con un sincero respeto su muy afectísimo s. s.,

»CARLOS DARWIN.»

(*L'Anthropologie*, 1892, tomo III, p. 10.)

Pero hay más. El capítulo consagrado á Carl Vogt en el último libro de Quatrefages, *Les émules de Darwin*, fué impreso primero bajo forma de artículo en el *Journal des Savants*, y comunicado al profesor de Ginebra. He aquí un pasaje de la respuesta de Vogt á su estimable contradictor: «Para resumirme no puedo cambiar ni un punto á todo lo que Ud. dice, y os doy las más expresivas gracias por este análisis tan exacto.»

La citación está tomada del mismo Quatrefages (*Les émules de Darwin*, tomo II, pág. 1, nota): «Así—dice—dos de mis adversarios científicos, Darwin y Vogt, han dado testimonio de la exactitud con la cual he expuesto las doctrinas que he creído saber combatir. No necesito agradecer que me he esforzado en obrar siempre lo mismo para con los sabios cuyas opiniones tengo el sentimiento de no compartir.»

1 Milne-Edwards: *Leçons sur la physiologie et l'anatomie comparée*, tomo XIV, p. 188.

ción, mayor que en el hombre. ¿Si en una raza humana este órgano pasa de algunos gramos el peso medio, podrá considerarse á esa raza como aproximada á los pájaros?

Diremos con Gratiolet ¹: «El microcéfalo, por reducido que sea, no es un animal; no es sino un hombre aminorado.»

Tal es el parecer de Mr. Virchow y de la mayor parte de los sabios actuales ², incluso Carl Vogt.

El modo de crecimiento del embrión confirma estas conclusiones por modo inesperado.

Gratiolet ha observado que en el hombre y el mono las circunvoluciones se dibujan en un orden inverso. «Las que, en el hombre, aparecen las primeras, se forman al contrario en el mono, después de todas las demás. De ahí resulta que si una causa cualquiera paraliza el movimiento del cerebro de un niño, este órgano, en vez de acercarse al órgano correspondiente del mono, diferirá, por el contrario, más de él. Si así fuera, el cerebro de un Pascal ó de un Newton se parecería más á un cerebro simio que el cerebro de un microcéfalo idiota...» Gratiolet añade: «Esta falta de paralelismo del hombre y de los grandes monos en el desarrollo de órganos correlativos, tales como el cerebro y la mano, demuestra con evidencia absoluta que se trata aquí de armonías distintas y de otros destinos. Todo en la forma del mono tiene por razón especial alguna proporción á un fin material; por el contrario, todo en la forma del hombre revela proporción á los fines de la inteligencia. «De esas armonías y de esos nuevos fines, se manifiesta en su configuración la expresión de una hermosura sin igual en la naturaleza; y se puede decir, sin exagerar, que en él se transfigura el tipo animal ³.»

¹ *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, tomo I, p. 34.

² *Rev. Scientifique*, tomo L., 1892, p. 589.

³ Gratiolet: *Mémoire sur les plis cérébraux de l'homme et des primates*, Paris, 1854, p. 84.

Pero prosigamos hasta el final la lógica transformista. El mismo Wallace, el émulo de Darwin, llevado por sus propias indagaciones á las mismas conclusiones que él, nos invita poniéndonos las armas en la mano.

Como se sabe, Darwin ha establecido la selección natural sobre el principio de la *utilidad personal inmediata*, en este sentido que, según él, no puede producirse en una especie ninguna variación de forma ó de función que no esté en relación con la lucha *actualmente* sostenida por los individuos de esta misma especie. La selección no causa jamás ninguna *variación* perjudicial. Quien no ve que, si las transformaciones están siempre estrictamente subordinadas á las condiciones de la lucha por la existencia, no debe tampoco producirse *variación inútil*.

Pues en el hombre salvaje sucede que el desarrollo del cerebro es ciertamente fuera de toda proporción con su valor fisiológico actual. Según el parecer de Galton, á quien esta reflexión había llamado la atención en el curso de sus largos viajes, un cerebro algo más voluminoso que el del gorila habría perfectamente sido suficiente para los habitantes de la Australia, de la Tasmania ó de la Tierra de Fuego. Y si se objeta que el desarrollo material del cerebro en las razas inferiores, inútil hasta ahora, puede, de un día á otro, ser indispensable para el desenvolvimiento completo de las facultades intelectuales y morales con el contacto de pueblos más civilizados, tengo el derecho de opinar en una acción inteligente, previendo y preparando el porvenir, exactamente como lo hacemos cuando vemos al educador ponerse á la obra para conseguir una mejora determinada en alguna planta cultivada ó en algún animal doméstico.

La conclusión pertenece á Wallace ¹. Evolucionista también, pero á veces demasiado lógico, según el juicio

¹ Wallace: *La sélection naturelle*, p. 349, cap. IX y X, ó *Les émules de Darwin*, t. 1, páginas 73-101.

de Darwin, admite una *selección divina* mal definida, la acción de un «espíritu superior» que hubiera «dirigido el trabajo del desenvolvimiento de la raza humana por medio de agentes más sutiles que los que conocemos»..., «la intervención de una inteligencia individual distinta cooperando á la producción del hombre intelectual, moral é indefinidamente perfectible»¹.

Esto es, para quien quiera fijarse, el dogma católico de la creación del hombre, deducido de los principios mismos del transformismo.

Demasiado lo comprendió Darwin. En una carta á Lyell no pudo disimular su despecho con motivo de la defección de su eminente colaborador que acababa de proclamar tan alto la insuficiencia de la teoría transformista para el problema fundamental de nuestros orígenes. Después de unos brillantes elogios tributados á propósito de una publicación reciente de Wallace, escribe: «Pero he recibido un terrible desengaño al leer lo concerniente al hombre. Me parece increíble y extraño... y si no hubiese tenido conocimiento de lo contrario, hubiera jurado que este pasaje había sido añadido por una mano extraña².» Las observaciones etnográficas más recientes no son de naturaleza á derrocar las conclusiones de Gratiolet relativas á la anatomía del cerebro en los mamíferos superiores y á casos de microcefalia en el hombre. Hace algunos meses apenas, Virchow, uno de los oradores más atendidos y escuchados en los Congresos internacionales de antropología, se ha expresado con claridad sobre este asunto ante los sabios europeos reunidos en Moscou. Dice con una convicción que podría dar sospecha á un regreso hacia las doctrinas espiritualistas:

«Crefase, generalmente, hace pocos años, que entre las razas humanas actuales existían varias aún que se habían

1 Wallace: Ob. cit., p. 378.

2 Francis Darwin: *Vie et correspondance de Charles Darwin*. Trad. de Varigny, 1888, p. 135.

quedado en el estado primitivo é inferior de su organización. Pero en la actualidad, todas esas razas han sido el objeto de investigaciones minuciosas, y sabemos que tienen una organización semejante á la nuestra y á veces superior á la de las razas llamadas superiores. Por ejemplo, la cabeza de los esquimales ó la de los habitantes de la Tierra de Fuego pertenece á tipos cumplidos. Ciertas razas tienen los mismos cráneos, muy pequeños, poco más ó menos del volumen de los microcéfalos; así, los habitantes del Archipiélago de Andaman y los Vedd de Ceylán, han sido considerados como microcéfalos. Un estudio más exacto ha patentizado, sin embargo, la diferencia que existe entre ellos y los verdaderos microcéfalos; la cabeza de un Andaman ó la de un Vedd, es muy regular; únicamente todas sus partes son algo más pequeñas que en los hombres de razas ordinarias. Las cabezas nanicéfalas, como las llamo, no tienen ninguna de esas anomalías características que distinguen las cabezas verdaderamente microcéfalas.

»Una raza ha quedado hasta hoy poco estudiada; son los Orangs-Simaings y Orangs-Cekaï, en la parte del Norte de la Península de Malesia. El único viajero que haya penetrado en los países montañosos que habitan, el valeroso ruso Miklackho-Maklaï, ha notado en ciertos individuos aislados del pueblo de los Simaings, su pequeñez de estatura y su cabellera crespa. Hemos enviado á aquellos países una nueva expedición para el estudio antropológico de los Orangs-Cekaï, y he recibido recientemente su primer cráneo y algunos mechones de pelo; es realmente una raza negra, de pelo crespo, cuya cabeza braquicefal se distingue por un volumen interior muy moderado, pero no presentando ni el menor indicio del desarrollo bestial .»

1 Virchow: « Les problèmes de l'anthropologie », *Rev. Scient.*, tomo I, 1892, p. 590.—
Véase de Nadaillac: « Les races inférieures », *Rev. Quest. Scient.*, 1893, tomo XXXIII, p. 5.

Hemos insistido sobre los caracteres anatómicos del encéfalo. ¿No se ha hecho del cerebro el órgano de *secreción* del pensamiento? ¿No se ha enlazado y atribuído la evolución de la inteligencia, del sentimiento moral y religioso, con la evolución del sistema nervioso?

3.—LOS ÓRGANOS RUDIMENTARIOS

Existe otro fenómeno de supuesto *atavismo*, particularmente acariciado por los darwinistas, y que Haeckel considera «como la prueba la más palpable de la veracidad de la doctrina genealógica». Quiero hablar de la persistencia de ciertos *órganos rudimentarios* inútiles. «Si los dualistas y los teleólogos comprendiesen el valor enorme de estos hechos, estarían desesperados» — dice hablando de ellos el bullidor catedrático de Jena ¹. Convenimos en que es difícil justificar los órganos rudimentarios, á lo menos para aquellos que califican de absurda cualquier tentativa de explicación no conforme con la concepción puramente mecánica del mundo. Veamos por lo menos si la teoría propuesta por Darwin satisface á los mismos transformistas; pero ante todo enterémonos del exacto valor del argumento. «Difícil sería encontrar — dice Darwin — un solo animal superior, no presentando alguna parte en estado rudimentario. Esas partes, ó son absolutamente inútiles como las glándulas mamarias de los cuadrúpedos machos, ó prestan á sus poseedores actuales tan pocos servicios, que no podemos suponer que se hayan desarrollado en las condiciones bajo las cuales existen hoy... Eminentemente variables, desaparecen con frecuencia.

» Cuando esto sucede, pueden, en ocasiones, reaparecer ².»

El hombre no hace excepción á la regla.

¹ Haeckel: *Natürliche schöpfungsgeschichte*, páginas 255-259.

² Darwin: *The descent of man*, vol. 1, p. 18.— *Origin of species*, 1869, p. 535.

Se ha notado por todo el mundo la facultad que poseen varios animales, el caballo sobre todo, de mover ciertas partes de la piel por la contracción de los músculos subcutáneos. Según Darwin, existen como rastros de músculos análogos en varios puntos del cuerpo humano. Los músculos, sirviendo en algunos animales para mover el conjunto de las orejas, el tercer párpado ó membrana parpadeante de las aves, la cola de los vertebrados, la vestimenta pilosa uniforme de los mamíferos, se hallan en el hombre en estado rudimentario.

¿Es necesario ver en estas conformaciones imperfectas un simple capricho del Creador, un complemento exigido por la reproducción intencional más completa de tipo fundamental del cruce?

Para los transformistas, la formación independiente de los seres por un plan preconcebido, no es una explicación científica. «Según Darwin, para comprender la existencia de los órganos rudimentarios, debemos suponer que en un antepasado remoto, habiendo poseído las partes de que tratamos desarrolladas por completo, se han reducido muchísimo bajo la influencia de los cambios en las costumbres de la vida.»

Los órganos rudimentarios, lejos de comprometer la armonía del mundo orgánico, señalarían, pues, las etapas por las cuales pasan las especies en sus transformaciones incesantes; permitirían adivinar la constitución de los tipos anteriores, perteneciendo á la misma rama.

Ingeniosa es la explicación. No espanta á aquellos que al admitir un transformismo restringido ¹, mantienen el papel del divino artista en la creación.

Pero en realidad ¿es tan satisfactoria cómo se complacen en repetirlo? ¿Qué luz ha arrojado sobre la genealogía del hombre? ¿Á qué forma ancestral nos coloca, por

¹ Gaudry: *Les enchaînements du monde animal*, tomo III.—*Les mammifères tertiaires*, página 140.

ejemplo, la vestimenta velluda, tan característica, de nuestra especie, desarrollada por completo, pero á la *inversa de lo que observamos en todos los demás mamíferos*? La *inutilidad* y el *carácter atávico* de ciertos elementos anatómicos, ¿están, pues, tan bien demostrados? Oigamos atentamente, sobre este punto, las reflexiones de Huxley, uno de los maestros de la anatomía comparada, y que De Quatrefages llamaba *el más puro, el más fiel darwinista*¹.

«Confrecuencia me ha parecido—dice el sabio inglés— que los órganos rudimentarios constituyen un arma de dos filos. Si tenemos que suponer, como en general lo hacen los evolucionistas, que los órganos inútiles se atrofian, casos hay, tales como la existencia de rudimentos de dedos laterales en el pie del caballo, que nos colocan en un dilema. Pues, ó bien esos rudimentos no son de ningún uso para el animal, y en este caso, considerando que el animal existe en su forma actual desde la época pliocena, deberían seguramente haber desaparecido, ó bien son útiles al animal, en cuyo caso no sirven de nada, considerados como argumentos á favor de la evolución. Una respuesta parecida, pero aún más fuerte, puede ser basada sobre la existencia de mamas y aun de glándulas mamarias funcionales en unos mamíferos machos. Numerosos casos de mamas activas en hombres han sido observados, aunque no haya ninguna especie de mamífero en que el macho nutra con normalidad á los pequeños. Entonces la glándula mamaria era aparentemente también inútil en el mamífero macho, el más antiguo antepasado del hombre, y, sin embargo, no por eso ha desaparecido. ¿Es entonces útil para el organismo macho el conservarla? Es muy posible, mas en este caso su valor demostrativo está perdido², no sirve para nada.»

1 De Quatrefages: *Les émules de Darwin*, tomo II, p. 162.

2 Huxley: *Les problèmes de la géologie*, p. 113.

Huxley cree, por consiguiente, que los rudimentos de órganos no suministran prueba alguna distinta de la que se saca generalmente á las analogías morfológicas de los miembros desarrollados con toda normalidad. Resulta que esta prueba es débil, tanto desde el punto de vista de los hechos, como desde el punto de vista de la precisión de las deducciones.

Carl Vogt se ha encargado de convencer á sus lectores en su espiritual humorada contra los *Dogmas en la ciencia*. Según él, los fenómenos sobre los cuales uno se basa, son tan diversos y con frecuencia tan contradictorios, que el dogma transformista *forma idéntica, luego descendencia idéntica*, no puede quedar en pie ¹. Este dogma, ¿sirve por lo menos á los partidarios del origen simio? Preguntemos aún sobre este punto el parecer de los evolucionistas.

4.—LAS SEMEJANZAS ANATÓMICAS ENTRE EL HOMBRE Y LOS MONOS

«Me aconteció un día—refiere Huxley—de permanecer durante numerosas horas solo, y no sin ansiedad, en la cumbre de los Grandes-Mulos. Cuando llevaba la vista á mis pies, contemplaba al pueblecito de Chamounix, y me parecía que yacía en el fondo de un prodigioso *abismo ó antro*. Desde el punto de vista práctico, el abismo era *inmenso*, pues no conocía el camino por donde bajar, y si hubiera intentado hallarlo solo, me hubiera infaliblemente perdido en las grietas de los hielos del Bossons; sin embargo, sabía perfectamente que el abismo que me separaba de Chamounix, aunque infinito en la práctica, había sido franqueado centenares de veces por los que conocían el camino y tenían ayudas especiales.

¹ *Rev. Scient.*, 1891, tomo XLVIII, p. 78.



» El sentimiento que experimentaba entonces se presenta á mi mente cuando considero y cotejo al hombre con el mono; que haya ó que haya habido una senda del uno al otro, estoy seguro de ello. Pero ahora, la distancia entre los dos es por completo la de un abismo (*plainly abysmal*); y en cuanto á mí, prefiero reconocer este hecho, así como reconozco la ignorancia en que me encuentro de la vereda, antes que dejarme caer en una de las aberturas cavadas á los pies de esos buscadores impacientes que no quieren aguardar la dirección de una ciencia más adelantada que la de los tiempos actuales ¹.» Preferimos citar á Huxley. La historia del *Bathybius* nos había demostrado ya que su odio por las creencias espirituales no le impide el ser leal y sincero. Además, nadie mejor que él tenía autoridad para dar lecciones á los materialistas contemporáneos.

En otro lugar, el gran anatomista es aún más categórico. Después de haber protestado contra los que dicen «que las diferencias estructurales entre el hombre y los monos más altos son pequeñas é insignificantes,» añade: «Cada hueso de gorila lleva un sello por el cual se le puede distinguir del hueso humano correspondiente, y, en la creación actual por lo menos, ningún ser intermediario tapa la *brecha* que separa al hombre del troglodita. Negar la existencia de este abismo sería tan censurable como absurdo ².» Creo no se reconocerá el valor de esa declaración, pues en la misma página leemos: «La línea de demarcación no es menos profunda y, á falta de formas intermediarias, no es menos completa entre el gorila y el orang ó entre el orang y el gibbon»; y en otro lugar: «Cualquier parte de la economía animal, cualquiera serie de músculos, cualquier víscera que escojamos para trazar un paralelo, el resultado sería el mismo: hallaríamos

¹ Huxley: *La place de l'homme dans la nature*, édit. 1891, préf., p. VII.

² Loc. cit., p. 79.

mos que los monos inferiores y el gorila difieren más aún entre sí que el gorila y el hombre ¹.»

Imponente es la respuesta. Ante todo, la última proposición de Huxley es inexacta; De Quatrefages se llama al engaño al haberla aceptado en confianza como verdadera y sobre la fe de un anatomista tan eminente ².

Las comparaciones de esa clase son delicadas siempre y se resienten generalmente de las tendencias del que las hace. Si las afirmaciones tan claras de Huxley responden á la realidad, á lo menos proclaman la independencia genésica del hombre y de los diferentes antropoides y, por consecuencia, la necesidad de enlazarlos como otras tantas ramas distintas á un origen común inferior y mucho más antiguo. Es una prueba más de que estamos muy lejos de conocer nuestros antepasados inmediatos, y que todas las observaciones protestan contra la hipótesis de nuestro origen simio. Los monos más altos son, pues, y á lo sumo, unos colaterales, y es indispensable *crear* formas hipotéticas para reconstituir nuestra rama ascendente.

Pero, según el testimonio de Vogt, aunque conociésemos el precursor fósil *supuesto* del hombre, «el puente de comunicación que debe conducir desde ese mono antropomorfo abuelo á los demás monos, desde allí á los prosimios y desde los prosimios á otras formas de mamíferos más antiguos, ese puente se parece al arco iris, á ese puente aéreo, conduciendo á Walhalla, y sobre el cual cabalgan los Valkyrias y otros seres fabulosos... ³.»

Se han escrito obras sobre las relaciones anatómicas del hombre y de los monos ⁴. Todas las piezas del esque-

1 Loc. cit., p. 47.

2 De Quatrefages: *Les émules de Darwin*, tomo II, p. 166, nota 3.

3 Vogt: «Dogmes dans la science», *Rev. Scient.*, 1891, tomo XLVII, p. 648.

4 De Quatrefages: *Les émules de Darwin*, tomo II, p. 163-194; L'abbé Hamard: «La place de l'homme dans la création», *Rev. Quest. Scient.*, 1878, tomo IV, p. 165; L'abbé Le Hir: «M. De Quatrefages et l'évolution», *Rev. Quest. Scient.*, 1892, tomo XXXII, págs. 368-372; L'abbé Lecomte: *Le darwinisme et l'origine de l'homme*, 1873.—Véase el Apéndice, nota II.

leto, así como todas las partes blandas del cuerpo, han sido confrontadas: el cráneo, los dientes, la columna vertebral, el bacinete, los miembros, las manos y los pies, el cerebro, los músculos, las vísceras y el aparato de la fonética.

Desde el origen, Wallace se ha preguntado si la piel desnuda del hombre, sus pies no prensiles y su talle recto, que tanto le apartan de los monos, pueden ser considerados como el resultado de la selección natural. Otros han comparado los distintos modos del desarrollo en el feto; otros, por fin, se han fijado en las particularidades de organización, las más insignificantes en apariencia.

Al punto de vista en que nos hemos colocado, sería superfluo recorrer todo el detalle de las observaciones consignadas hasta ahora. No interesa, sobre todo, la conclusión. Esta resulta perfectamente clara; desde hace mucho tiempo se ha impuesto á los mismos darwinistas. Hela aquí: si el gorila se asemeja más al hombre por los caracteres anatómicos de las manos y de los pies, el gibbon se acerca más á él por la conformación de la caja torácica, el orang por la del cerebro, el quimpanzo por la del cráneo y de los dientes... Para abreviar, las relaciones morfológicas cambian *según los caracteres considerados*, y, para la determinación de nuestro antepasado, lo arbitrario puede sólo fijar las preferencias. La consecuencia es que nadie se atreve ya á afirmar nuestros lazos de parentesco inmediato con cualquiera de los monos antropoides.

5.—NUESTRO ANTEPASADO INMEDIATO

Darwin y Haeckel deslizaban ya formas de transición hipotéticas entre el hombre y los primates más altos ¹. ¡Si

¹ Darwin: *The descent of man*, tomo I, p. 194-201; Haeckel: *Natürliche schöpfungsgeschichte*, d. 613; *Anthropogenie*, p. 520.

las apariencias hubieran siquiera justificado esos juegos de manos!

Según el testimonio de Mr. Topinard ¹, Huxley no expresa su opinión sobre la descendencia inmediata del hombre en ninguna de sus obras. El anatomista inglés prefiere, en general, «dejar entre las poderosas manos de Mr. Darwin las consecuencias de los desarrollos, en los cuales se introduce ².» Es más cómodo y seguramente de menos compromiso.

En el curso de 1862 á 1864, publicado bajo el título de *Lecciones sobre el hombre*, Carl Vogt concluye claramente con la multiplicidad de las especies humanas, y las relaciona, cada una de ellas en particular, á una especie de monos diferente, admitiendo él también tipos intermedios desconocidos.

«Si en diferentes puntos del globo—dice—monos antropoides han podido proceder de diferentes ramas, no vemos la razón por qué esas diferentes series no habrían podido proseguir su evolución progresiva hacia el tipo humano; en una palabra, no vemos por qué los monos americanos no habrían podido formar especies de hombres americanas, los monos africanos al negro, los monos asiáticos al negrito ³.»

La magnífica obra del profesor genovés sobre *Los mamíferos*, publicada en 1883, acusa un cambio completo de ideas, ó más bien una incertidumbre «muy notable de parte de un hombre que no teme hacer afirmaciones», y que ha hecho reflexionar al mismo Mr. Topinard ⁴.

Según la opinión de Carl Vogt, no se ha operado «ninguna evolución del tipo simio al través de los períodos geológicos»; no puede señalarse ningún adelanto de este

¹ Topinard: «Les dernières étapes de la généalogie de l'homme», *Rev. d'Anthropol.*, 1888, página 318.

² Huxley: *La place de l'homme dans la nature*, préface, p. VI.

³ Vogt: *Leçons sur l'homme*, p. 617-626.

⁴ *Revue d'Anthropologie*, 1888, p. 324.

tipo desde la época del miocena superior... Luego «el hombre no puede ponerse en relación genésica directa, ni con los monos actuales, ni con ninguno de los monos fósiles conocidos; pero ambos (hombres y monos) han surgido de una rama común, cuyos caracteres aparecen en la edad joven más cercana de la rama que el ser adulto¹.»

Vogt no dice, naturalmente, cuál es esa rama común al hombre y á los monos. Por sus razonamientos, resultaría ser un ongulado. Mas Topinard no admite esa idea.

En fin, en su artículo de 1891 sobre los *Dogmas en la ciencia*, al hablar de la genealogía de Haeckel, dijo: «Nada está precisado en este dominio... Y es, en presencia de esta confusión de opiniones divergentes y opuestas, en la que no se distinguen ni los primeros ni los últimos... ni los del medio tampoco, que se nos afirma de modo perentorio y sin réplica que la serie de los antepasados del hombre constituye una cadena no interrumpida de formas, desarrolladas las unas por las otras en una unidad continua, y que es una ley aplicable á todas las especies sin distinción².»

Ya tenemos á Vogt reducido á no tener ni siquiera sistema. La franca declaración de su ignorancia le hace honor. ¡Ojalá todos los sabios se esforzasen en ser siempre verdaderos! El antiguo secretario de la Sociedad Antropológica de París nos da una prueba sensible de esa franqueza. El lector nos dispensará el citarlo: indispensable es que se aprecien como conviene las ruidosas é incoherentes declamaciones de nuestros materialistas libre pensadores.

Leemos en un estudio sobre las últimas etapas de la genealogía del hombre, publicado en 1888 por la *Revue d'Anthropologie*:

1 Vogt: *Les mammifères*, p. 65.

2 *Rev. Scient.*, 1891, tomo XLVII, p. 649.

«Cuando se trata de la derivación del hombre, no puede ser cuestión de especificar á uno de los grandes antropoides, porque si se entrase en el pormenor de esos tipos, habría que rechazarlos á todos... El antropoide, cualquiera que en un momento se ha cambiado en hombre, evidentemente no es desconocido... ninguna especie conduce positivamente de un mono cualquiera á un hombre cualquiera.» La conclusión de Mr. Topinard no por eso deja de ser que *descendemos del mono, ó por lo menos que todo sucede como si descendiéramos de él*. Y para justificarse recurre al método muy dudoso de aquellos que pretenden descubrir ciertos lazos de los restos animales fósiles, á pesar de la falta reconocida de los datos de observación. «En paleontología—dice—lo que nos presentan como series de especies no son, generalmente, más que series de caracteres. Pues la antropología comparada nos hace ver una multitud de caracteres formando series yendo de los monos al hombre, pasando ó no por los antropoides¹.»

La teoría de nuestro parentesco con los monos se basaría, pues, sobre este hecho único, que examinando gran número de hombres de diferentes razas, se conseguiría quizá observar en nuestra especie en estado de anomalía, de monstruosidad ó de propiedad individual, cierto número de caracteres realizados, el uno en el gorila, otro en el quimpanzo, un tercero en el orang, otros, en fin, en uno cualquiera de los monos inferiores. Pero ¿cómo se ha valido el hombre, en virtud sobre todo de los principios del transformismo, para tomar algo de cada uno de esos diversos animales sin descender de ninguno de ellos? ¿Qué relación tendrá el hombre con el *tipo general*, del cual habla Mr. Topinard? Para hacernos encontrar todos esos caracteres *divergentes y entrecruzados*, reapareciendo

¹ *Rev. d'Anthropologie.*, 1888, p. 342, 322 y 331. — Véase también Topinard, *L'homme dans la nature*, p. 341.

por atavismo, ¿acaso nos ofrece, como lo han hecho Haeckel y Mortillet, algunas formas desaparecidas?

¿No sería, al obrar así, colocar á la raza común hipotética de los monos más alta en organización y más parecida al hombre que las diferentes ramas que de ella dimanar?

Decididamente Mr. Topinard no ha sido sobrepujado por nadie, si no es por el profesor de Jena, en la extravagancia de sus conclusiones.

Añade:

«Descendemos del mono ; ¿pero de qué mono conocido ó desconocido? Lo ignoro; ninguno de los monos antropoides actuales ha sido seguramente nuestro antepasado.

»¿De varios monos ó de uno solo? Lo ignoro también, y no sé todavía si soy monogenista ó poligenista. En el estudio de las razas humanas, veo argumentos en pro y otros en contra de los dos sistemas...»¹

Esta vez por lo menos es la suspensión del juicio, es la reserva que, en el estado actual de las indagaciones, se impone á todo sabio desinteresado; pero, lo sentimos por la reputación científica de Mr. Topinard, algunos renglones más lejos, las ideas preconcebidas triunfan de nuevo de la fría lógica. ¡Que se juzgue más bien!

«Descendemos del mono — sigue el autor — sí, ciertamente, pero por una multitud de intermediarios más ó menos antropoféticos, de los que la paleontología no posee todavía hoy ningún resto, pero que el espíritu entrevé, teniendo el primero un cerebro como el de los microcéfalos de Vogt; los que siguen, un cerebro mayor, de más circunvolución; lóbulos frontales más gruesos hasta el tipo actual. En el origen, á principios del mioceno quizá, mono y hombre no hacían más que uno; una excisión se ha producido, la grieta se ha vuelto ancha abertura, des-

¹ *Rev. d'Anthropol.*, 1888, p. 331.

pués se ha formado un abismo cada vez más profundo, parecido al formado por los cañones del Colorado, abismo rechazado por nuestro amigo Abel Hovelacque, pero que los Sres. Vogt y Huxley, poco sospechosos de ortodoxia, admiten, abismo que cada día aumenta bajo nuestra vista, que permite aun descubrir esos senderos perdidos, yendo de un extremo al otro según dice Huxley..., pero que tarde ó temprano será infranqueable por la desaparición por un lado de los últimos antropoides actuales, y por otro de las últimas razas humanas inferiores, dejando al hombre, aislado y majestuoso, proclamándose con orgullo el Rey de la creación...»

No es esto todo :

«Nuestras aspiraciones, nuestro pensamiento, nuestra acción no tienen límites. Todo gira alrededor nuestro. ¿Qué más desear? ¿Ser Dios? Quizá se consiga: la evolución no ha dicho su última palabra. Ha habido el antropopiteco; entonces habría el *antropoteomorfo*. Mr. Hovelacque ha tratado de reconstituir el uno; ¿por qué no trataríamos algún día de reconstituir el otro, el hombre del porvenir?»¹

¡Felicitamos á los lectores de Mr. Topinard, quienes serían fascinados por las imágenes monstruosas de esa asombrosa fantasmagoría! ¿Para qué sirven á la ciencia semejantes abusos queriendo producir efecto, último y miserable recurso de un descreído desesperado?

¡Por desgracia, encantar á la multitud de los ignorantes es tan fácil, sobre todo cuando se halagan las pasiones! Sería el caso de decirla con el poeta :

«No tomes por oro todo lo que brilla:

La barrica de más ruido fué siempre la vacía².»

¹ *Revue d'anthropologie*, 1888, p. 332.

² Gomberville.

6. — LA EMBRIOGENIA Y LA EVOLUCIÓN

El argumento sacado de los hechos de la embriogenia nos da un ejemplo no menos curioso del método haeckeliano : «Estos hechos—dice el profesor de Jena—no pueden agradar á los que cavan un abismo entre el hombre y el resto de la naturaleza, sobre todo á los que no quieren oír hablar del origen animal del género humano ' . »

Desde 1824, Antonio Serres, médico francés, célebre por sus trabajos de anatomía comparada, observa que todo animal superior, recuerda sucesivamente, durante su desarrollo embrionario, los principales grados de organización inferiores ; el hombre mismo, primero, simple infusorio, se vuelve á la vez molusco, pescado, reptil, mamífero.

Darwin recogió esta idea y la adoptó á sus teorías evolucionistas. Admitió que existen concordancias más ó menos estrechas entre el desarrollo individual de una especie dada y la filiación de esa misma especie; también admite que la sucesión de las formas en el embrión de una especie animal superior pudiera revelar el enlace de esa especie con otros tipos, y aun quizá el orden de descendencia á partir de los primeros organismos vivientes.

Naturalista eminente y observador sagaz, Darwin trató de precisar más, pero sin conseguirlo; Haeckel, quien, según la maliciosa observación de Carl Vogt, *sabe todo*, formuló bien pronto con su seguridad acostumbrada la ley *biogenética fundamental*, que resume sus ideas sobre la cuestión. Enunciémosla con el hermoso lenguaje de Haeckel, pero observemos con este motivo que en el prefacio de la edición francesa de la *Historia de la creación*, Mr. Carlos Martins se ha impuesto el deber de jus-

1 Haeckel, *Natürliche schöpfungsgeschichte*, p. 263.

tificar los neologismos inútiles del naturalista alemán, y que Vogt se confiesa incapaz de comprenderlos, aun con el diccionario griego entre las manos ¹.

«La historia del germen es un extracto de la historia de la rama, ó en otros términos, la *ontogenia es una recapitulación abreviada de la filogenia*, ó en términos más explícitos todavía, la serie de las formas que recorre el organismo individual durante su desarrollo á partir de su célula-huevo hasta su estado de desarrollo completo, esto es, una recapitulación breve y estrecha de las formas que los antepasados de este mismo organismo (ó las formas originales de su especie) han recorrido desde los tiempos más remotos, desde la supuesta creación orgánica hasta nuestros días ².

Aplicada al hombre esta ley establece el hecho de que, durante los dos primeros meses de su vida embriológica, el feto pasa sucesivamente por cierto número de formas, recordando los principales términos de la serie genealógica de Haeckel. Primero simple célula, acabaría, después de varias diferenciaciones comunes á los demás vertebrados, por presentar sucesivamente los rasgos fundamentales del amphioxus, de la lamprea, de los tiburones, de los dipneustas, de los anfibios, de los marsupiales, de los prosimios y de los monos, dando así, durante su breve evolución embrionaria, una idea excelente de sus remotos orígenes.

En sí misma, la ley no tiene nada de inverosímil, y se concibe que hubiera podido ser la expresión fiel y rigurosa de las observaciones. El hombre nace realmente como los demás vertebrados de una célula-huevo, formando núcleo, la que, por segmentación y diferenciación progresivas da un producto muy semejante, *en un momento bien escogido*, á los embriones del mono, del perro y otros

¹ *Rev. Scient.*, tomo XX, 1877, pág. 1090.

² Haeckel, *Anthropogenic*, 1877, pág. 6.

géneros menos elevados. Pero los datos de la embriología comparada apenas permiten afirmar más. El mismo Haeckel, al proclamar arrogantemente el principio, se halla obligado á declarar que el paralelismo resulta muy imperfecto. Para establecerlo, apenas si cita, como Darwin lo hace ¹, algunas semejanzas *aisladas* sin significación clara, y de una importancia muy discutible. Sin olvidar que los dibujos, con los cuales representa á los embriones de diferentes especies, incluso el hombre, para presentar sus similitudes, han sido falsificados al servicio de la causa ². Este rasgo de probidad permite anticipar el juicio sobre esa cuestión. No asombrará á los lectores del profesor alemán, cada página deja al trasluz sus preocupaciones ordinarias.

A pesar de todo, Carl Vogt ha querido hacer á Haeckel el honor de discutir á fondo las pruebas alegadas á favor de la ley.

Su apreciación nos es tanto más preciosa cuanto que el profesor de Ginebra admitía, hace algunos años, un paralelismo bastante riguroso entre las diversas fases de desarrollo de los animales actualmente vivos y la sucesión de los fósiles, desde su primera aparición hasta el período moderno. Aun otra vez, el sabio suizo ha salido aventajado.

Haeckel no podía disimularse de que su famosa ley era con frecuencia desmentida por los descubrimientos de los naturalistas. Este desacuerdo hubiese sido más que suficiente para intimidar á cualquiera otro, no siendo al autor del monismo. Para impedirle definitivamente de perjudicar el dogma, Haeckel imaginó la ley de la *herencia abreviada*, según la cual, las series de formas evolutivas inferiores pueden presentar vacíos ó ser *incompletas*, y la

1 Darwin, *The descent of man*, t. I, pág. 14.

2 *Revue des quest. scientif.*, 1889, t. XXV, p. 131.—Vigouroux, *Les livres saints et la critique rationaliste*, t. II, pág. 608, nota.—De Nadaillac, *Le problème de la vie*, pág. 48, nota.

ley de la *herencia falsificada*, según la cual ciertos tipos de una rama genealógica pueden presentar anomalías inexplicables ó ser *alterados*. El remedio era radical, y á la vista de los crédulos, la teoría estaba salvada. Mas Carl Vogt no podía pasar sin denunciar este fraude que sustituya lo arbitrario de un sistema á la realidad de los hechos, las invenciones de un espíritu aventurero á los datos positivos de la observación. En 1877 escribía:

«Es evidente que considerando las cosas como Haeckel lo hace él mismo, no existe una ontogenia ni una filogenia cualquiera que no esté falsificada de un extremo á otro ¹.»

Más tarde, al atacar nuevamente la *ley biogenética fundamental*, dice:

«En vez de abandonar al dogma ya insostenible, se ha inventado algo más insostenible aún si cabe. Se habla de *cenogenia* ó embriogenia falsificada. ¡Cómo se tortura á la pobre lógica! La naturaleza que desnaturaliza su propio plan introduciéndole elementos heterogéneos que turban la homogeneidad de la ley biogenética!... ¡Maldito embrión que desobedece á la ley otorgada por un príncipe de la ciencia, vamos á estigmatizarlo como falsario! ²»

Muy recientemente ha vuelto, pero con términos aún más duros, sobre las incalificables invenciones de Haeckel. He aquí la tesis que demuestra en su artículo sobre *Los dogmas en la ciencia*, publicado en Mayo de 1891:

«*El paralelismo primitivamente establecido entre los embriones y los antepasados ha sido tácitamente abandonado desde hace algún tiempo*. Ha sido abandonado con la declaración de la imposibilidad que existe tocante á la reducción filogénica pura y simple de las formas embrionarias ó larvarias; ha sido abandonado cuando se ha reconocido que en cantidad de casos no puede

1 Vogt, «L'origine de l'homme», *Rev. Scientif.*, 1877, tomo XIX, pág. 1059.

2 Vogt, «Quelques hérésies darwinistes», *Rev. Scientif.*, 1886, tomo XXXVIII, pág. 485.

verse en los antepasados ciertas fases de desarrollo ontogénico; sucumbe por completo cuando llega el caso de decir con Lang, «que el desarrollo (ontogénico) puede seguir vías distintas para llegar á la misma fase final¹.»

La evidencia acaba por imponerse á los espíritus más rebeldes. El fogoso profesor de Jena, que ha dado siempre á entender que sus principios con sus consecuencias inmediatas eran superiores á toda crítica, acaba de conformarse con el modo de ver de su colega de Ginebra. Que se juzgue más bien por estos pocos renglones hallados bajo su pluma en la *Revista Científica*, con fecha del 18 de Noviembre de 1893.

Haeckel hace observar primero la imposibilidad de reconstituir series enteras de tipos por consecuencia de la destrucción muy probable de una infinidad de fósiles, luego añade:

«En vista de esta falta, los naturalistas han recurrido á otras veredas más ásperas, más tortuosas, pero también menos fecundas. Partiendo del hecho de que el desenvolvimiento de un organismo no es sino la sucesión completa ó abreviada de los fenómenos morfológicos que le han dado antes, progresivamente, nacimiento, han creído que los hechos embriogénicos podrían, á lo menos en su conjunto, ser consultados para la reconstitución de los principales Estados anteriores del ser, ó para decirlo en una palabra, *la ontogenia reproduce la filogenia condensada*.

»Si esta proposición hubiese sido, en toda su extensión, tan cierta como parece indicarlo su forma aforística, el problema de la evolución animal ó vegetal habría encontrado su solución natural en los estudios embriogénicos. Pero la naturaleza se doblega mal á nuestras fórmulas rígidas; así es que los más ardientes de entre los embrió-

¹ Vogt, «Dogmes dans la Science,» *Rev. Scient.*, tomo XLVII, 1891, pág. 650.

logos, han tenido que reconocer, después de valientes esfuerzos, que los datos embriogénicos adquiridos en Zoología, aunque fecundos en sí, no constituían por sí solos, y aun después de pasar por el sedal de la más severa y rigurosa interpretación, no constituían, digo, un caudal de hechos capaces de constituir bases suficientes para una clasificación evolutiva.

»Este descalabro parcial del principio en el terreno zoológico debía transformarse en un verdadero desastre en el dominio de la botánica.

»Puede afirmarse sin miedo, en efecto, que si la ciencia de los animales se ha enriquecido por el conocimiento de algunos estadios embriogénicos llenos de enseñanza para la evolución, en cambio, nada de satisfactorio ha podido ser deducido de los hechos ya numerosos compendiosamente adquiridos por los botánicos que se han consagrado á las penosas tareas de la embriogenia vegetal. Tal es el balance, esa es la situación en este doble terreno.»

Ahí tenemos otra vez al materialismo declarado.

Y es el mismo Haeckel quien, hace unos veinte años, se daba por misión de «hacer penetrar en el público la concepción de las verdaderas relaciones del hombre con el restante de la naturaleza,» y reponer en buen camino á «nuestros filósofos racionadores y á nuestros teólogos que creen llegar con especulaciones puras é inspiraciones divinas, á comprender el organismo humano¹.»

Concluamos. La supuesta *ley fundamental del desarrollo orgánico*, es una de esas generalizaciones gratuitas, que, gracias á ciertas formas seductoras, la escuela transformista sabe hacer aceptar con tanta facilidad. En cuanto á las leyes complementarias de la *herencia alterada* y de la *herencia abreviada*, no se invocan—para

1 Haeckel, *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, págs. 264, 262.

servirme de las expresiones de Carl Vogt—más que «por presunción, por ignorancia ó por pereza.»

Acabamos de pasar una revista á los principales argumentos de los partidarios de nuestro origen simio. Se reducen á conjeturas aventuradas ó á inducciones ilegítimas. Hasta los mismos darwinistas han hecho esa justicia.

No es menos cierto que la ciencia debe á Darwin, á Wallace y á sus discípulos, una multitud de observaciones precisas y experiencias ingeniosas. La hipótesis transformista ha dado lugar á magníficos trabajos. Ha servido sobre todo á poner mucha luz sobre las relaciones de semejanza entre los organismos vivientes ó fósiles de ambos reinos.

Esos lazos existen, todo el mundo conviene en ello. Sin duda los animales se relacionan con cierto número de tipos principales, pueden ser considerados como derivándose unos de otros por modificaciones convenientes. Los naturalistas lo han reconocido hace mucho tiempo, y las clasificaciones propuestas desde Linneo y Lamarck demuestran de sobra sus esfuerzos para agruparlas metódicamente según el orden real, aunque poco aparente á veces, por su creciente complicación. Mas no debe olvidarse que cualquiera que haya sido el modo de aparición de las especies, menester es encontrar similitudes más señaladas entre unas formas que en otras; es aún más que probable que cada tipo tanto antiguo como reciente, aunque fuese producido por generación espontánea, por evolución lenta ó por creación, guardaría poco más ó menos su lugar en nuestros cuadros taxonómicos. Desde ese momento, á falta de otras pruebas, las clasificaciones, por lógicas que sean, no establecen el enlace sucesivo por vía de descendencia, pues, sea lo que fuere, lo que creen los darwinistas, hay gran trecho de la unidad de plan á la unidad de origen, y el parentesco ideal no implica el parentesco real.



CAPITULO IV

El hombre-mono y los precursores de Adán frente á la Teología.

1.—TENDENCIAS RELIGIOSAS DE DARWIN Y DE HAECKEL

EL transformismo aplicado al hombre no resuelve la cuestión de su origen. ¿Puede conciliarse con la fe católica? Oigamos sobre este asunto á Darwin, á sus partidarios, á los intérpretes de la Sagrada Escritura y á los sabios cristianos. Cuando en 1859, Darwin dió á la apreciación del mundo sabio su notable trabajo sobre *El origen de las especies*, hizo grandes protestas sobre «no herir los sentimientos religiosos de nadie, cualquiera que fuese su religión¹.» En su libro sobre *La descendencia del hombre*, publicado en 1871, ya no oculta de que sus conclusiones serían denunciadas como muy irreligiosas; pero preguntó también: ¿Acaso es más irreligioso el explicar el origen del hombre en virtud de las leyes de la variación y de la selección naturales, ó el explicar por las leyes de la reproducción ordinaria la formación y el nacimiento del individuo?²

Darwin dudaba entonces ante las últimas consecuen-

1 Darwin, *Origin of species*, p. 569.

2 Darwin, *The descent of man*, tomo II, p. 395.



cias de su sistema. Nadie diría que haya querido hacer con ellas una máquina de guerra contra la verdad religiosa. En una de sus últimas cartas al Rdo. J. Fordice, se declara víctima de la duda y asegura no haber sido nunca ateo ¹.

Para buen número de evolucionistas de nuestros días, el principal mérito de la doctrina es que parece abolir por completo toda fe en el orden sobrenatural.

Según ellos, no ha habido creación, no hay creador. Es Mr. Haeckel, el apóstol del materialismo contemporáneo, quien les enseñó esas conclusiones tan tranquilizadoras.

Como es sabido, el profesor de Jena nunca conoció los escrúpulos de su maestro. «Importa poco—decía—que las conquistas de la ciencia perjudiquen ó no á las fantasías de la fe... La fe sale de la imaginación poética ².»

A juicio suyo, el relato de Moisés no es más que una hipótesis; la doctrina católica sobre la grandeza original del hombre, un sueño fruto del orgullo. ¿Cómo reconocer en el hombre el rey del universo, el objeto deseado y supremo de la creación? Descendiente de animales sin razón, ha hecho su aparición en el mundo en un estado de degradación bestial. Gracias á la selección natural y á la lucha por la existencia, se ha elevado penosamente y por grados á su estado actual de alta perfección moral é intelectual.

Con esto es decir bastante para comprender que los centros de aparición del hombre han sido múltiples.

Preguntar si el género humano desciende de una pareja única es, á juicio de Haeckel, «tan absurdo como lo sería el preguntar si todos los perros de caza y todos los caballos para carreras descienden de una misma granja,

¹ *Vie et correspondance de Charles Darwin*, trad. de Varigny, tomo I, p. 353.— Ver el Apéndice, nota III.

² Haeckel, *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, p. 9.

ó si todos los ingleses y todos los alemanes provienen pareja única... Lo mismo que no ha habido primera pareja humana, tampoco debe haber habido primer inglés, primer alemán, primer caballo de carreras, primer perro de caza. Cada nueva especie procede siempre de una especie preexistente, y el lentísimo trabajo de la metamorfosis abarca un largo eslabón de individuos diversos. Supongamos que tenemos delante la serie de las parejas de hombres pitecoides y de monos antropomorfos, que han figurado realmente entre los antepasados del género humano, no resultaría menos imposible indicar la primera pareja humana semi-simia ó semi-humana. En todo caso, la designación sería completamente arbitraria. Resulta igualmente imposible el considerar como nativa de una pareja única á cada una de las doce razas ó especies humanas '1.»

Muchos admiradores de Darwin negáronse á suscribir esas impiedades groseras que suprimen de un golpe la solidaridad del género humano en el pecado de Adán y la economía de la redención por el Cristo.

Existen filósofos y teólogos católicos que, seducidos por el relumbrón encantador de las ideas evolucionistas, han dado algún paso que otro sobre la arena abrasadora de las concesiones. Los precursores de Adán que se les han aparecido en los vapores lejanos esparcidos alrededor de la cuna de la humanidad, son acaso algo más que vanos fantasmas. Y la estrecha senda de las hipótesis ¿puede llevarlos al través del desierto de lo desconocido, bajo un cielo más puro, donde la vista puede contemplar con sosiego y sin ilusiones la misteriosa realidad de nuestros orígenes? No nos atrevemos á contestar. Sea lo que fuere, toda idea de evolución no parece ser incompatible con las doctrinas ortodoxas.

1 Haeckel, *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, p. 623.

2.—EL TRANSFORMISMO Y LA FE CATÓLICA

En la tan cortés refutación de los *Últimos escritos filosóficos de Tyndall*, el P. Delsaulx, S. J., uno de los más sinceros admiradores del sabio físico inglés, decía:

«La doctrina de la evolución, tomada en su acepción general, ha ejercido siempre sobre mí un atractivo irresistible. Soy uno de esos espíritus tan altamente aprobados por el eminente físico, superiores al halago del prejuicio popular, prontos siempre para aceptar una conclusión cualquiera, ofrecida por la ciencia, con tal de que sea debidamente apoyada sobre hechos y argumentos.»

La teoría de la evolución, si estuviera cierta, satisfaría, mucho mejor que la doctrina más fácil de las creaciones sucesivas, á las ideas que me he creado de la sabiduría y del todo poder divinos. ¿No tenemos ya la evolución de los mundos en astronomía, y la evolución, ó por lo menos, la transformación de las fuerzas en física ? Este pasaje, reproducido más de una vez por los sabios católicos, puede considerarse como su fórmula de coalición.

El P. Carbonnelle, S. J., en 1880, lo precisó aún más en su notable estudio sobre la *Ceguedad científica*.

«Desechamos las doctrinas transformistas, pero no tenemos para ello más que razones puramente científicas. Si muchos de sus partidarios son antirreligiosos, es porque atribuyen al transformismo intempestivas aserciones materialistas que no pertenecen á su esencia. Hay espiritualistas y hay católicos que admiten ese sistema sin ningún detrimento ni de sus convicciones ni de su fe. El creer que la materia se ha organizado espontáneamente, es decir, por la acción de las únicas fuerzas anatómicas que producen ya todos los fenómenos inorgánicos, y que esas

1 Delsaulx, *Les derniers écrits philosophiques de Tyndall*, p. 61.

primeras construcciones se han desarrollado y modificado después por las mismas acciones, de modo que produjesen sucesivamente todos los vegetales y todos los organismos de los animales, creemos es equivocarse científicamente, pero no es errar en la fe, no es contradecir la doctrina revelada que no enseña nada absolutamente sobre este punto. Los que digan lo contrario no lo han probado nunca, sea que tratasen de defender á la Religión ó sea que pretendiesen combatirla.

«El cristiano queda, pues, perfectamente libre; puede pronunciarse en uno ú otro sentido, según las luces que le den sus estudios científicos '».

No hay que decir que el principio de la discusión libre puesto así, no se extiende á ciertas verdades fundamentales, perteneciendo al dogma católico, y sancionadas, por otra parte, por la razón, tales como la creación original de la materia, el gobierno del mundo por la Providencia y la intervención de Dios en el origen del género humano. Los católicos son unánimes en protestar contra la teoría de la eternidad del mundo y del papel exclusivo de la casualidad en los admirables fenómenos de la naturaleza; pero las opiniones están en divergencia cuando se trata de determinar el grado de intervención de Dios en la creación. ¿Dios ha confeccionado cada tipo específico en particular? ¿La vida ha sido dada en el origen á una forma primitiva única ó á un pequeño número de formas? Únicamente la ciencia puede resolver la cuestión, y el dogma cristiano no está interesado en ello. Según todas las apariencias, hay que decir otro tanto de ciertas hipótesis más ó menos recientes destinadas, según el pensamiento de sus autores, á poner el relato de la creación de Adán y Eva en armonía con los descubrimientos de la arqueología prehistórica.

1. *Revue des quest. scient.*, 1880, tomo VIII, pág. 154.

3.—LOS PREADAMITAS Y LA BIBLIA

La más curiosa de esas hipótesis es la de la existencia de los *preadamitas*. Un incansable naturalista, Boucher de Perthes, quien el primero ha señalado la famosa mandíbula de Moulin-Quignon, cerca de Abbeville, admitía desde 1841 dos apariciones de seres humanos separados por un gran diluvio distinto del de Noé. Los sílex tallados, armas y utensilios habían pertenecido á los hombres antediluvianos. «Esos hombres—dice—no tienen sus herederos sobre la tierra, y no podemos ser sus hijos... El caos, luego la nada, los separan de la creación actual ¹.»

Boucher de Perthes nos dió precursores pitecoides, bastante próximos á los monos, para que estemos expuestos á confundir sus despojos fósiles con los de los primatas.

Esta idea ha sido renovada por el Rdo. P. de Valroger, presbítero del Oratorio—á título de hipótesis, se entiende,—en un trabajo publicado en 1876 por la *Revue des questions historiques*. Era en la época en que el descubrimiento presumido de los sílex tallados en las capas mioceñas de Thenay parecía relegar al pasado lejano de mediados de los tiempos terciarios la existencia de los que los habían fabricado. Los católicos estaban indecisos. Los unos negaban los hechos anunciados, otros creyeron poder renunciar, hasta cierto punto, á las ideas recibidas hasta entonces sobre la creación reciente del hombre; el P. de Valroger declaró que la hipótesis de *un género precursor del hombre* le parecía aceptable.

«En el estado actual de nuestros conocimientos—dice—no veo motivos suficientes para adoptar esta conclusión.

»Pero no encuentro ni en mi razón ni en las reglas de

1 Boucher de Perthes, *Antiquités celtiques*; Abbeville, 1846, tomo I, p. 243 y nota 38.

mi fe religiosa absolutamente nada que me obligue á negarlo *a priori*. La idea de esos *precursores misteriosos* del género humano podrá ser quimérica, mas no tiene nada de heterodoxo. Esa misma idea puede ser arbitrariamente contenida en las teorías materialistas, ateas, proligenistas que la comprometen; pero puede verse libre de toda mezcolanza funesta, de toda vecindad peligrosa... Esa hipótesis no me parece ni demostrada y demostrable; pero puede *ser cierta*, sin ser probada, sin ser verificable ó sin ser verosímil. Pues es suficiente que pueda ser verdadera para que se deba tenerla en cuenta en las teorías sobre el origen y la antigüedad de nuestra especie... Nos basta para derribar de un solo golpe las *cronologías prehistóricas* arbitrariamente opuestas á lo que llaman de modo engañoso la *cronología bíblica*.»

En su Conferencia de 1875 sobre el génesis del mundo, el Rdo. P. Monsabré no tuvo miedo de explicar públicamente el pensamiento del sabio sacerdote del Oratorio, desde el púlpito de *Notre-Dame*.

«De dos cosas una—dijo:—ó bien los sabios reconocerán que han exagerado el valor de sus cronómetros y verán obligados á rejuvenecer su campo de discusión, ó bien nuevos descubrimientos nos pondrán sobre los brazos de un ser antropomorfo, que fué en la admirable progresión del plan divino el bosquejo y el precursor del hombre, y al que será preciso atribuir los instrumentos de la época terciaria. ¿No han observado ustedes en el reino animal ensayos maravillosos de la industria, y aun diría de la misma sociedad humana? Hay hilanderos, tejedores, cesteros, leñadores, albañiles, arquitectos, destiladores, y hasta monarquistas y republicanos entre los animales. ¿Qué razón habría para que no hubiese habido un animal capaz de acomodar toscamente la piedra para

1 H. de Valroger, «L'archéologie préhistorique.» *Rev. Quest. Hist.*, 1876, tomo XIX, p. 447.—Ver la misma revista, 1874, tomo XVI, p. 513.

sus usos y fabricar bien que mal martillos, tijeras, cuchillos, leznas y raspadores para abrir las frutas, arrancar y limpiar las raíces con las que se alimentaba? ¹.»

El P. Valroger y el P. Monsabré se hallan, pues, de acuerdo con Mr. de Mortillet para admitir, *si no como cierta, á lo menos como posible*, la existencia de precursores de Adán, bastante industriosos para que sus huellas puedan ser tomadas á veces por las del hombre mismo. Se separan claramente del profesor de la Escuela de Antropología de París, negando que haya entre esos precursores y la especie humana ningún lazo de parentesco y de descendencia.

El abate Favre d'Envieu, profesor de la antigua facultad de Teología de la Sorbona, en el que el eminente conferencista de *Notre-Dame* se ha visiblemente inspirado, va más lejos todavía en ese mismo orden de ideas. Pero su obra sobre *Los orígenes de la tierra y del hombre*, publicada en 1873, denota serios conocimientos científicos. En ella vemos en distintos lugares:

«Los aparejos antediluvianos no pueden probar por sí, la existencia del hombre. A lo sumo, desde los trabajos de arte hallados, debería llegarse á la conclusión de un animal razonable existente en la época terciaria. No podemos, en efecto, sostener que no ha habido durante las formaciones antehexaméricas, inteligencias servidas por órganos distintos de los órganos humanos... En medio de la flora primitiva de la tierra se encontraba quizá un animal inteligente que se alimentaba con raíces, hojas ó semillas.

»Pudiera muy bien acontecer que mucho antes que nosotros, existiesen sobre la tierra millares de criaturas inteligentes que hayan glorificado al Creador... En efecto, ha podido haber otros hombres, otros animales razo-

¹ *Conférences de Notre-Dame*. Carême, 1875, p. 68.

nables, como los hay, sin duda, en gran número de globos celestes...

»Nada puede impedirnos creer que razas de hombres ó de otros animales razonables han existido durante el desenvolvimiento de las tres primeras épocas geológicas. Un animal dotado de un alma inteligente coronaba cada una de esas creaciones. Esos seres han tenido su tiempo de prueba; han cumplido su destino terrestre, y cuando ha llegado su término, Dios les ha dado una recompensa ó un castigo... Admitiendo que Dios haya podido querer ser glorificado por criaturas de diferentes especies, fácil sería comprender muy bien que ciertos mundos hayan desaparecido... ¿Quién puede asegurarnos que en las primeras capas del terreno cuaternario, Dios no había creado al hombre en un estado de pura naturaleza?...

»Puede haber habido sobre la tierra razas anteriores al Adán bíblico... De muy buena gana creeríamos que la perversión de esos preadamitas ha sido la causa de su ruina... Cuando los tiempos prescritos para las razas que nos han precedido hubo concluído, Dios destruyó, arrasó su morada. La restauró después con la obra maravillosa de los hombres, y procedió á la creación de una nueva especie de adoradores '».

Fácil es ver que el presbítero Favre d'Envieu estaba bajo el imperio de las ideas de Alcide d'Orbigny relativas á la formación de la tierra por cataclismos violentos y repetidos. Según este paleontólogo, que por otra parte ha prestado grandes servicios á la ciencia, «veintisiete creaciones distintas han venido á repoblar toda la tierra con sus plantas y animales, después de cada perturbación geológica que había todo destruído en la animada naturaleza².»

Esa teoría ha cumplido su tiempo. Ha cedido el lugar á la hipótesis mucho más verosímil de la evolución del

1 Favre d'Envieu, *Les origines de la terre et de l'homme*, p. 459, 478, 461, 479, 480.

2 D'Orbigny, *Cours de paléontologie*, tomo II, p. 251.

globo bajo la influencia de causas análogas á las que rigen actualmente la dinámica terrestre.

Con ella se desvanece por completo la necesidad, aunque pretendida, de asignar á cada una de esas creaciones sucesivas un fin *particular* digno de la divina sabiduría. No hay para qué suponer ya con el abate d'Enviu, que á cada renovación de los terrenos geológicos, Dios habría, con tipos variados, realizado criaturas capaces de amarlo y llegar, sirviéndolo, á la posesión de lo infinito ¹.

Los considerandos tan atrevidos del profesor de la Sorbona, aunque no estén en discordancia con la revelación cristiana, nunca han hallado gran favor entre los escritores católicos. Y apenas si se les señala ya, si no es á título de curiosidad. No sucede lo propio con la hipótesis más restringida del P. de Valroger.

De ningún modo excluye la Biblia, en términos formales, la existencia de precursores más ó menos inteligentes que habrían en alguna suerte anunciado el advenimiento cercano de nuestro primer padre. Resulta de esto que si el hombre terciario llegase á ser demostrado, podría ser sin perjuicio para la veracidad de Moisés ni para la integridad de la fe, considerársele como un antropoide intermediario entre los primatas y el hombre verdadero. El P. Monsabré con otros sabios exégetas estarían eventualmente conformes con esta idea. Otros preferirían tomarlo por adamita, apesar de la remota antigüedad que sería menester, por el hecho mismo, atribuir á nuestra especie. Conforme á su opinión, las incertidumbres de la cronología bíblica permiten, en caso necesario, hacer retroceder los orígenes de la humanidad hasta el período terciario.

Es muy cierto que nunca la Iglesia ha impuesto á la creencia de los fieles el cómputo vulgar de la Historia bíblica. Los datos cronológicos de nuestros libros sagra-

¹ Op. cit., p. 480.

dos no son dogmas, han sido probablemente alterados por el descuido de los copistas ó desfigurados por sus sistemas. De ahí, quizá, la diferencia de quince siglos entre la Vulgata, el texto samaritano y la traducción de los Setenta, con motivo de la antigüedad del hombre. Además, la genealogía de Nuestro Señor, según San Mateo, presenta lacunas ciertas. En ella se han omitido tres generaciones entre David y el cautiverio. La concordancia de varios textos ha revelado sus intermediarios. La palabra *genuit* puede, pues, referirse á un abuelo, á un grado muy lejano. Esa omisión permite suponer otras en la genealogía de los Patriarcas, de las que se han deducido series de fechas. Por lo mismo, el abate Le Hir podía decir con toda verdad: «La cronología bíblica está indecisa: á las ciencias humanas es á quien toca encontrar la fecha de la creación de nuestra especie.»

¿En qué límites extremos será conveniente detenerse?... Hasta aquí nadie podría fijarlos, por falta de datos positivos sobre este punto. Entonces, aunque los paleontólogos hallasen rastros ciertos del hombre en capas geológicas relativamente antiguas, sería imposible por eso atacar al relato del Génesis.

Se puede muy bien, pues, sin segundo pensamiento, dar ánimo á la indagatoria. Será también muy cuerdo, al anuncio de nuevos descubrimientos, guardarse de las negaciones *a priori*. Un escritor católico lo ha hecho notar muy á tiempo. «En el terreno de los hechos está uno siempre expuesto á experimentar singulares desengaños. Antes de Copérnico era un axioma en la ciencia de entonces que la tierra estaba inmóvil en el centro del universo, y Napoleón I, ese gran genio de los tiempos modernos, calificaba de ideólogos á los que creían en la posibilidad de la navegación por el vapor»¹.

¹ Jean d'Estienne, «L'humanité primitive et ses origines.» *Rev. quest. scient.*, 1882, tomo XII, página 370.

4.—EL CUERPO DEL HOMBRE Y LA EVOLUCIÓN

Si el origen simio del hombre completo por vía de descendencia natural y de perfeccionamiento sucesivo debe ser considerado como un sueño inventado por gusto por los materialistas, hay un problema conexo más delicado, y sobre el cual los elementos de solución parece hacen falta. Es el del papel determinado del Creador en la formación del cuerpo de Adán.

En la hipótesis del transformismo, ¿no resultaría la posibilidad «de que el cuerpo del hombre derivase de la animalidad y fuese de ese modo el coronamiento de la evolución orgánica y como la síntesis de todas las existencias inferiores que le han precedido sobre la tierra»?¹ Y en la teoría de la fijeza de los tipos, ¿no podría admitirse que para hacer al hombre, Dios se hubiera servido, no de un limo informe, sin ninguna organización, sino del cuerpo de un mono antropomorfo y de una constitución anatómica ya próxima á la nuestra, y que el Creador antes de introducir en dicho cuerpo el alma, habría dado á ese esbozo todo material del ser humano la última mano y los rasgos propios de nuestra especie? ¿Es repugnante aun para las más sanas doctrinas el atribuir la preparación del cuerpo de Adán exclusivamente á la acción de las causas segundas y no reservar para Dios más que la infusión del alma espiritual?

Parece que la enseñanza de la Iglesia no ha fijado este punto. Pertenece, pues, á la ciencia y al exégesis el guiar aquí las conjeturas.

Ningún católico admitirá, me parece, que Adán, animado por otra parte, desde el germen por el divino soplo, haya nacido de una especie inferior por vía de genera-

¹ Leroy: *L'évolution des espèces organiques*, 1887, p. 33.

ción ordinaria, por el estado de debilidad propio de la infancia, por la imposibilidad de bastarse á sí mismo y por la necesidad de conquistar con la edad las prerrogativas de la naturaleza humana. La conservación y el crecimiento del primer hombre no se explicarían más que por una serie de hipótesis más gratuitas las unas que las otras. Semejante modo de origen no tiene, sin embargo, en sí nada de absurdo. Dios puede, seguramente, por una intervención más ó menos inmediata, desarrollar en el óvulo propiedades capaces de modificar profundamente y aun perfeccionar su evolución embriogénica. ¿No estamos viendo que por sencillas variaciones de centro, por causas físicas ó morales, en apariencia insignificantes, se determinan desviaciones accidentales, monstruosidades ó caracteres de razas?

A.—SISTEMA DE MR. MIVART

La Escritura Sagrada y la tradición católica.

Sea lo que fuere, un naturalista católico, el profesor Sint-Georges Mivart, ha emitido una teoría transformista análoga, manteniendo al mismo tiempo muy resueltamente la espiritualidad del alma y su creación inmediata por Dios.

En sus *Lecciones de la naturaleza*, el sabio inglés observa que, según los teólogos, Adán constituye entre los hombres una categoría aparte. Sólo él estuvo desde el primer instante de su existencia en plena posesión de la razón y de todas las facultades cuyo perfecto desenvolvimiento no se verifica generalmente más que con la edad.¹ Según el pensamiento de Mr. Mivart, el primer hombre salió entonces *adulto* de manos del divino Creador.

¹ Mivart: *Lessons from nature*, 1876, p. 157.

Esto dicho, veamos en qué términos se expresa el mismo autor sobre la formación de Adán, en su libro sobre *El Génesis de las especies*, publicado en 1871.

«Según la antigua definición escolástica — dice — el hombre es un animal razonable. Su animalidad es distinta por naturaleza de su racionalidad, aunque inseparablemente unida á ella, durante la vida en una personalidad común y única. El cuerpo animal del hombre debe tener un origen diferente del del alma espiritual que le informa, en vista de la distinción de los dos órdenes á los cuales pertenecen respectivamente esas dos existencias.

»Claramente parece indicarlo la Escritura cuando dice: *Formavit Dominus Deus hominem de limo terrae, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae*¹. Estas palabras demuestran que el cuerpo del hombre no ha sido creado en el sentido primero y absoluto de esa palabra, pero que evolucionó á partir de una materia preexistente simbolizada por la expresión *de limo terrae*, no habiendo sido creada más que de un modo derivado, es decir, por la acción de causas segundas. Su *alma*, por otra parte, fué creada de modo por completo distinto, no por medio de algún intermediario preexistente y distinto del mismo Dios, sino por la acción directa del Todopoderoso, simbolizada por la expresión *inspiravit*. Es el verdadero modo adoptado por Cristo cuando confiere los poderes sobrenaturales y las gracias del Cristianismo, es el modo empleado todavía y diariamente en los ritos y las ceremonias de la Iglesia.

»Este doble origen del primer hombre está en concordancia con lo que la observación nos enseña. Porque, si cada alma humana es el producto de una creación directa é inmediata, cada cuerpo humano se desarrolla por la acción común de las leyes físico-naturales².»

1. Genes., II, 7.

2. Mivart, *The genesis of species*, 1871, p. 325-326.

En algunas páginas más abajo M. Mivart añade:

«Mi objeto ha sido sostener la doctrina, según la cual las especies se han formado según *las leyes naturales ordinarias* (la mayor parte desconocidas), ayudadas por la acción *subordinada* de la «selección natural,» y al mismo tiempo recordar á ciertos lectores que *en las ciencias físicas no hay ni puede haber nada que las impida considerar á esas leyes naturales como obrando con el concurso divino*, en ejecución del *fiat* todopoderoso pronunciado en el origen sobre el mundo primitivo por su creador, su sostén y su maestro ¹.»

En fin, en otro paraje, el profesor inglés da claramente á entender que, según él, Dios está siempre atento para que las leyes que ha establecido atraigan infaliblemente las condiciones favorables á los fines de su Providencia.

En esto consiste—dice—la acción *natural* de Dios en el mundo, en oposición á su acción directa, que bien pudiera llamarse *sobrenatural* ².

Sin insistir demasiado, con motivo de esas citaciones, sobre reflexiones filosóficas más ó menos extrañas á nuestro asunto, notaremos, sin embargo, que, según Mr. Mi-

1 «The aim has been to support the doctrine that these species have been evolved by ordinary *natural laws* (for the most part unknown) aided by the *subordinate* action of «natural selection», and at the same time to remind some readers that there is and can be absolutely nothing in physical science which forbids them to regard those natural laws as acting with the Divine concurrence and in obedience to a creative *fiat* originally imposed on the primeval Cosmos «in the beginning» by its Creator, its Upholder, and its Lord.» (Ibid., p. 333.)

2 «In the secondary and lower sense «creation» is the formation of anything by God *derivatively*, that is that the pre-existing matter has been created with the potentiality to evolve from it, under suitable conditions, all the various forms it subsequently assumes. And this power having been conferred by God in the first instance, and those laws and powers having been instituted by Him, through the action of which the suitable conditions are supplied, He is said in this lower sense to create such various subsequent forms. This is the *natural* action of God in the physical world, as distinguished from His direct, or, as it may be here called, *supernatural* action.» (Ibid., p. 290.)

«Neither the physical nor the hyperphysical actions however exclude the idea of the Divine concurrence, and with every consistent theist that idea is necessary included.» (Ibid., página 291.)

virt, el cuerpo del primer hombre ha sido preparado por la evolución, conforme á las leyes comunes de todo el reino animal. La transformación acabada bajo la dirección del mismo Dios, el Creador ha intervenido de un modo directo para darle la vida espiritual, y separarlo desde entonces de la animalidad por medio de un abismo insondable.

El organismo de Adán ha sido entonces el de un mono antropomorfo, cuyo desarrollo corporal habría sido dirigido en vista de la recepción futura de un alma inteligente. Cuando, después de algunos años de vida, el animal elegido entre todos había adquirido su pleno desarrollo, Dios se habría contentado con sustituir al principio vital simio el alma inteligente, como forma substancial única.

Anatómicamente hablando, el hombre sería de ese modo el producto más perfecto, y, sin duda, el último término del transformismo en la serie animal.

El profesor Mivart propone su teoría como posible, y aun como probable ¹. Lo cree conciliable con la fe católica, conviniendo al mismo tiempo en que no todos admiten esta manera de pensar.

Ortodoxa ó no, la nueva doctrina tuvo un hecho inmenso. El émulo de Darwin, Wallace, llegó hasta atribuir en gran parte á Mr. Mivart la extensión rápida del darwinismo en Inglaterra ².

Mucho costaba á los católicos abandonar, con motivo de la formación de Adán, el sentido literal del Génesis.

En Julio de 1876, la *Dublin Review* publicó, sin el nombre del autor, una apreciación severa de las opiniones del profesor Mivart. He aquí la conclusión:

«No es contrario á la fe el suponer que todos los seres vivientes, hasta el hombre inclusive, se hayan desarro-

¹ *The genesis of species*, p. 217.—*Lessons from nature*, 1876, p. 177.

² *Augsburger Allgem. Zeitung*, 1877, Beil., nr. 17. Citado por el P. Knabenbauer.

llado, según una ley natural, partiendo de menudos gérmenes creados en el origen, ni aun á partir de la materia inorgánica. Por otra parte, sería una herejía el negar la creación separada y especial del alma humana. En cuanto á la cuestión de la formación inmediata instantánea, ó casi instantánea, por Dios del cuerpo de Adán y del de Eva—del primero por medio de la materia inorgánica, del segundo por medio de la costilla de Adán,—ponerla en duda es, por lo menos, temerario, y quizá próximo á la herejía ¹.»

Un crecido número de teólogos han sido también muy categóricos para condenar el sistema de Mr. Mivart. Mientras la Iglesia no se haya pronunciado, será conveniente, nos parece, guardar reserva; en efecto, los argumentos ya aducidos no se imponen todos con una evidencia irresistible.

Hagamos abstracción por el momento de la creación de la primera mujer—pues ya lo veremos, la causa de Eva puede y debe, á juicio de ciertos teólogos, estar separada de la de Adán,—y discutamos, aunque sumariamente, las pruebas aportadas á favor de la intervención *inmediata y exclusiva* de Dios en la formación del cuerpo de nuestro primer padre.

Se recurre, en primer término, al testimonio de los Padres de la Iglesia, interpretando el relato de Moisés ². La *Dublin Review* invoca á San Ireneo, Tertuliano, San Gregorio el Grande y Severiano de Gabala; el Rdo. Padre Palmieri, S. J., cita San Ireneo, San Gregorio de Nisa, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Juan Damasceno, que han comentado de modo especial el Génesis; el Cardenal Mazzella añade también á San Basilio, San Jerónimo, San Gregorio de Nazianzo, al abate Rupert y á San Cirilo de Jerusalén; luego corrobora su argumento por la enseñanza de los teólogos, de Santo Tomás y de

1. «Evolution and Faith», *Dublin Review*, July, 1871, núm. XXXIII, p. 38.

2. Ver el Apéndice, nota IV.



Suárez. Únicamente, é imposible es disimularlo, varios de los textos citados no prueban, ni mucho menos, ó no prueban más que de un modo dudoso, el *punto preciso* con motivo del cual Mr. Mivart se aparta de la masa de los escritores católicos.

Los unos describen la excepcional solicitud de Dios en la formación del cuerpo del hombre. El naturalista inglés no niega de ningún modo esa solicitud, puesto que pone como regla general que la Providencia se ocupa de las transformaciones de los organismos en proporción de la excelencia del objeto que debe alcanzarse. Otros pasajes presentan á Dios moldeando con sus propias manos al limo de la tierra. Pues, *en cualquier hipótesis*, esas expresiones del Génesis son figuradas; reaparecen en distintos lugares de la Sagrada Escritura, conciliándose con la intervención más ó menos grande de los agentes naturales. Ciertos textos no han servido más que para aclarar algún punto de doctrina de un orden completamente diferente y no muestran para nada que los Padres hayan sido preocupados en fijar un detalle perfectamente extraño al asunto ¹; aun los que se presentan como decisivos dejan lugar á la incertidumbre. El sistema de Mr. Mivart, ¿usurpa algo en el terreno de la Teología y puede tener interés la fe católica *en la exclusión absoluta de las causas segundas* relativas á la preparación del cuerpo de Adán?

Es posible, pero no nos parece demostrado.

Después de todo, este sistema es la salvaguardia de la creación y de la infusión del alma por Dios, y el concurso especialísimo de la Providencia en la preparación evolucionista del cuerpo de Adán.

Si el depósito de la revelación no estuviera en juego;

1 «At the same time it must be said that when the Fathers speak in these terms, they are rather seeking to show the *dignity* of man, than the precise point of the *specialty* of his body's creation.» (*Dublin Review*, loc. cit., pág. 20.)

si se tratase de una opinión más científica que religiosa, ¿sería muy legítimo pedir á los Padres de la Iglesia, á Santo Tomás ó á Suárez y á sus contemporáneos, un juicio doctrinal y definitivo con motivo de una cuestión que el adelanto de las ciencias debía, siglos más tarde, hacer aparecer bajo un aspecto completamente nuevo?

¿Sería posible y razonable buscar en sus escritos la condena de una idea que, según toda probabilidad, nunca ha fijado su atención?

Puntos son éstos muy oscuros y que merecen ser aclarados antes de pronunciarse; quizá se diga que los Padres de la Iglesia, sin exceptuar á San Agustín, han comprendido el segundo capítulo del Génesis en el sentido literal.

No lo negaremos. Pero, entre los mismos Padres, ¿quiénes eran los que tenían motivo para apartarse de ese sentido literal, y qué es lo que hubieran sustituido á la letra de la narración bíblica? Aunque su concordancia fuese unánime, no podría tener el alto sentido que habría tenido si la cuestión del transformismo hubiera sido puesta y discutida en su tiempo y si los Padres hubieran tenido todos los elementos de apreciación, sobre los cuales estamos razonando. Estamos, pues, inclinados á creer que la tradición no puede resolver la dificultad.

Diremos una palabra con motivo de los argumentos sacados de la Sagrada Escritura.

En un trabajo publicado en 1877 por los *Stimmen aus Maria Laach*¹, el Rdo. P. Knabenbauer, S. J., cita gran número de textos, cuyo estudio comparado le parece favorable á la interpretación tradicional, y que—hay que decirlo todo—han sido traspapelados, quedándose en la sombra por culpa de sus honorables contradictores. Según el parecer del sabio exégeta alemán, la Biblia no pue-

¹ Knabenbauer, «Glaube und Descendenztheorie», *Stimmen aus Maria-Laach*, t. XIII, 1877, pág. 121.

de tolerar la interpretación más amplia de las palabras *formavit hominem de limo terrae*, según la cual los elementos que constitufan el cuerpo de Adán habían sido sacados del suelo de un modo tan sólo lejano y de modo cercano á algún animal antropomorfo.

Los textos invocados á favor de su opinión hablan de la formación de las plantas y de los animales ¹. Pues hay conformidad hoy en admitir que estos pasajes son conciliables con la hipótesis evolucionista. Ciertos teólogos hasta creen que la acción de los ambientes ó centros, tal como la quiere el transformismo, no podía ser indicada con más claridad en el Génesis que por estas palabras: *Germinet terra, producant aquae* ². Es mucho decir; pero, por lo menos, la argumentación del P. Knabenbauer deja de ser plausible. No demuestra que la formación del cuerpo de Adán á expensas del polvo terrestre no pueda ser entendida en el sentido de una formación *lejana y mediata*.

Los demás pasajes alegados no son más terminantes. Aunque Dios hubiera introducido una alma humana en el cuerpo de un mono, siempre resultaría cierto que el cuerpo del hombre está compuesto con el polvo de la tierra, que después de la muerte ese cuerpo volverá á ser polvo, y que el polvo de la tierra ha sido de cierto, para Adán, lo que el seno materno es para cada uno de los hijos de los hombres.

El Rdo. P. Delattre, S. J., lo ha hecho notar, por otra parte, en un artículo reciente sobre *El plan del Génesis* ³. La Biblia no da una significación material al acto del Creador haciendo sus obras. Para ella, *un hombre cualquiera está formado por Dios como el primero que salió de sus manos*.

1 Gen., II, 9, 19.

2 Leroy, *L'évolution des espèces organiques*, 1887, pág. 25.

3 *La Science catholique*, 1891, pág. 984.

«Tus manos—dice Job—me han formado y moldeado por completo; ¿y quisieras perderme? Acuérdate que me has amasado como la arcilla y que pronto me volverás á ser polvo. Me hiciste manar como la leche, me afirmaste como la cuajada. Me revestiste de carne y de piel; tú me consolidaste por un tejido de huesos y nervios ¹.»

«¿Aquel que ha puesto el oído—dice el Salmista—no oirá, y aquel que ha formado el ojo, no mirará? ².»

Dios dijo á Jeremías: «No te había aún formado en el seno de tu madre, que ya te conocía ³.»

En otros lugares vemos también á los sagrados escritores atribuir á Dios las acciones de las causas segundas.

A pesar de todas estas concesiones que tolera quizá el relato de la creación de Adán, existe atrevimiento en ver en él el producto de la evolución, aun con las reservas que el dogma católico impone.

Conforme el parecer de varios comentaristas autorizados, del Sr. Keil y del Rdo. P. Corluy, S. J., el séptimo versículo del capítulo II del Génesis excluye la hipótesis según la cual Dios había sustituido el alma humana al alma de un animal antropomorfo. La Vulgata dice: *Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae, et factus est homo in animam viventem*. Mas el texto hebreo dice: «Jehovah Elohim hizo al hombre con el polvo del suelo, y sopló en sus fosas nasales un aliento de vida (*nischmath chaiim*); de este modo llegó á ser un ser viviente (*nephesh chajja*.)» Se saca como conclusión que antes de la infusión del *spiraculum vitae* el organismo de Adán no estaba animado ni siquiera por un principio vital inferior. Este modo de pensar encuentra su confirmación en el libro III de los Reyes (XVII, 17), donde la expresión

1 Job, X, 8-11.

2 Psalm. XCIV (Vulg. XCIII), 9.

3 Jerem., I, 5.

nischmath chaim figura en el sentido de respiración vital, de *vida*; en diferentes sitios del Génesis (I, 20, 21, 24, 30), donde la expresión *nephesch chajja* está empleada refiriéndose á los pájaros, los peces y los animales terrestres, y, por fin, en el mismo libro, en el versículo 22 del capítulo VII, donde la expresión *nischmath ruach chaim* se refiere simultáneamente al hombre y á los animales ¹.

La historia de la creación de Eva, sobre la cual el P. Knabenbauer, así como la *Dublin Review* y todos los teólogos, insisten con razón, parece aún menos compatible con el nuevo sistema.

Según toda probabilidad, y el relato del Génesis por otra parte parece indicarlo, Dios ha intervenido tan directamente para la formación del cuerpo de Adán como para la formación del de Eva ². Luego ¿cuál es la explicación evolucionista que pueda cuadrar con el relato del sueño misterioso de nuestro primer padre y con los incidentes que siguieron?

Si Adán y Eva proceden de una forma animal, entonces las palabras enigmáticas del hombre á la vista de su compañera: *Hoc nunc, os ex ossibus meis et caro de carne mea: haec vocabitur Virago, quoniam de viro sumpta est*, estas palabras, digo, no tienen significación ninguna.

Pero la Sagrada Escritura añade incontinenti: *Quamobrem relinquet homo patrem suum et matrem suam, et adhaerebit uxori suae: et erunt duo in carne una*. En

¹ *Nischmath chaim* Hauch des Lebens, d. i. Leben wirkender Hauch bezeichnet nich etwa den Geist, wodurch der Mensch vom Thiere oder die Menschenseele von der Thierenseele sich unterscheidet, sondern nur den Lebensathem (S. I. Kg. [Vulg. III], XVII, 17). Hierzu kommt dass der aus Erdenstaub gebildete Mensch durch Einhauchung des *nischmath chaim* zu *nephesch chajja* einem besetzten und als solchem lebendigen Wesen wurde; ein Ausdruck, der auch von den Fischen, Vögeln und Ländthieren (I, 20, 21, 24, 30), vorkommt, also auch keinen Vorzug des Menschen vor den Thieren begründet. (C. F. Keil, *Biblischer Commentar über die Bücher Mo-se's*, I Band, Genesis und Exodus, 3.^o Aufl, 1878, p. 52.) Véase en el mismo lugar la discusión más menuda de esta interpretación.

² Etsi, ut ex Genesi patet, discrimen sit in modo quo Deus viri et feminae corpus efformavit; si tamen unice quaeratur utrum Deus immediata sua actione illud effinxerit, una eademque sit quaestio de utriusque corporis origine. (Mazzella, *De Deo creante*, Romae, 1880, pág. 344).

la hipótesis transformista, ¿qué se hace con esta conclusión moral y la promulgación manifiesta de las leyes fundamentales del matrimonio?... En cambio, se la comprende sin esfuerzo si Eva ha sido formada con elementos tomados de Adán. Hasta parece que el Creador no hubiera podido simbolizar mejor la unidad y la indisolubilidad del lazo conyugal. De todos modos, el mismo Jesucristo, el intérprete más autorizado de las Escrituras, tenía ciertamente ante su vista la significación mística de la formación de Eva, cuando, según San Mateo y San Marcos, opone á los fariseos esas mismas palabras del Génesis, como la expresión de la ley divina sobre lo ilícito del divorcio. ¿No podría decirse otro tanto de San Pablo cuando, en su carta á los de Éfeso, describe los deberes recíprocos de los esposos y presenta al matrimonio cristiano como el símbolo de la unión de Cristo con la Iglesia?

B.—EL SISTEMA DE MR. MIVART JUSTIFICADO POR EL REVERENDO
P. LEROY

Los partidarios de la evolución restringida han podido parecer extraños á esos textos tan claramente refractarios á las nuevas teorías. Invitados á dar explicaciones sobre ellos, no han arriesgado ninguna hipótesis transformista referente á la creación de Eva.

De ahí el caso en que se hallan entonces de admitir que el cuerpo de la primera mujer es la obra *inmediata* y *exclusiva* de Dios, afirmando al propio tiempo que el cuerpo del primer hombre es el producto natural de las causas segundas.

El Rdo. P. Leroy, de la Orden de Santo Domingo, no ha retrocedido ante ese medio de conciliación absolutamente imprevisto. Su estudio sobre *La evolución de las especies orgánicas*, publicado en 1877, es una apología elocuente y convencida de las ideas transformistas. El

sabio religioso trata de hacer ver las razones que militan á favor de la ortodoxia de la evolución, así como las armonías que tiene con el relato bíblico.

Esa teoría, lejos de descansar tan solo sobre conjeturas imaginarias de pura fantasía, reúne, al contrario, á su parecer, todas las probabilidades. Los argumentos filosóficos y los teológicos militarían tanto á favor de la transmutación, como los datos fisiológicos y experimentales...

«En cuanto á la descendencia simia del hombre, de la que quisieron hacer responsable á la doctrina transformista, de ningún modo puede atribuírsela. Aunque no hubiera entre el cuerpo del hombre y el de los monos superiores una diferencia radical, quedaría siempre en la transcendencia del alma humana una barrera insuperable, separando el reino humano del reino animal, al hombre del bruto...» Sin embargo, «el cuerpo humano podría, en todo rigor, derivar de lo animal; pero nada prueba que así ha sucedido, y concibo perfectamente que se tenga empeño á favor de la formación inmediata de nuestra carne por la mano de Dios, como más conforme á nuestra dignidad, así como á los sentimientos de los santos Doctores».

En otro pasaje el autor parece hacer traición á sus preferencias. Que se defienda á esta formación inmediata, «tanto como se quiera y tanto como se prueba razonablemente; que se la defienda como una fortaleza avanzada, que es bueno conservar contra las usurpaciones del materialismo, ó como una opinión aún más conforme con el sentido de la Sagrada Escritura y de la Tradición, ¡en hora buena!; pero, en nombre del cielo, que no se forme con ella la ciudadela del espiritualismo, el complemento obligado de nuestra fe de cristianos... Á mi sentir, no existe más que un verdadero peligro, el de cerrar voluntariamente los ojos á la luz de la verdad, de cualquier

lado que ésta venga, ó de defenderla torpemente por aprehensión de sus consecuencias»¹.

En 1891, el P. Leroy publicó, bajo el título *La Evolución restringida á las especies orgánicas* («L'évolution restreinte aux espèces organiques») una nueva edición enteramente recopilada de su opúsculo, y los *Études Religieuses* hicieron de ella una crítica sumaria en el número de Noviembre del mismo año². El Rdo. P. Brucker, S. J., hostil al origen evolucionista del cuerpo del hombre, se permitió preguntar el parecer del autor sobre el argumento sacado del relato bíblico, relativo á la formación de la primera mujer.

El sabio dominico ha tenido la cortesía de decírselo en una correspondencia publicada por la *Ciencia Católica* en el mes de Febrero de 1892³.

El P. Leroy sustrae muy sencillamente el cuerpo de Eva á la ley, según él tan imperiosa y tan universal, de la evolución. Al hablar de la creación de la primera mujer, dice:

« El modo de proceder del Creador en este caso es distinto del que ha seguido para con Adán: esto es muy manifiesto. »

Como se comprenderá muy bien, estamos muy lejos de negar esta aserción.

La diferencia señalada es para nosotros el argumento más sólido á favor de la interpretación tradicional del relato de la creación de Adán. Era, pues, trabajo perdido el acumular para establecerlo y explicarlo, las reflexiones que la lectura del Génesis, de los Evangelios y de las Epístolas de San Pablo no pueden dejar de sugerir, y que ciertamente no habían pasado inadvertidas á los antievolucionistas.

1 Leroy, *L'évolution des espèces organiques*, 1887, páginas 197, 193, 34.

2 Brucker, Boletino escriturario, *Études Religieuses*, t. LV, 1891, pág. 491.

3 *Science Catholique*, Févr. 1892, pág. 246.

El carácter original y la significación simbólica de la creación de Eva están fuera de combate y es menester buscar el litigio en otro lugar.

«En el momento de la formación del primer hombre, dice el P. Brucker, ¿no había existido en el reino animal un cuerpo de sexo femenino tan apto para recibir un alma humana como lo había sido aquel donde Dios infundió el alma de Adán?»

«Ignoro—contesta el P. Leroy—si ese cuerpo de sexo femenino se hallaba ó no efectivamente entre los animales; pero de lo que no puedo dudar, es que si Dios ha obrado de otro modo, tenía razones para ello... Observemos, por otra parte, que mi contrincante se encuentra en el mismo caso que yo, es decir, en la necesidad de admitir una diferencia en el procedimiento, y por tanto de justificarla.

»Según su parecer, para hacer Adán, Dios había animado directamente el limo amasado por su mano; ¿por qué no hubiera obrado de la misma manera para con nuestra primera madre? ¿Ó es que la formación del cuerpo del hombre había agotado el precioso material? ¿Es dable creer que no quedaba aún bastante en el mundo para la confección de su compañera? Seguramente que no. Entonces, ¿para qué recurrir á la extracción de una costilla de Adán? Como se ve, la pregunta se dirige á él como á mí, y las mismas aplicaciones deben valer en una como en otra hipótesis.»

Quizá la réplica tenga sal. Desgraciadamente no salva más que las apariencias, y el nudo gordiano queda por deshacer.

Lo que desagrada en la teoría que combatimos, es que el P. Leroy, al tratar de dar su parte á las diferentes escuelas en presencia, recoge *arbitrariamente* con una mano lo que concede con la otra, exponiéndose á no contentar á nadie. Lo que desagrada es que para no chocar con violencia con las doctrinas católicas, tiene que conten-

tarse con aplicar la evolución al cuerpo de Adán y admitir para Eva el milagro tan *temido* de una formación inmediata. Lo que desagrada es que interpreta el relato de la creación de Eva en el sentido literal y natural, mientras que para la formación recurre á un sentido metafórico y forzado.

Una anomalía tan chocante, una inconsecuencia tan sorprendente, ¿está justificada cuando hay que quedarse limitado tan sólo en esbozar la cuestión y en demostrar un punto sobre el cual todo el mundo está de acuerdo, y es á saber, que Dios tenía excelentes razones para sacar del cuerpo de Adán el cuerpo de su compañera? No lo creemos. *Lo que hacía falta establecer es que el Creador ha querido formar á Eva con sus propias manos y abandonar la preparación del organismo de Adán á la acción de las causas segundas.*

El P. Leroy, no lo ha hecho. Parece que los principios del exégesis se oponen á ello. El contexto del Génesis evidencia en qué sentido Eva ha sido sacada del hombre. Su origen es inmediato: *De viro sumpta est*¹. Las palabras citadas por Moisés dan á entender la exclusión de cualquier intermediario y de una influencia cualquiera de los agentes naturales. El P. Leroy conviene en ello. Pues Dios al intimar al primer hombre la pena de su pecado, le recuerda su origen con términos idénticos: *De terra sumptus es*². El paralelismo de las dos expresiones en dos relatos paralelos, ¿no nos arrebató el derecho de dos interpretaciones absolutamente diversas? Tal es, por lo menos, el parecer del P. Knabenbauer³.

En las cuestiones del exégesis, á veces tan oscuras, la disposición del espíritu y las circunstancias de la controversia pueden, sin duda, á veces traer influencias so-

¹ Genes., II, 23.

² Ibid., III, 19.

³ *Stimmen aus Maria Laach*, 1877, pág. 127.

bre los escritores aun los mejor intencionados. Por lo tanto, conviene no apartarse de las ideas generalmente recibidas sobre un texto, sin dar cuenta y razón de las libertades que uno se toma.

Pero volvamos á Adán. Circunstancias especiales han llevado al P. Leroy á publicar algunas reflexiones complementarias relativas al origen de nuestra especie, en una carta al Director de la *Revista Thomista*, insertada en Septiembre de 1893. ' No las pasaremos en silencio, puesen tal caso el sabio religioso nos acusaría quizá de haber disfrazado su pensamiento y de no hacer caso de los principios fundamentales de la filosofía escolástica.

El autor se pregunta si nuestra humanidad es alguna suerte implicada en el movimiento general de la evolución. Para responder á las exigencias de los transformistas, ¿no sería posible concederles por lo menos la formación del *cuerpo* del hombre? Á esa pregunta, así formulada, contesta categóricamente: «No», y no una, sino varias veces. Mas no se equivoquen sobre el sentido de esta respuesta, tan clara en apariencia. Leemos en otro lugar:

«Si el cuerpo del hombre ha sido formado directamente por Dios mismo, ¿no sería posible admitir, sin embargo, que el *substratum* destinado á recibir el alma humana, y *llegar á ser*, por consiguiente, el cuerpo del hombre ó el organismo humano, pues es todo uno, no podría suponerse que este *substratum* es la obra de las causas segundas, y que ha sido preparado por la evolución, pero siempre bajo la acción del Creador?

»Sin que me constituya en apóstol de esta idea, me he aplicado, sin embargo, en hacer ver lo que pueda tener de plausible... No solamente no he rechazado la idea como temeraria, *sino que la he presentado como probable.*»

El P. Leroy recuerda después las razones que ha he-

1 *Revue Thomiste*. Sept. 1893, pág. 533.

cho valer; éstas son, sobre todo, el texto mismo del Génesis, la inutilidad aparente de las miríadas de tipos é individuos desaparecidos antes de la llegada del hombre, y el carácter ancestral supuesto de los órganos rudimentarios ¹.

Al terminar ruega á sus contradictores tengan en cuenta las distinciones escolásticas y no confundirán al *substratum*, que menciona y que no tiene nada de humano, no confundirán, digo, á ese *substratum* con el organismo humano, con el cuerpo del hombre. Y revolviéndose contra los redactores de los *Études Religieuses*, añade: «Si arguyen como acaban de hacerlo, que aplico la evolución también al organismo humano, es calumnia pura, no digo malévola, pero en sí es una calumnia absolutamente gratuita. ¿Qué dirían nuestros sabios redactores, partidarios, sin duda, de la clásica estatua de arcilla ²; qué dirían si los acusase de hacer derivar el cuerpo del hombre del limo de la tierra? Se sorprenderían y estarían en su derecho al decir: la arcilla no se ha vuelto carne humana más que después que Dios le infundió el alma. Que me sea permitido decir otro tanto de mi *substatum*, y acabaremos por estar de acuerdo ³.

Las sutilezas del P. Leroy prueban la flexibilidad de su espíritu; pero se reducen á un juego de palabras y no afectan de ningún modo lo substancial de su sistema. Libre de las *explicaciones* por medio de las cuales se esfuerza en justificarla, la tesis del docto religioso se resume muy bien con la proposición siguiente:

Es probable que Dios, al crear á Adán, no ha trabajado sobre materias terrosas, sino que, por la sola infusión del alma razonable, ha transformado en hombre á un animal antropomorfo traído por la evolución y bajo

1 Véase el Apéndice, nota V.

2 *Revue Thomiste*, Sept., 1893, pag. 533.

3 Véase el Apéndice, nota VI.

la conducta de la Providencia al punto más próximo posible de la humanidad.

Es, sin ningún género de duda, la tesis misma del profesor Mivart. No pensamos defenderla. El lector ya sabe por qué razones; á éstas podríamos agregar otras. Dicha tesis es gratuita, porque no descansa sobre ningún dato serio; es poco satisfactoria, porque no suprime la necesidad de admitir al milagro, *siquiera para la formación de Adán*; es anticientífica, porque va al encuentro de los principios fundamentales del darwinismo, sobre el cual pretenden apoyarla. Oigamos todavía á un crítico más autorizado, cuya amplitud de criterio y alta competencia el P. Leroy no podría negar: al Cardenal González, de la Orden también de Santo Domingo.

En su obra soberbia *La Biblia y la Ciencia*, leemos:

«Ateniéndose á las reglas generales de la hermenéutica y á una exégesis racional, fuerza es admitir que la narración bíblica entraña el sentido de que Dios, al crear el primer hombre, lo hizo comunicando al polvo la forma de hombre, tanto más cuanto que el texto hebraico, en vez de decir, como la Vulgata, *Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae*, dice: *Formavit Dominus Deus hominem pulverem de terra*; ese giro parece significar, traduciendo la intención de Moisés, que el polvo fué la materia elegida para la acción formadora de Dios'.»

Desde el punto de vista filosófico y científico, el sabio escritor manifiesta viva repugnancia en admitir el papel que el sistema de Mr. Mivart atribuye á nuestros antepasados inmediatos. Si ese sistema es cierto, menester será decir que el macho y la hembra que han engendrado el animal antropomorfo destinado á ser hombre, han contribuido á la producción de Adán en las mismas proporciones que los padres humanos concurren á la generación de

1 Card. González, *La Biblia y la Ciencia*, t. I, 2.ª ed., Sevilla, 1892, pág. 508.

sus hijos. En uno y otro caso, la acción de los procreadores se limita, según la enseñanza de Santo Tomás ¹, á pre-disponer la materia á la recepción del alma razonable. Nuestros dos antepasados inmediatos podrían, en todo rigor, llamarse los *parientes* del primer hombre ².

La teoría de Mr. Mivart, no bien precisada por su autor, puede, en verdad, ser entendida de modo más suave. Diríase notablemente que Dios utilizó para formar el cuerpo de Adán, no el polvo inerte del suelo, sino un cuerpo ya organizado, aunque no teniendo todavía la perfección anatómica requerida para la introducción de un alma razonable; Dios habría dado luego á ese cuerpo la última mano, exigida imperiosamente para que pudiese formar con el alma el todo tan perfecto y tan armonioso del compuesto humano ³.

Según el elevado criterio del Cardenal González, esa interpretación se aparta menos de la narración mosaica, salva la acción directa é inmediata de Dios en la formación del cuerpo de Adán, parece tener bastante conformidad con las ideas de San Agustín y de Santo Tomás sobre el origen primero y la reproducción de los animales y plantas; pero—no titubeamos en hacerlo observar—deja intactas las principales razones que hemos hecho valer á favor de la interpretación literal del relato de Moisés.

Al rechazar, aun bajo la forma más moderada, la opinión de Mr. Mivart y del Rdo. P. Leroy, reconocemos con gusto que el sabio dominico cita, al frente de su obra, testimonios de aprobación muy dignos y capaces de darle ánimo.

En primer término una carta de Mr. de Lapparent,

1 *Homo generat sibi simile, in quantum per virtutem seminis ejus disponitur materia ad susceptionem talis formae.* (S. Thom., 2.^a 2.^{ae}, q. 118, a. 2 ad 4.)

2 *La Biblia y la Ciencia*, pág. 150.

3 *Ibid*, pág. 512.

profesor de Geología en la Facultad católica de París:

«He creído siempre—dice—que se hacía mal de poner frente á la evolución una actitud resueltamente agresiva... Hay ideas á las cuales es preciso acostumbrarse, porque parece que el porvenir les pertenece. Pronunciarse en ese sentido en nombre de un grupo de personas cuya ortodoxia no podría ser dudosa, es, á mi sentir, prestar servicio y hacer acto de previsión.»

Luego viene una apreciación no menos halagüeña del Rdo. P. Monsabré. He aquí los únicos pasajes que se refieren, más ó menos, á la discusión presente:

«He leído vuestro trabajo sobre *La evolución de las especies*, y creo, con Mr. de Lapparent, que será útil publicarlo. Ya sé que hay espíritus á quien esa teoría horripila, porque choca con violencia á ciertos partidos científicos ya tomados, de esos cuyo sacrificio cuesta el deshacerse, ó bien porque se imaginan, sin razón, que no es posible ser evolucionista sin caer fatalmente en el materialismo...

»... Por medio de reservas muy sabias habéis precavido y evitado abusos que pueden cometerse con la teoría evolucionista.

»Resulta de vuestro trabajo que esa teoría... lejos de comprometer la creencia ortodoxa de la acción creadora de Dios, reduce esa acción á un número reducido de actos trascendentales, más conformes con la unidad del plan divino y con la infinita sabiduría del Ser todopoderoso que sabe usar con orden de las causas segundas para llegar á sus fines.

»El texto de nuestra Biblia no se opone á vuestros demostraciones: hay, por lo contrario, tales palabras que las justifican. Puede uno no ser de vuestra opinión, puesto que se trata de una simple opinión; mas no veo en qué se podría acusar á vuestra ortodoxia ¹.»

1 Véase el Apéndice, nota VII.

En fin, el *imprimatur* oficial, concedido por la censura ordinaria de la orden, sirve, por así decirlo, de sello á las dos adhesiones oficiosas que preceden.

Así, pues, lejos de nosotros está la pretensión de juzgar el sistema de Mr. Mivart y de sus partidarios desde el punto de vista de sus relaciones con la fe cristiana. El Cardenal, cuyas ideas nos honramos compartir, da el ejemplo de esta reserva cuando dice:

«No seré yo quien se permita calificar con nota alguna desfavorable la opinión del teólogo inglés, mientras que sea respetada ó tolerada al menos por la Iglesia, único juez competente para fijar y calificar las aseveraciones teológico-dogmáticas, y para decidir acerca de su compatibilidad ó de su incompatibilidad con la Sagrada Escritura ¹.»

Como lo declaraba no ha mucho el Rdo. P. Corluy, S. J., á propósito de una discusión análoga, «hay que llevar la escrupulosidad hasta el extremo límite, cuando se quiere, *en nombre de la ortodoxia*, cerrar el paso á unas ideas que reclaman ver la luz en nombre de la ciencia ².»

Resumiremos. El papel que el Rdo. P. Leroy atribuye á la Providencia en los fenómenos de la evolución, mantiene la intervención *especial* de Dios en la formación del cuerpo de Adán.

Hase preguntado si la Sagrada Escritura exige aún más. La concepción escolástica del compuesto humano permitiría hasta conservar de cierto modo su acción *inmediata*: «El alma humana—dícese—creada especialmente por Dios para este cuerpo, es su forma substancial en el sentido escolástico y católico de la palabra; ella es, en efecto, quien le amolda, de cierto modo, á su imagen y semejanza, y hace verdaderamente con él un cuerpo hu-

1 González, *La Biblia y la Ciencia*, tomo I, pág. 508.

2 Corluy, *Boletino escrituario*. Respuesta al P. Brucker á propósito de la universalidad del diluvio, *La Science Catholique*, 1887, tomo IV, pág. 245.



mano, sea cual fuere, por otra parte, el *substratum* destinado de antemano para recibirlo ^{1.}»

En cuanto á los dogmas que tienen conexi3n íntima con la creaci3n de Eva, tienen su salvaguardia en su integridad, pero gracias tan sólo á una falta de orden en el sistema.

Nuestro parecer es que el P. Leroy lleva su idea favorita mucho más allá de los límites necesarios. En la cuesti3n de los orígenes de la humanidad, es por demás lo que se adelanta sobre la ciencia de su siglo; olvida que todos los descubrimientos de la paleontología y de la etnografía modernas, se revuelven *cada vez más* contra el darwinismo antropológico, y que varios sabios, por completo adictos al materialismo, repiten, tocante á ese problema, el famoso *ignorabimus* tan desalentado de Du Bois-Reymond. En fin, y sobre todo, el sabio dominico abusa, para su defensa, de la teoría escolástica sobre el compuesto humano. No podemos sincerarnos de que Santo Tomás hubiera *suscrito* á sus *explicaciones*, por lo menos muy amaneradas. Sin duda ninguna, Claparède le hubiese calificado de *niño terrible de la Escuela*. En definitiva, ¿por qué demostrar tanto apresuramiento para defender, en nombre de la ciencia, si no como cierta, al menos como probable, una conjetura fantástica que la misma ciencia está lejos de justificar, sobre todo cuando los materialistas serios y sinceros no exponen ya la hipótesis de nuestro origen animal, sino con timidez, por la necesidad en que se hallan de negar sistemáticamente al Creador, y á falta de otra teoría que puedan aceptar sin traicionar su causa?

Ciertamente las ideas van al paso de los descubrimientos, y los siglos venideros verán quizá el triunfo del sistema cuya falta de pruebas y su misma insuficiencia obli-

¹ La Science catholique, 1892, tomo VI, pág. 245.

gan á desechar hoy. Muy temerario sería, sin embargo, anunciarle destinos tan brillantes. Nos consideraríamos dichosos al ser desmentidos por el acontecimiento; pero en sentir nuestro, el modo de la aparición del hombre en este mundo se quedará siempre como problema científicamente insoluble ¹.

¹ Véase el apéndice, nota VII.





CAPITULO V

El hombre mono y nuestros sabios.

1.—CONFESIONES DE VOGT Y DE VICHOW

Los desenvolvimientos recientes de la arqueología prehistórica, de la anatomía y de la fisiología comparadas han puesto á la luz una multitud de interesantísimos hechos. Lejos de derrocar á la doctrina espiritualista en lo relativo al papel de Dios en la naturaleza, los nuevos datos le suministran un sistema de defensa tanto más seguro cuanto que con frecuencia son fruto de trabajos emprendidos para combatirla. Ni las tendencias progresistas de Virchow, ni el partido antirreligioso que ha tomado Huxley, ni el criticismo afectado de Vogt, ni el dogmatismo sectario de Haeckel, ni el mismo genio deslumbrador de Darwin han adelantado la solución del problema antropológico en el sentido materialista y ateo.

En 1892, el profesor Virchow, de Berlín, lo declaró sin ambages en el Congreso Internacional de Moscou.

«En la cuestión del hombre—dice—hemos sido rechazados en toda la línea.

»Todas las investigaciones emprendidas con el objeto

de encontrar la continuidad en el desarrollo progresivo han sido sin resultado. El *Proanthropos* no existe, no hay hombre-mono; el anillo de conjunción queda siempre un mito ¹.»

Carl Vogt no deja tampoco lugar al equívoco. Según parecer suyo, la derrota es completa: No tendrá remedio si no se recurre al fin á un cambio de método, y si no se renuncia á las generalizaciones temerarias que las observaciones no dejan de desmentir. He aquí todo su pensamiento :

«En esas investigaciones del mayor interés, tenemos que recurrir siempre, no á exhibiciones generales, con las que se ha agitado al mundo, pero á indagaciones especiales que tienen por objeto los hechos, y además de estar limitadas á unos pocos casos y esos aún circunscritos, deben con la mayor circunspección entrar en los detalles más mínimos en apariencia. De este modo quizá se resuelvan, usando de una paciencia á toda prueba, algunas de las cuestiones pendientes; y si no se consigue, vale más confesar el inéxito, que esforzarse en rellenar los vacíos con un barro que algunos chaparrones bastarán para convertir en cieno y deshacerlo todo ².

Nada tenemos que añadir á unas declaraciones tan poco sospechosas. Igualmente recomendables por su valor profundo. Virchow y Vogt, además, están al abrigo de toda sombra de espiritualismo.

A pesar de treinta años de esfuerzos, aun la escuela religiosa está en buscar el campo de los futuros combates y de las indagaciones antropológicas. ¿Cómo no recordar con este motivo las predicciones que un sabio ha formulado, desde el origen de la controversia hasta el último día de su vida, un sabio á quien los hombres de todos los partidos han rendido los homenajes más sinceros?

¹ *Revue Scientifique*, 1892, tomo I, pág. 591.

² Vogt, «Dogmes dans la Science», *Rev. Scientif.*, 1891, tomo XLVIII, pág. 79.

Era en 1870. Darwin aún no había publicado su obra sobre *La Descendencia del Hombre*; pero ya el público sacaba la conclusión de las primicias puestas en el tratado fundamental sobre *El origen de las especies*, y había hecho del hombre el nieto ó por lo menos el *primo* del mono. En su libro sobre *Carlos Darwin*, de Quatrefages pensó tener que corregir lo que le parecía una equivocación, observando que el sabio inglés apenas si había hecho dos ó tres alusiones muy indirectas á la posibilidad de aplicar sus ideas generales al especial problema de los orígenes de la humanidad, y añadió :

«Si alguna vez Darwin tratase ese problema con alguna extensión, saliéndose de lo indeterminado que tal asunto no consiente, puede desde luego contarse con un trabajo curioso, donde abundarán las pruebas de un inmenso saber y de una de las más penetrantes inteligencias. Pero ya puede estarse seguro que el maestro no lo logrará, como tampoco sus discípulos; para Darwin, lo mismo que para Vogt, y por las mismas razones, todo ese esfuerzo sostenido con las hipótesis más ingeniosas, no dará otra cosa que *lo desconocido* ¹.

En nuestros días, á muchos pensadores, sin tanto desesperar de los recursos de la ciencia, no se les oculta ya que el evolucionismo radical é ilimitado está lejos de haber detronizado las antiguas doctrinas espiritualistas sobre los orígenes del mundo y del hombre. Por otra parte, la insuficiencia de una teoría mecánica ha salido á plena luz, en particular por los trabajos de Mr. Weismann. Ha sido confesado por aquellos mismos que han puesto más empeño en denunciar el obscurantismo de los católicos y en ensalzar la soberanía absoluta y exclusiva del método experimental. El hecho es notable, y nos creemos en el caso de señalarlo antes de concluir.

¹ De Quatrefages, *Charles Darwin et ses précurseurs français*, 1870, pág 372.

2.—LA EVOLUCIÓN EN LA ASOCIACIÓN BRITÁNICA
Y EL DISCURSO DE LORD SALISBURY

En el mes de Agosto de 1894, la Asociación británica para el adelanto de las ciencias celebraba sus sesiones anuales en Oxford. A título de Canciller de la célebre Universidad de esa villa, lord Salisbury, el *leader* de los conservadores ingleses, ocupaba el sillón presidencial. Pronunció el discurso inaugural. Con una competencia y una lógica que sería muy difícil coger en flagrante error el ilustre hombre de Estado hizo resaltar la importancia de la ciencia contemporánea en frente de los problemas fundamentales de la constitución de la materia y del origen de la vida.

Sigue la marcha de las ideas desde el advenimiento de las teorías evolucionistas.—En otro tiempo—dice—se las creía peligrosas desde el punto de vista religioso.—Lo serían, quizá, si se tomasen á ciertas fantasmas por realidades. Lo serían si estuviese probado que ciencia y evolución atea se confunden y que ciencia y religión son incompatibles.—«En la actualidad—prosigue el orador—pocos hombres creen que las cuestiones religiosas dependen del resultado de las investigaciones científicas; pocos hombres, cualesquiera que sean sus convicciones, piensan en encontrar sus conocimientos geológicos en los libros de su religión; pocos hombres se imaginan que el laboratorio ó el microscopio puedan servir para adivinar los enigmas referentes á la naturaleza y al destino del alma humana.

» Vivimos en un oasis soberbio, pero escaso en ciencia y rodeado por todas partes de regiones inexploradas, de insondables misterios ' . »

1 *Nature*, vol. 1, 9 Aug., 1894, pág. 340.

El sabio moderno sin duda ha descubierto secretos inapreciables; pero ¿qué sabe sobre el origen de la vida, de las fases sucesivas por donde ha pasado? Desde el punto de vista de los hechos, el darwinismo tropieza con dificultades capitales: la extensión inverosímil de las épocas geológicas requerida para la lenta transformación de las especies, y la insuficiencia manifiesta de la selección natural como principio de las variaciones.

Demasiado extenso sería seguir al orador en el desarrollo de esa doble tesis; mas creemos útil citar íntegramente la conclusión magistral:

«Un gran peligro amenaza á la ciencia en la actualidad: es la tendencia en reemplazar la ciencia por puras conjeturas, en nombre de la misma ciencia, y en no confesar nunca con lealtad que, para ciertos puntos, la certidumbre científica no existe, y es difícil, si no imposible, adquirirla.»

«Aceptamos la selección natural—escribe el profesor Weismann—porque estamos forzados á ello, porque no concebimos otra explicación posible.»

Como hombre político conozco perfectamente este argumento. En las asambleas deliberantes se dice á veces que un proyecto «holds the field» debe y tiene que ser votado por no ver otra salida. Este modo de razonamiento puede á veces tener valor en política: — acontece que sea menester, á pesar de las óbjecciones, adoptar una opinión;—pero en las ciencias está por completo fuera de lugar. Nada nos impone la obligación de encontrar una teoría si los hechos se niegan á sugerirnos una que tenga solidez. La confesión de nuestra ignorancia será siempre la única respuesta razonable á los enigmas que la naturaleza nos propone. Sombrío velo nos oculta los secretos del desarrollo, y, más aún, el origen de la vida. Si forzamos la visual para escudriñar en ese velo, con la idea preconcebida de que una solución debe estar á nuestro

alcance, entonces tomamos por descubrimiento á las ficciones de nuestra propia imaginación. El profesor Weismann da aún otra razón de su fe en la selección natural, y, sin ningún género de duda, caracteriza á la perfección la época en que vivimos. «No se concibe—dice—otro principio capaz de explicar el desarrollo progresivo de los organismos que no implique una dirección inteligente.» Seguramente grandes cambios se verifican en las ideas con el tiempo. Hubo una época, y no está aún muy lejos, en que la fe, en un plan creador, era soberana, resultando que los que la atacaron por su base, tenían costumbre de rendirla formal homenaje, por temor de que, al negarla, se rebelase la conciencia pública. Hoy ha habido una revolución completa: un gran filósofo emplea la suposición de una intervención inteligente como una *reducción á lo absurdo*; prefiere dar su asentimiento á una cosa que no se puede demostrar ni concebir, antes que de incurrir, en cierto modo, en la reconvencción de semejante herejía.

Por mi parte, acepto sin reserva la alternativa propuesta por el profesor Weisman, á saber, que si la selección natural está descartada, tenemos que volver forzosamente á la influencia mediata ó inmediata de un principio director. Este modo de ver no hallará crédito en Oxford, por lo menos, ni siquiera entre los sabios de ese país, aunque Weismann eche adelante algunos nombres para apoyar sus ideas. Siéntome inclinado á creer que las dificultades, cada vez más numerosas, contra la teoría mecánica, debilitarán aún la influencia que había adquirido.

Pero, en materia tan sutil, prefiero escudarme con la autoridad de lord Kelvin, el más grande de los maestros que poseemos entre todos, y tomar como conclusión las notables palabras con las cuales, desde lo alto de este púlpito, daba término á su discurso hace más de veinte años:

«Siempre he creído—decía—que la hipótesis de la selección natural no encierra la verdadera teoría de la evolución, si al menos existe tal evolución en biología... Estoy profundamente convencido de que la idea de un plan director ha sido abandonada por demás en los recientes cálculos sobre el terreno de la zoología. Pruebas de la mayor fuerza, á favor de un principio inteligente y bienhechor, nos rodean por todas partes. Los prejuicios filosóficos ó científicos pueden absorber nuestra atención durante cierto tiempo; mas estas pruebas se vuelven á presentar bien pronto con un imperio irresistible; nos evidencian, al través de la naturaleza, la influencia de una voluntad libre; nos ponen de manifiesto la dependencia de todo ser viviente, de un Creador eterno y de un monarca soberano.»

Estas nobilísimas palabras, plenamente justificadas por la historia contemporánea de la ciencia habían sobrepujado la medida y provocaron del otro lado de la Mancha una polémica apasionada. En la misma sesión, el profesor Huxley empezó por abrir el fuego de la crítica. Había que dar las gracias al Presidente, conforme al uso establecido y todos pidieron á Huxley se las dirigiera.

En la sesión de apertura dijo en tono de crítica es admitido enaltecer y no enterrar al orador; pero en las secciones donde se discuten las ramas particulares de la ciencia, ha prevalecido una costumbre muy diferente. No es un entierro vulgar, sino la cremación mutua la que es de regla. Presentado á la sección de Biología, el mensaje del Sr. Presidente hubiera ofrecido para la cremación materiales ricos y excelentes ¹.

Lo cierto es que en dicha sección, el profesor Osborn habló de los principios de las variaciones progresivas observadas en las series fósiles; concluyó que es de toda

¹ *The month*, Oct. 1894, pág. 155.

necesidad hacer un análisis sistemático de las formas paleontológicas y proceder á indagaciones ulteriores sobre la variación, no menos que suspender el juicio sobre los factores de la evolución.

Según sus opiniones, el principio exclusivo de la selección natural está en desacuerdo con los hechos y queda por descubrir un principio desconocido de *mecánica teleológica*¹. Es la propia conclusión de lord Kelvin y de lord Salisbury. Los sabios que hablan como ellos forman hoy legión. Huxley, en particular, haría mal, seguramente, al no convenir en ello. Para no dar su brazo á torcer, como suele decirse, critica á sus contradictores, observando que problemas como el de las causas de las variaciones orgánicas, no podrían, al sentir de un biólogo competente, ser resueltos por completo en el espacio de treinta y cinco años.

Desde el Congreso de Oxford, Huxley ha tenido tiempo de reflexionar. Con todo, parece que ha olvidado el sangriento desafío que llevó á lord Salisbury en su respuesta al discurso presidencial; sin embargo, ¡no ha sido porque el «horno crematorio» le haya hecho falta!

El 1.º de Noviembre de 1894, la revista inglesa *Nature*, á los veinticinco años de existencia, empezaba una nueva serie con una especie de artículo-prefacio pedido especialmente á Huxley para el tomo LI. ¡Qué ocasión tan soberbia para la revancha!

Pero no, el artículo resultó pálido, sin carácter de actualidad, á pesar de su título *Present and Past* (Lo presente y lo pasado), á pesar del asunto, ¡que ciertamente no estaba hecho para distraer al autor de sus teorías favoritas!

El célebre anatómico se limita á mencionar las conquistas sucesivas de la paleontología. Estas establecen á

¹ *Nature*, vol. L, 30 Aug. 1894, pág. 435.

sus ojos, y en término perentorio, el hecho del origen de las especies por la evolución. La naturaleza de los factores fisiológicos á los que la evolución es debida, queda sólo como materia discutible. No se ve ninguna idea nueva. Cita el discurso de lord Salisbury, pero no se divisa ni una palabra que ordene una retractación. Su convicción propia no se resiente en nada, y su pluma consiente una nueva profesión de fe al *darwinismo* y á la selección natural.

¡Retirada humillante y forzosa!

Y además, ¿con qué derecho el profesor Huxley reconvendría al eminente hombre de Estado por la confesión de su ignorancia, puesto que él mismo ha dicho «lo conocido es muy limitado, lo desconocido no tiene límites? Desde el punto de vista intelectual nos encontramos como en una isla, en medio de un inmenso océano de misterios. Nuestra misión, el papel de cada generación es conquistar algo más terreno firme y añadir algo á la extensión y á la estabilidad de nuestras conquistas¹.»

¿Podría negar, si acaso, esa frase que le aplasta cada vez más?

Como se ve, la broma de mal gusto que el profesor Huxley se permitió dar con ocasión de la felicitación del Canciller, no era más que la expresión del desacierto. La continuación de su réplica no estuvo menos fuera de lugar. Con una falta de lógica que no hubiera tolerado en un contrincante, se esfuerza en probar que lord Salisbury se había pronunciado á favor del evolucionismo, puesto que abandonaba la antigua doctrina de la inmutabilidad de las especies, como si toda idea de evolución restringida se identificase con la exagerada tesis de la escuela haekeliana.

Sin duda alguna, los miembros de la asociación espe-

1 *Huxley life of Darwin*, tomo II, pág. 204. (Huxley, *Vida de Darwin*, tomo II, pág. 204.)

raban más solidez en el fondo y más cortesía en la forma. Hay que decir también que la respuesta de Huxley estuvo moderada en comparación de las violencias de lenguaje que se produjeron en la prensa hostil á la persona ó á las convicciones de lord Salisbury. Por ejemplo, en artículo de la *Fortnightly Review*¹, bajo el sugestivo título de *Politics and science* (Los políticos y la ciencia), el profesor Harl Pearson da á entender que el partido conservador se habría constituido con el antievolucionismo una especie de plataforma política. No cabe detenerse en insinuaciones pueriles, pero sí dan el valor exacto de todo el artículo. Desde el principio hasta el fin, no son más que dichos callejeros indignos de un escritor que sabe respetar á sus lectores. Como es consiguiente, el fondo de la verdadera cuestión se ha quedado en la mayor sombra, cuidando mucho de no mentarlo para nada. La prensa inglesa ha justificado este aserto.

El origen del hombre según los Sres. Brunetière y Richet.

Las revistas inglesas comentaban aún el incidente de Oxford, cuando en Francia se promovió una polémica análoga, igualmente instructiva para los pensadores y muy apropiada para afianzar las convicciones que la ola tumultuosa del racionalismo contemporáneo hubiera hecho vacilar.

Monsieur Ferdinand Brunetière, de la Academia francesa, es uno de los más famosos críticos del día. Erudición literaria prodigiosa, tendencia á juzgarlo todo, dialéctica vehemente y con frecuencia apasionada, tono doctrinal y terminante, censura satírica, severidad desapiadada para las medianías, franqueza sin medida ni cálculo... esta mezcolanza bizarra de cualidades y de afectos da á

¹ Revista quincenal, op. cit., Septiembre 1894, págs. 334-351.

sus escritos un carácter personal que le ha hecho popular. El Sr. de Brunetière hace profesión pública de incredulidad. Para resarcirse de esa vida de sentido moral tan hueco y tan vacío, se entrega á dos clases de entretenimiento: al esfuerzo moral considerado en sí mismo é independientemente de toda sanción, y al razonamiento ¹.

Dios nos libre de prestar nuestra conformidad á todas sus ideas. Sin embargo, es un campo donde pueden recogerse algunas buenas espigas.

Con motivo de una visita al Vaticano Mons. de Brunetière publica en la *Revista de Ambos Mundos*, en 1.º de Enero 93, un artículo de sensación, cuya tesis fundamental es la siguiente: Las ciencias nos han enseñado muchas cosas, pero ninguna de aquellas que esperábamos de sus adelantos.

Después, y siguiendo el desenvolvimiento de su artículo, se chancea bonitamente de la ridícula suficiencia y de la miserable derrota sufrida por algunos espíritus fuertes que pomposamente habían anunciado una revolución general por la ciencia.

Renán ha dicho: «Organizad científicamente al mundo, tal es la última palabra de la ciencia moderna, tal es su ambiciosa pero legítima pretensión. Estas son promesas que van más allá que la ambición del químico y físico.

Según el parecer de Mr. Brunetière y según sus propias expresiones, la ciencia «ha hecho quiebra» en cuanto á sus promesas. Semejante aserción es por demás sangrienta y capital. Veamos ahora el acto de acusación y las piezas del proceso.

«Las ciencias físico-naturales, nos habían prometido, como un hecho, la supresión del misterio.» Resultando que no solamente no le han suprimido, sino que estamos

1. *L'Université Catholique de Lyon*, 15 Janvier, 1895, pág. 81.

viendo hoy, con toda claridad, que nunca lo pondrán en claro.

Son importantes, no digo para resolver, sino para plantear convenientemente las cuestiones que importan. Son ellas, precisamente, las que tocan al origen del hombre, á la ley de su conducta y á su destino futuro. Lo desconocido nos rodea, nos envuelve, nos estrecha, y no podemos sacar de las leyes de la física ó de los resultados de la fisiología ningún medio para conocer algo. Admiro, tanto como pueda nadie admirarlos, los inmortales trabajos de Darwin, y cuando se compara la influencia de su doctrina á la de los descubrimientos de Newton, suscribo de buena gana por la primera. Pero, ¿y qué? Para descender del mono — ó bien el mono y nosotros de un antepasado común, — ¿estamos, por eso más adelantados? ¿Y qué sabemos sobre la verdadera cuestión de nuestros orígenes?

«En la hipótesis mosaica de la creación—dice Haeckel—dos de las más importantes proposiciones fundamentales de la teoría de la evolución se nos presentan con una claridad y una facilidad sorprendentes.» Pero además, añadiremos nosotros: «La hipótesis mosaica de la creación, nos da una respuesta á la pregunta de saber *de donde venimos*, y la teoría de la evolución, no nos la dará jamás.» Ni la *antropología*, ni la *etnografía*, así como la *lingüística*, nunca nos darán la respuesta á la pregunta de saber *lo que somos*; ¿pero podrán sostener que no nos hayan hecho nunca esa promesa?

Demasiado fácil sería el probar que nunca se han propuesto este objeto.

«Muy convencido estoy—ha dicho Renán—que existe una ciencia sobre los orígenes de la humanidad, la que será establecida algún día, no en teoría abstracta, sino por *indagatoria científica*... ¿Dónde está la vida humana que, en el actual estado de la ciencia, bastase para explo-

rar todos los aspectos de este interesante y único problema?... Y si aún no se ha resuelto, *¿cómo puede decirse que se conoce al hombre y á la humanidad?* ¹»

Pero podemos estar seguros hoy que las ciencias naturales no nos lo dirán. Lo que somos, á título de animales, podrán decirlo quizá, pero no nos dirán lo que somos como hombres. ¿Cuál es el origen del lenguaje? ¿Cuál es el de la sociedad? ¿Cuál el de la moralidad? En este siglo, todo el que haya tratado de decirlo, ha tropezado con lo imposible, porque no pudiendo concebir al hombre sin la moralidad, sin el lenguaje ó aun sin sociedad, los mismos elementos de su definición son los que escapan á la competencia, á los métodos, al poder mismo de la ciencia. En vista de ese aserto no necesito decir que las ciencias naturales nunca decidirán la cuestión de saber *dónde vamos*. ¿Qué nos han enseñado la anatomía y la fisiología sobre nuestro destino? ¿No es, en efecto, su destino el que determina la verdadera naturaleza de un ser? Pero sus indagaciones y sus descubrimientos—cuyo interés no desconozco—finalmente, no han contribuído sino para arraigarnos más á la vida, y esto parece, á la verdad, el colmo de la sinrazón en un ser que debe morir.

Mr. de Brunetière sigue discutiendo luego los resultados generales de las pesquisas filosóficas é históricas. Dice:

«Si no son quiebras totales, son por lo menos derrotas parciales», y fácil es concebir por qué se ha conmovido todo el crédito de la ciencia.

«¿Quién ha podido pronunciar, pues, esta palabra imprudente, que la ciencia no valía más que mientras podía buscar lo que la Religión pretende enseñar?» Y esta otra: «Que la ciencia no ha empezado verdaderamente más que el día en que la razón lo ha tomado por lo serio

1 Oj. cit., pág. 163.



diciéndose á sí misma: Todo es defección para mí, de mí sola espero mi salvación.»

«Callaros, razón imbécil—hubiera sin duda contestado Pascal,—y en verdad, no podemos decir lo que sobre ese particular habrá dentro de cien, mil ó dos mil años; pero por el momento, y para mucho tiempo todavía, parece que la razón sea ella misma impotente para deshacerse de sus dudas, estando lejos, por lo tanto, de poder realizar su salvación por sí misma, y si es cierto que desde hace cien años la ciencia haya pretendido reemplazar á la Religión, no es menos cierto que por ahora y para mucho tiempo la primera ha perdido la partida...» La evolución (de las ideas) se produce, y ya empezamos á discernir algunos de sus efectos. Dos palabras bastan para resumirlos: *la ciencia* ha perdido su prestigio y la Religión ha reconquistado parte del suyo ¹.

El 12 de Enero de 1895, apenas algunos días después de la publicación de esas líneas provocadoras, la *Revista Científica de París*, daba al frente de su publicación un articulado firmado Charles Richet. Sólo el título *La ciencia ha fallido* anunciaba una respuesta á Mr. Brunetière.

¿No podía el lector en este caso prometerse una argumentación ceñida, una refutación sin réplica de parte de la sabia incredulidad? Pero ¡ay de mí! Mr. Richet nada nuevo pudo decirle y menos enseñarle. O quizá me equivoque. Le enseñará que los sabios — ¿se trata, sin duda, de Haeckel, Bogt y Huxley?—tienen, entre otras pretensiones, la de ser modestos. Le dirá que si la impía ciencia no hubiese acabado por suplantar á la Religión, «estaríamos aún en tiempos de los santos ermitaños que predicaban las cruzadas, ó quizá aún en la edad llamada de piedra.» Le enseñará que la Religión nada ha hecho para el progreso material de la humanidad, y que no tiene re-

¹ «Después de una visita al Vaticano,» *Revista de Ambos Mundos*, t. CXXVII, 1.º Enero 1895, pág. 99-105.

laciones con todas las actividades humanas contemporáneas sino para contrariarlas y aprovecharse de ellas siempre. Le enseñará, sobre todo, «que todas las conquistas de la ciencia forman parte integral de nuestra civilización actual, tanto es así, cuanto que constituyen nuestra moral.» ¡No dejará de decirle que el estado moral de la humanidad ha sido renovado por la industria!

¡Realmente—y razón tiene para decirlo muy alto—al Sr. de Richet, así como al Sr. de Brunetièrre, no les gustan las trivialidades! Pero, si esos lugares comunes no son de su agrado, ¿para qué reproducir todos esos antiguos *clichés* de la fantasmagoría antirreligiosa, tales como el proceso de Galileo, las draconianas, las San Bartolomeo y la Inquisición?

Muy interesante sería despojar de sus galas oratorias á ese artículo, de las que Mr. Richet se muestra tan avaro en su dialéctica ordinaria. Entonces es muy probable que se notase lo mucho que suena á hueco, como acontece con el tonel vacío del poeta.

Mas no salgamos de nuestro asunto y contentémonos con tomar acta de las declaraciones hechas por el mismo Mr. Richet en lo tocante á los orígenes de la humanidad.

«Pues bien—dice,—la solución que la Iglesia católica da á semejante problema no es realmente seria. Y creo que los relatos sobre Adán y Eva, el paraíso terrenal, la manzana y la serpiente tentadora, pueden ser considerados, hasta por excelentes católicos, más bien como leyendas venerables que como realidades históricas.

»Resulta, pues, muy felizmente que no es la ciencia la que ha *perdido la partida*. Si fuese menester poner la pregunta sobre este punto: ¿Cuál es el origen del hombre? y comparar la solución que se encuentra en el primer capítulo del Génesis con la hipótesis que resulta de las indagaciones científicas ¿cuál es la solución que más pro-

babilidades reune de veracidad, y quién, entonces, ha perdido la partida?

»Sin embargo, hay que confesarlo; aun en el caso de que la ciencia llegase á probar con más rigor todavía que el origen del lenguaje está en los gritos de los animales, que el origen de las sociedades está en las sociedades animales, aun en ese caso no habría hecho más que alejar la dificultad. Entonces habría explicado el cómo, pero no el porqué. ¿Por qué existe una evolución? ¿Por qué seres humanos? ¿Por qué la vida sobre la tierra? ¿Por qué tal ó cuál sentido hacia la evolución de esta vida? ¿Cuál es el fin y cuál el destino futuro? Aquí es donde lo desconocido aparece y donde tocamos á los límites de la ciencia. Quizá algún día se aleje algo más el problema; de todos modos, lo que es cierto es que no lo resolveremos por completo. Sí, por desgracia es demasiado cierto que nosotros, partícula infinitamente pequeña del gran Todo, molécula débil extraviada en lo infinito del espacio y en lo infinito del tiempo, nunca podremos remontarnos hasta la causa de nuestra existencia y dar su fórmula completa.

»Todas las religiones han dado, sin embargo, una solución. No tenemos que discutir las variadas y sencillas respuestas que han presentado, porque esas respuestas no pueden ser defendidas. Después de todo, *aunque sea posible vivir en la ignorancia sobre un punto esencial*, la ignorancia es preferible quizá al error¹.

Esto no es categórico.

Resulta de este modo, que Mr. Richet no halla ni el menor argumento positivo á favor de la tesis materialista. Desecha la solución cristiana del problema tan sólo porque el relato de Moisés, sería considerado como una leyenda.

1. Loc. cit., pág. 36.

En este punto, comprendemos francamente sus repugnancias, una vez puesta en principio, á pesar de los hechos históricos, la imposibilidad absoluta de una influencia sobrenatural en los fenómenos del mundo físico ó del mundo moral. Las comprendemos todavía si, supuesta la existencia de un Creador Todopoderoso, se tiene la pretensión de trazar á ese Dios su línea de conducta, imponiéndole los pequeños procedimientos operatorios de nuestros físicos y de nuestros biólogos modernos, prohibiéndole cualquier papel que no cayera bajo la intervención inmediata de nuestras sociedades sabias. Los comprendemos, en fin, si se aferran en la idea de querer que un libro, destinado sobre todo á los judíos de hace más de tres mil años, refleje en sus detalles accesorios, en la forma literaria y en las imágenes, el estilo y el genio del siglo XIX.

Pero ¿qué se han hecho de los argumentos tan manoseados desde Darwin para hacer de Adán «un mono perfeccionado?» ¿Hacen bien de pasarlos en silencio? Por mucho que Mr. Richet quiera declarar hoy que éste no es el punto importante, los Sres. Haeckel, Bogt, la Santa Rorer, Huxley, Büchner... y aparentemente hasta el mismo Richet, no hablaban así cuando se prometían sencillamente desacreditar una vez para todas á la Religión en nombre de la ciencia.

Sea lo que fuere, *con sólo la observación de los hechos, los ateos guardan ya mayor reserva y mucho mayor respeto.*

¿Por qué no exigir de ellos, por lo menos, ser lógicos del todo, y llevar sus miradas más allá de los fenómenos cuyo ejemplo tan admirable les da la naturaleza? Mr. Richet, estaría dispuesto á rendirse, á lo que parece, si no temiese las consecuencias de tan grave determinación.

Oid más bien :

«Si unos telescopios y microscopios maravillosos nos permitiesen ver mil veces más lejos, no veríamos nunca más que apariencias y formas. No es este el porqué de la materia y de la vida. ¿Por qué una bellota sembrada en el suelo se hace encina? He ahí un problema muy sencillo, con frecuencia planteado y que nadie probablemente resolverá. Podrán describirse las formas sucesivas de transición entre la bellota y la encina, con una precisión cada vez más científica; pero el porqué de esas transiciones quedará incomprensible; porque en el caso de que uno sólo de los fenómenos naturales fuese absolutamente comprendido en todas sus causas y en todas sus manifestaciones, la explicación adecuada del microcosmos entrañaría el conocimiento de la naturaleza entera¹.

O bien esta frase es un contrasentido, ó bien afirma la existencia de un principio soberano, infinitamente perfecto, infinitamente poderoso, causa primera de la naturaleza visible, tipo supremo de todas las bellezas que revela. Es verdad que Mr. Richet, como todos los de su escuela, afecta no admitir más que lo que ha sido observado bajo el filo del escalpelo, en el campo de los instrumentos de óptica, en las retortas de los laboratorios. Está muy bien; pero entonces, ¿dónde ha descubierto que la observación científica debe sola regir el pensamiento? ¿Cómo ha de probar sus propias conclusiones sin contradirse?...

Algo más lógica, por favor.

Sin duda alguna, el método experimental ofrece preciosidades; es el que ha hecho á la ciencia moderna tan grande y tan fuerte. Pero con todo, si no se tiene cuidado exagera el valor de los detalles é impide concepciones del conjunto. ¿No es la síntesis el objeto final, la condición misma de toda ciencia verdadera? Para llegar á ella es

¹ Loc. cit., pág. 34.

menester, bajo pena de extravío, tener en cuenta todas las observaciones recogidas á cualquier orden que pertenezcan.

¿Cómo justificar [el eclecticismo arbitrario que tanto preconizan de nuestros días en nombre del progreso? ¿Qué debe pensarse de la seguridad presuntuosa de Haeckel, quien, al hacerse fuerte de llegar *á conocerlo todo*, gracias á un sistema filosófico por completo personal y establecido *a priori*, desecha *sin examen* la posibilidad de la existencia de Dios y de una revelación sobrenatural? ¿Qué pensar aun de la reserva algo forzada de ciertos sabios, quienes, después de haber confesado la insuficiencia de los datos experimentales para la solución del problema de la vida, temen tanto pasar del terreno de la ciencia al terreno de la filosofía ó de la teología, y se dan por satisfechos con repetir el invariable *no lo sé*, como si aparte de los hechos palpables de la común y grosera observación no pudiera haber ningún otro manantial de conocimientos? A nuestro modo de pensar, el verdadero método, único absolutamente lógico, está á igual distancia de esos dos extremos.

En la filosofía de la naturaleza, lo esencial no está en hacer ver que todos los fenómenos dependen de la acción exclusiva de causas sensibles, sino de determinar todas sus causas objetivas y reales, de cualquier naturaleza que éstas puedan ser.

Lo esencial no está en crearse un sistema cosmogónico en armonía con ideas preconcebidas, sino en amoldar todas las teorías en la realidad de las cosas.

Si las ciencias experimentales no consiguen disipar las tinieblas que envuelven al universo, ¿por qué no utilizar—á lo menos para alumbrar ciertos puntos culminantes—la viva luz de la razón ó de la fe, mientras no se haya demostrado la impotencia radical de la filosofía, así como la imposibilidad ó aun la falsedad de la revelación? Es de-

masiado cómodo, interesado, arbitrario y por demás familiar para los adversarios de las doctrinas espiritualistas la no admisión de la fe para hacer de la misma la regla exclusiva del saber. No vayamos á creer que las ciencias investigadoras y las de observación deban confundirse; ni siquiera existe la precisión de buscar en las Sagradas Escrituras ó en los escritos de los filósofos una solución completa al problema cosmogónico. Únicamente, si la filosofía nos enseña que el mundo no podría existir sin una causa distinta del mismo, si la revelación nos enseña á Dios formando al hombre, insuflándole un alma inmortal, ¿por qué desechar, sin razón, la solución de estos dos enigmas que han hecho siempre la desesperación de los ateos?

Nadie puede creerse libre de prejuicios si no está pronto en aceptar la verdad, venga de donde viniere. Se olvida con demasiada frecuencia que la verdad se impone tal cual es. Sería insensato y pueril pretender doblegarla al capricho de sus antipatías ó de sus *soi-disant*, escrúpulos científicos.

4.—EPÍLOGO

La impotencia por demás evidente y confesada en demasía de los enemigos de nuestra fe, esperamos disipará definitivamente los vanos recelos de hace treinta años.

La historia del « siglo de las luces y de la emancipación intelectual » lo ha probado con toda claridad: en la cuestión de nuestro origen, menos que en otra cualquiera, la doctrina revelada nada tiene que temer del movimiento científico actual, ni de los descubrimientos futuros. Hasta parece estar al abrigo de todo ataque serio con tal de que los católicos se guarden de pretender imponer sus miras personales en la interpretación autorizada de la Biblia, no pretendan imponer opiniones proba-

bles, por dogmas ciertos, no sostengan explicaciones en litigio como si se tratara de la misma palabra de Dios.

Será cuerdo, sin duda, hasta más amplio informe, atenerse, tocante á la creación de Adán y Eva, al sentido literal del Génesis. Sin embargo, teólogos, verdaderos amantes de los intereses de la verdad, se apartan de ese texto literal, sin que la Iglesia trate de atraerlos hacia él.

¿Con qué derecho podría disputárseles el terreno de la hipótesis y de la libre discusión? La falsedad de su sistema no ha sido demostrada perentoriamente, y á pesar de todas las decepciones de los últimos años, el porvenir, bien pudiera pronunciarse á favor suyo.

Mientras se haga la luz, importa unirse contra el enemigo común y combatir á todo trance á esos impíos sistemáticamente obstinados, quienes bajo pretexto de progreso, niegan sus homenajes al Creador del mundo, al manantial de toda vida, al foco de toda inteligencia, y van á quemar incienso ante la vergonzosa personificación de todos los desórdenes, al ídolo informe y siempre vacilante del materialismo.





APÉNDICE

Nota 1.—Un anatómico emérito, profesor de la Facultad de Medicina de Lyon, y transformista conocido, el Dr. Testut, ha estudiado con especial cuidado *Las anomalías musculares en el hombre desde el punto de vista de su importancia en antropología*. Tan sólo dos anomalías del músculo *gran pectoral* relacionarían al hombre con dos antropomorfos, con tres monos del Antiguo Continente, con un mono de América, con los lemuriros en general, con un cheiróptero, dos insectívoros, con los roedores en general y especialmente con la rata, con la marmota y con otras dos especies, con los osos de Europa y América, con el coati, con cuatro carnívoros, entre otros con la zorra y el gato, con el caballo, la foca, el carnero, el cerdo, dos marsupiales, los cetáceos, el ornitorinco, á las aves en general y en particular á la paloma torcaz; en fin, esas relaciones del *gran pectoral* del hombre existen también con los reptiles lacertilios y con los batracios anuros (ranas y sapos), los urodelas (salamandras y tritones).

He ahí dónde lleva el estudio de las anomalías verificadas *en un sólo músculo*. ¡Qué resultaría si se relacionase con el *atavismo* á las del sistema muscular entero! Mr. Testut no se ha dejado asustar por la extrañeza de las consecuencias. Para él, todas las especies animales, aun las que pertenecen á los grupos inferiores del cruce de los vertebrados, constituyen otras tantas *formas ancestrales* del hombre. Pero es evidente que, en virtud de la *ley de caracterización permanente*, unos tipos tan diversos y tan distintos no podrían figurar en una misma serie genealógica.

Sin embargo, Mr. Topinard ha entrado en la vía tan ancha,

abierta por Mr. Testut. También él admite que las anomalías nos informan sobre los orígenes del hombre «y demuestran con qué raíces profundas su organismo arraiga la animalidad»; tiene que admitir en el hombre caracteres atávicos cuyo origen remontaría hasta los pescados.

Mr. Testut ha descubierto en el hombre algunas anomalías musculares que no ha podido relacionar con ningún organismo animal. Las ha considerado como *disposiciones anormales que nos elevan hacia un tipo más perfecto aún de lo que es el tipo humano*. Pero Broca describe un pequeño microcéfalo cuyo origen, según esa interpretación, sería á la vez rebajado hasta los carnívoros y ruminantes y elevado hasta el hombre del porvenir. Esto es la contradicción misma, lo arbitrario, y probablemente el error erigido en sistema.

Nota II.—Se hallará un estudio muy completo de las relaciones anatómicas del hombre y de los monos en la obra de Huxley, *El lugar del hombre en la naturaleza*, y en el libro más reciente de Mr. Topinard, *El hombre en la naturaleza*, 1891. Este último libro, serio *mientras no se eleva á las conclusiones generales*, contiene algunos pasajes dignos de tenerse en cuenta, si se quiere formar una idea de las inconsecuencias de los materialistas en la defensa de sus sistemas *à priori*.

Citemos sin comentarios:

«La primera condición en antropología es de dominar á las esferas elevadas, encima de las tempestades terrenales de la humanidad; tener calma y ser libre de toda influencia mezquina y *de toda tendencia subjetiva*» (pág. 12).

«La cuestión (del lugar del hombre en la naturaleza) es muy sencilla. Para resolverla, no hay más que formar el balance de los hechos tomando uno á uno todos los aparatos, todos los órganos, apuntando el pro y el contra, y ver quién se lo lleva» (pág. 171).

«El órgano cuyo veredicto pesa más en la balanza (es) el cerebro, sitio de las maravillosas facultades *extrañas para nosotros* (1) que hacen del hombre el soberano de su planeta» (pág. 178).

«Ateniéndonos á la craneología, debemos decir que en ella todo se opone á la reunión del hombre y de los antepasados en un mismo grupo» (pág. 248).

«Por la vagina los antropoides se separan completamente del hombre y deben ser colocados en la misma división que los monos» (pág. 264).

«Por los miembros superiores, los antropoides se aproximan al

hombre; por los miembros inferiores, siendo cosas iguales por otra parte, se alejan, sin embargo» (pág. 281).

«Aunque aproximándose morfológica y fisiológicamente del hombre, los antropoides son demasiado monos para ser separados de él. El hombre, pues, por los dos caracteres generales (la actitud y la conformación de los miembros), del que acabamos de hacer el examen, debe quedar aislado, encima de los antropoides y de los monos reunidos, en una misma división zoológica del orden de los primates» (pág. 298).

El hombre es, ciertamente, «una de las últimas y magníficas manifestaciones de esa fuerza creadora disimulada bajo la palabra evolución» (pág. 299).

«Menester es tener *un partido tomado muy sistemático*, para encontrar una semejanza, aunque lejana, entre el gorila y el orangután, y el Apolo del Belvedere ó la Venus de Milo» (pág. 317).

Las anomalías y los órganos rudimentarios «pleitean energicamente á favor del origen animal del hombre, y demuestran con qué raíces profundas su organismo sumerge en la animalidad» (pág. 318).

«Toda anomalía reproduciendo una forma animal anterior, no debe ser considerada como una reversión» (pág. 323).

«Por las propiedades altamente desarrolladas de su órgano cerebral, con un juicio que le permite ver las cosas como son, con *una memoria* que le hace *almacenar* observaciones y *sacar de ellas inducciones de conjunto* (!); por su iniciativa, rompiendo la rutina, por sus concepciones ideales, el hombre puede considerarse, por *sutilidad del espíritu* (!), como formando un reino aparte en el cosmos» (pág. 333).

Cuando se trata de medir el intervalo entre los antropoides y el hombre, «es un balance general el que debe formarse; *las divergencias resultan á veces de que no se considera más que un aspecto del problema; hay que verlos todos, Esto es lo que hemos hecho*» (!) (pág. 335).

«Los antropoides difieren de los monos infinitamente *menos* que de los hombres» (pág. 338).

«Si (el hombre) no ha sido creado de todas piezas fuera de todas las leyes naturales; si se ha producido á expensas de una forma preexistente, es racional, á fin de que la distancia para franquear sea menor, que derive de uno de los dos grupos inmediatamente colocados debajo de él y que más se le asemejan. *Pues ahí no hay duda: el grupo menos lejano* (Mr. Topinard acaba de decir que lo es *infinitamente*), en el suborden de los momos, es *el de los antro-*

poides. Por una multitud de detalles, haciendo masa, se ha constituido, á expensas de otros monos, en una dirección que, prolongada, puede pasar al lado del hombre sin tener alguna relación con él, pero que también puede llegarle directamente » (pág. 341).

«Para *exponer algunas conjeturas* sobre el hombre ó su precursor mioceno — el uno ó el otro *cierto, aunque las pruebas directas faltan*,— hay que dirigirse á las *probabilidades* generales dadas por la Historia natural. *Lo hemos visto*: esta última demuestra, de un modo *indiscutible*, que el hombre ha salido de un primate » (página 347).

Tan estrecha lógica linda ya con la chanza. Seguramente, monsieur Topinard no tiene de sus lectores un criterio muy elevado.

Nota III. — *Vida y correspondencia de Carlos Darwin* (trad. de Varigny, t. I, p. 253.)— Mucho se ha discutido con motivo de las opiniones religiosas de Darwin. El lector nos agradecerá, empero, la reproducción de algunos datos sobre ese asunto, por Mr. de Quatrefages, según la *correspondencia* del gran naturalista inglés. En un fragmento autobiográfico, escrito en 1876, Darwin nos dice que durante su viaje de circunnavegación á bordo del *Beagle*, era «completamente ortodoxo», hasta el punto de citar, á título de argumentos irrefutables, varios pasajes de la Biblia, lo que le valió algunas burlas de parte de sus compañeros, bien que fuesen ellos mismos ortodoxos. Pero hacia los años de 1836 ó 1839, su fe se halló seriamente quebrantada y llegó hasta «negar la revelación divina en el Cristianismo.»

Más tarde se preocupó del pensamiento de un Dios personal, y expuso en este mismo fragmento autobiográfico las razones que tienden á afirmar ó á confirmar esa creencia. El mal, que hiere no solamente al hombre, sino á todos los seres sensibles, le parece «un argumento muy fuerte» para oponer á la creencia en una causa primera inteligente. En cambio invoca á su favor algunas razones de sentimiento; luego añade: «Otra causa de creencia en la existencia de un Dios que se relaciona con la razón y no con los sentimientos, me impresiona por su peso. Proviene de la extrema dificultad, ó más bien de la imposibilidad de concebir el universo prodigioso é inmenso, incluso el hombre y su facultad de reportarse en el pasado, así como considerar el porvenir como el resultado de un destino ó de una necesidad ciega. Reflexionando así, me siento inclinado á admitir una causa primera, con un espíritu inteligente análogo bajo ciertos conceptos al del hombre, y merezco el nombre de deísta.

«Esta conclusión estaba muy honda en mi espíritu, tanto como

pueda recordarlo, en la época que yo escribía *El origen de las especies* (1859) y desde esa fecha mi convicción se ha debilitado gradualmente con muchas fluctuaciones. Mas entonces ocurre una duda: ese espíritu del hombre que, según mi criterio, ha empezado por no tener más desarrollo que el espíritu de los animales más inferiores, ¿es acaso capaz de dar una garantía, tratándose de tan importantes conclusiones? No pretendo esclarecer problemas tan abstractos. El misterio del principio de todas las cosas es insoluble para nosotros; y en cuanto á mí toca, debo permanecer un agnóstico.»

Una carta dirigida á Graham (3 Julio 1881), contiene un pasaje del mismo género, pero más significativo y más curioso. «Habéis expresado mi convicción íntima, aunque de un modo más vivo y más claro de lo que yo hubiera podido hacerlo; á saber, que el universo no es el resultado de la casualidad. Mas entonces la horrible duda vuelve siempre en mí, y me pregunto si las convicciones del hombre, quien ha sido desarrollado del espíritu de animales de un orden inferior, tienen algún valor, y si puede uno fiarse de ellas. ¿Tendría alguien confianza en las convicciones del espíritu de un mono, si hay convicciones en un espíritu semejante?»

Que Darwin haya sido entregado hasta el último momento á esas alternativas de creencia y de duda, es lo que permite afirmar el resumen de una conversación que tuvo con el duque de Argyll el año mismo de su muerte (1882), y que ha reproducido Mr. Francis Darwin. El duque acababa de recordarle algunos de sus trabajos más interesantes y cuyos resultados llevaban á admitir en la naturaleza la intervención de una inteligencia. «Me miró fijamente—añade el duque;—y dijo: ¡Pues bien! eso me embarga á menudo con una fuerza irresistible; pero otras veces—dijo sacudiendo ligeramente la cabeza,—eso me parece irse.»

Mas al fin, ¿hasta dónde han llegado en Darwin esas oscilaciones del pensamiento? El mismo nos lo dice en una carta con fecha de 1879. «En mis mayores extravíos, nunca he llegado al ateísmo, en el verdadero sentido de la palabra; es decir, hasta negar la existencia de Dios. Creo que en general (y sobre todo á medida que envejeczo), la descripción más exacta de mi espíritu es la de agnóstico.» De Quatrefages, *Les Emules de Darwin*, t. I, p. 14.

Nota IV.—DUBLIN REVIEW, *Evolution and Faith*, July 1871, p. 20:

S. Iren., Contra haereses, Lib. IV, Praefat. (Migne, P. Gr., t. VII, col. 975, B.)

Tertull., Lib. II adv. Marcionem, cap. IV (Migne, P. L., t. II, col. 288, C.)

- S. Gregor. Magn.*, Lib. IX *Moralium*, cap. XLIX (*Rec. XXVII*), n. 75 (Migne, P. C., t. LXXXV, col. 900).
- Severian. de Gabala*, De mundi creatione, orat. V, n. 4 (Migne, P. Gr., t. LVI, col. 476).
- PALMIERI, *Tractatus de Deo creante*, Romae, 1878, p. 222:
- S. Iren.*, Contra haereses, Lib. V, cap. III (Migne, P. Gr., t. VII, col. 1.129, C.)
- S. Greg. Nyss.*, De hominis opificio, cap. XXVIII (Migne, P. Gr., t. XLIV, col. 230, 234).
- S. Joan. Chrys.*, Hom. XII in Genes., n. 5 (Migne, P. Gr., t. LIII, col. 103).
- S. Aug.*, De Genesi contra Manichaeos, Lib. II, cap. VII, n. 8, 9 (Migne, P. L., t. XXXIV, col. 200).
- S. Joan. Damasc.*, De fide orthodoxa, Lib. II, cap. XII (Migne, P. Gr., t. XCIV, col. 919, B).
- MAZZELLA, *De Deo creante*, Romae, 1880, p. 356:
- S. Basil.*, Hom. IX in Hex., n. 1 (Migne, P. Gr., t. XXIX, col. 187, C).
- S. Hieron.*, Comm. in ep. ad Philem. (Migne, P. L., t. XXVI, col. 609, A).
- S. Greg. Naz.*, Orat. XXXVIII, in Theophania (Migne, P. Gr., t. XXXVI, col. 322, C, D).
- S. Aug.*, De Civitate Dei, Lib. XIV, cap. XI (Migne, P. L., t. XLI, col. 418, n. 1).
- Tertull.*, De resurrectione carnis (Migne, P. L., t. II, col. 800).
- Rupertus Abbas*, Comm. in Proph. min., in Habacuc, Lib. XXXI (Migne, P. C., t. CLVIII, col. 628, A).
- S. Cyrill. Hierosol.*, Catech. XII, De Christo incarnato, n. 29, 30 (Migne, P. Gr., t. XXXIII, col. 762).

Nota V.—Hemos observado ya que la hipótesis transformista de la atrofia gradual más ó menos completa de los miembros vueltos inútiles, no ha hecho progresar en un solo ápice la teoría de nuestro origen animal. El P. Leroy, ¿se atrevería á afirmar que el hombre, ó por lo menos el famoso *substratum*, tiene lazos de parentesco con las diversas especies con quienes se aproximan los diversos rudimentos de nuestro organismo? Tal es, sin embargo, la consecuencia inmediata de su sistema. Recordemos, por otra parte, que la distribución tan característica del pelo en el hombre hace de él un tipo aparte de la serie animal, y no recuerda el tegumento velludo de ninguna especie inferior. En cuanto á la razón de ser de esos millares de tipos y de individuos que han precedido en las edades geológicas

á la llegada del hombre sobre la tierra, la solución propuesta por el P. Leroy no se explica de ningún modo.

Todo católico partidario de la evolución aplicada á nuestra especie, debe admitir que un solo mono ha servido al Creador para la formación del primer hombre. Sostener lo contrario es negar la unidad del tronco primitivo y la solidaridad de todos los hombres en el pecado de Adán.

Pero ese mono y sus antepasados directos no constituyen más que una rama—si se quiere—del árbol genealógico, tal como lo conciben los transformistas. Entonces, ¿qué fin debe asignarse á las demás ramas colaterales, á las innumerables ramas, procedentes todos del organismo primitivo? Y si se supone, con ciertos evolucionistas, que en el origen la vida fué dada directamente por el Creador á varios tipos diversos bien definidos, ¿qué diremos entonces de las ramas distintas de aquella de que el hombre ha salido? Su evolución indefinida, debería un día dar nacimiento á otras tantas especies inteligentes tan perfectas ó más perfectas que la especie humana actual? Tal pensamiento no parece ser el del P. Leroy.

¿Desecharía, si acaso, la *ley de la permanencia de los tipos*, para admitir, con Vogt, pero de modo mucho más universal y radical, una especie de transformación por la *convergencia de los caracteres?*...

¿Podrá decir, con Mrs. Testut y Topinard, que todas las especies animales de la rama de los vertebrados, por divergentes que sean, han contribuído á producir el hombre? ¿Podrá recurrir á una especie de promiscuidad normal ó accidental entre las especies?...

Quisiéramos que el Rdo. P. Leroy precisase mejor su pensamiento, y que aclarase su sistema de ese algo indefinido, vago é indeciso que ha contribuído no poco al éxito de las ideas evolucionistas. No conviene que el lector esté expuesto á cada instante á un desengaño sobre el significado y valor real de los argumentos que se le someten.

En esa ocurrencia, en cualquiera interpretación que se fije el sabio dominico, nuevas dificultades surgen de todas partes. Muy notablemente le queda por justificar la producción de tantas especies fáciles de una organización elevada que, mucho antes de la aparición del hombre, se han apagado sin dejar ninguna descendencia.

Nota VI.—El P. Leroy nos parece muy desdichado cuando objeta «la clásica estatua de argila» á los partidarios de la interpretación tradicional. Sus declamaciones, algo irónicas y menospreciantes, caen delante esas reflexiones profundamente justas del Dr. Carl Keil sobre el sentido probable de la narración de Moisés:



«Die Bildung des Menschen aus Erdenstaub und Einhauchung des Lebens-athems dürfen wir uns nicht so mechanisch vorstellen, wie *Eustathius Antiochenus* (Migne, P. Gr., t. XVIII, col. 750, A) sie malerisch beschreibt, dass Gott zuerst eine menschliche Figur aus Erdenstaub gebildet und dann dieser menschlichen Gestalt durch Einhauchung seines Odems Bewegung und Leben verliehen habe. *Die Worte wollen θεοπραπίως verstanden sein.* Durch eine Wirkung göttlicher Allmacht entstand der Mensch aus Erdenstaub und wurde in demselben Momente, [wie der Staub kraft der schaffenden Allmacht sich zur Menschengestalt bildete, von dem göttlichen Lebenshauche durchdrungen und zu einem lebendigen Wesen geschaffen, so dass man nicht sagen kann, der Leib sei eher entstanden als die Seele. Der Erdenstaub ist nur das irdische Substrat, welches durch aus Gott zu einem beseelten, lebendigen und selbstlebenden Wesen gebildet wurde.»

Keil, *Biblischer Commentar über die Bücher Mose's*, I Band, *Genesis und Exodus*, pág. 53.

Nota VII.—Qué nos sea permitido hacer algunas reflexiones sobre el sentido y el valor de esos documentos. Mr. de Lapparent, como tampoco Mr. de Quatrefages, no acostumbra abandonar el terreno exclusivamente científico. Los términos mismos de su carta al Padre Leroy lo probarán suficientemente á los que no hubiesen tenido ocasión de convencerse por otra parte. Podemos, pues, afirmar, sin temor, que el célebre geólogo no entienda pronunciarse aquí sobre la cuestión del origen del hombre. Por varios lados esa cuestión se sustrae á la observación directa y fija, lo hemos visto; los transformistas harían muy mal en invocar sobre ese punto los descubrimientos paleontológicos, aun los más recientes. Mr. de Lapparent no es sistemáticamente hostil á *toda idea de evolución en general*: he ahí todo cuanto resalta de su carta. Y aun los dos pasajes tomados de la última edición de su *Tratado de Geologia* (1893), dicen claramente con qué reserva conviene, á su parecer, identificarse con la hipótesis de la transformación de las especies en las épocas zoológicas.

El P. Monsabré toca á la vez al lado teológico y científico del problema. «El texto de nuestros libros sacros—dice—no sufre vuestras demostraciones; hasta existen palabras significativas del relato bíblico que están perfectamente justificadas.»

Menester es ahora preguntarse si esa frase hace alusión al relato de la creación de la primera pareja humana, ó simplemente al relato del origen del mundo orgánico. Según las declaraciones del

P. Leroy mismo (edic. 1891, p. V, nota), la carta del eminente conferenciante de Nuestra Señora de París no se refiere más que á la primera edición de su opúsculo. El autor, en ese opúsculo, discute largamente la cuestión del transformismo á propósito de las plantas y de los animales. Pero la cuestión del hombre, la única, sin embargo, sobre la cual presentaba pareceres más ó menos personales, está tratada como de paso, sin alusión alguna á ciertas dificultades especiales que á ella se refieren.

No nos está demostrado que el célebre orador tendrfa los mismos elogios en cuanto á la larga disertación sobre *La educación y el cuerpo del hombre*, que concluye la 2.^a edición. No podemos intentar aquí hacer su crítica; pero nuestras dudas parecen tanto más justificadas, cuanto que en su conferencia de 1875 sobre *La naturaleza del hombre*, y en las notas á ella relativas, el P. Monsabré condena formalmente, *desde todos puntos de vista*, la hipótesis de que se ha hecho defensor el P. Leroy.

En esa hipótesis—dice—Adán había sido, antes de la infusión del alma racional del hombre, un animal viviendo y sintiendo, pero no un hombre.

El antepasado animal del hombre habría presentado, en un grado de perfección relativa, los caracteres físicos de la raza humana; pero sobreviniendo el alma, ésta habría ennoblecido esa forma preexistente y hubiera hecho del conjunto un tipo de armonía y de belleza sin semejante en el mundo orgánico.

A pesar de las expresiones que—convenimos en ello—no son tan estudiadas como las del Rdo. P. Leroy y las que, por otra parte, no responden exactamente al pensamiento del mismo M. Mivart, es incontestable que el conferenciante de Nuestra Señora entiende, en la frase citada, designar la idea común al P. Leroy y al naturalista inglés. He aquí, pues, la apreciación del P. Monsabré (pág. 188):

«Os lo confieso; si no me viese en la obligación de atormentar á la Escritura, de desviar ó volver las definiciones de la Iglesia, y ponerme en contradicción con toda la teología, poco me costaría, para reconocer que el limo de la tierra del que Dios se ha servido para formar el cuerpo del hombre, ha atravesado todo el reino animal y no ha tomado su forma definitiva sino después de una larga serie de evoluciones, porque después de todo la cosa es posible.»

La fórmula del cuarto Concilio de Letrán, á la que hace alusión el P. Monsabré, no habla del *modo* de creación del hombre, y no parece resolver ese debate. Si se observa que el mismo P. Leroy sustituye esa fórmula por un canon mucho más preciso del Concilio

provincial de Colonia, en 1860, y que ese Concilio ha sido «aprobado en Roma, con grandes elogios», preciso será aplicar á las ideas del sabio dominico *todas* las críticas formuladas contra la teoría del naturalista inglés.

El conferenciante de Nuestra Señora añade:

«Por otra parte, esta hipótesis, á pesar de todos los esfuerzos hechos por Mr. Mivart para hacerla ortodoxa, no destruye todas las dificultades. ¡Cómo explicar el origen de la primera mujer por la evolución, si se cree á la verdad del relato bíblico, que nos hace ver á Dios formando de una de las costillas del hombre á la que debía ser su compañera!»

Aquí no hay más que cambiar un nombre propio para tener la substancia de nuestra principal objeción contra el sistema del Padre Leroy.

El P. Monsabré es aún más desapiadado desde el punto de vista científico. Citaremos su réplica, verdadero modelo de argumentación *ad hominem*. Nos traerá por un instante al corazón mismo de nuestro asunto.

«Puesto que no se invoca al transformismo sino para evitar un milagro, nos parece que deberfan demostrarnos por qué juego regular de las leyes de la naturaleza el grupo adámico ha sido formado. Eso es lo que no hacen, lo que no pueden hacer los transformistas ortodoxos; pues de dos cosas una: ó bien con la sola unión de un alma razonable al cuerpo de un mono antropoide, éste hubiese inmediatamente perdido su tegumento velludo; la capacidad de su cráneo, agrandada por encanto, hubiese alojado un cerebro doble ó triple de volumen; una frente llena de nobleza hubiera de repente impreso á la faz el sello de la inteligencia; las manos se hubieran convertido de repente en ese admirable compás, con cinco ramas, que supone ya todas las facultades del geómetra *lo que nadie admitirá, colocándose en el terreno científico y apartando toda idea de milagro*; ó bien el grupo animal destinado á ser la raíz de la humanidad hubiese sido una verdadera anomalía en la viviente naturaleza si, reuniendo desde el punto de vista físico todas las causas de inferioridad que caracterizan al hombre, dándole una situación de tal modo desventajosa en la lucha por la existencia, que tiene que ser fatalmente oprimido, hubiera carecido, para suplir á esas inferioridades, de los recursos de su inteligencia.

»En estas condiciones, la existencia del grupo parece imposible. De donde tenemos que concluir que la creación del hombre, tal como nos está presentada por la Biblia, nos coloca muy sencilla-

mente fuera de las leyes de la naturaleza; la hipótesis que criticamos aquí es, por el contrario, la *destrucción completa de esas leyes*: es el milagro en su más alto poderío; y, sin embargo, para evitar el milagro en el origen corporal del hombre, se imagina esa historia nueva de la creación de nuestra especie.»

El P. Leroy, ¿ha observado por casualidad la solución de esas dificultades, ya en parte formuladas por Wallace (*La selección natural*, capítulos IX y X), y que Darwin hallaba tan embarazosas, que ha atraído sobre la cabeza del viajero naturalista todos los anatemas del fundador de la doctrina?

¿Podrá decirnos él lo que piensa de las etapas recorridas por nuestros pretendidos antepasados, y será capaz de hacernos remontar hasta los primeros organismos, á través del dédalo de nuestra genealogía, donde hombres como Wallace, Darwin, Huxley, Vogt, Cope, Topinard, Gaudry, se extraviaron, y donde Haeckel se ha lisonjeado de haber encontrado el hilo de Ariadna?

Aguardamos una explicación antes de suponer que el P. Monsabré ha acabado por ponerse en contradicción con los teólogos, con los sabios y consigo mismo.

Nota VIII.—Siete meses después de la publicación de nuestro estudio sobre el *Hombre mono*, y en el momento en que la traducción española estaba en prensa, el Rdo. P. Leroy ha desaprobado públicamente sus opiniones evolucionistas que el examen imparcial de las pruebas nos había llevado á combatir en las anteriores páginas.

He aquí el texto de la carta que apareció en el periódico francés *Le Monde* el lunes 4 de Marzo de 1895.

ROMA 26 Febrero.

Sr. Director: En cuanto el darwinismo estalló, me hice un deber de estudiar esa doctrina, de la que nuestros enemigos esperaban sacar gran partido en contra de las enseñanzas de la fe. Al estudiarla con cuidado me pareció que no todo era digno de reprensión. En interés de la misma religión y para mejor combatir el error, creí que había lugar de separar la cizaña del buen grano, á fin de hacer servir á la defensa de la verdad revelada lo que pudiera haber de plausible en el sistema de la evolución.

Al desarrollo y defensa de esa teoría he consagrado varios escritos, y notablemente un libro titulado: *La evolución restringida á las especies orgánicas*, publicado en París en 1891, en casa de los editores Delhomme y Bréguet.

Acabo de saber hoy que mi tesis, examinada aquí, en Roma, por

la autoridad competente, ha sido juzgada insostenible, sobre todo en lo que concierne al cuerpo del hombre, incompatible como es, tanto con los textos de la Sagrada Escritura, como con los principios de una sana filosofía.

Hijo dócil de la Iglesia, resuelto ante todo á vivir y á morir en la fe de la Santa Iglesia Romana, obedeciendo por otra parte á órdenes superiores, declaro desaprobar y retractar todo cuanto he dicho, escrito y publicado á favor de esa teoría.

Declaro además tener la voluntad de retirar de la circulación, en tanto que en mi poder esté, lo que pueda quedar de la edición de mi libro sobre *La evolución restringida*, y prohibir desde ahora su venta.

En la esperanza de que tendréis á bien prestar la publicidad de vuestro excelente periódico para este acto de retractación, os ruego aceptéis, Sr. Director, la expresión de todos mis religiosos respetos.

FR. M.—D. LEROY, O. P.





ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
INTRODUCCIÓN.....	I

CAPÍTULO PRIMERO

EL HOMBRE-MONO SEGÚN DARWIN Y HÆECKEL

1. Semblanza.....	5
2. Genealogía.....	7
3. Crítica de genealogía de Hæeckel.....	13
A.—La generación espontánea.....	15
B.—El enlace de las especies.....	21

CAPÍTULO II

EL HOMBRE-MONO Y LA PALEONTOLOGÍA

1. El enlace de los fósiles y la evolución.....	27
2. El hombre y los monos fósiles.....	34
3. Los cráneos fósiles del hombre cuaternario.....	41

CAPÍTULO III

EL HOMBRE-MONO, LA ANATOMÍA Y LA FISIOLÓGIA

1. Exposición del asunto.....	49
2. El cerebro.—Microcefalia y atavismo.....	53

	<u>Páginas.</u>
3. Los órganos rudimentarios.....	62
4. Las semejanzas anatómicas entre el hombre y los monos.....	65
5. Nuestro antepasado inmediato.....	68
6. La embriogenia y la evolución.....	74

CAPÍTULO IV

EL HOMBRE-MONO Y LOS PRECURSORES DE ADAN FRENTE Á LA TEOLOGÍA

1. Tendencias religiosas de Darwin y de Haeckel.....	81
2. El transformismo y la fe católica.....	84
3. Los preadamistas y la Biblia.....	86
4. El cuerpo del hombre y la evolución.....	92
A.—Sistema de M. Mivart. La Sagrada Escritura y la Tradición católica.....	93
B.—El sistema de M. Mivart justificado por el Rdo. P. Leroy...	103

CAPÍTULO V

EL HOMBRE-MONO Y NUESTROS SABIOS

1. Confesiones de Vogt y de Virchow.....	117
2. La evolución en la Asociación Británica y el discurso de lord Salisbury.....	120
3. El origen del hombre según los Sres. Brunetièrre y Richet.....	126
4. Epílogo.....	136
APÉNDICE.....	139



4.1

STAIN

111

1000000

1000000

110